FRAY MOCHO



"Primavera en invierno"

Por J. A. Sanguinetti

N.º 744

PAGINA INFANTIL

AVENTURAS DE PIPIRI

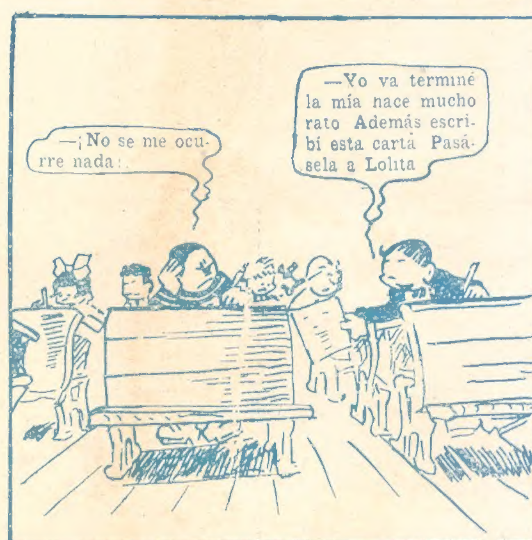








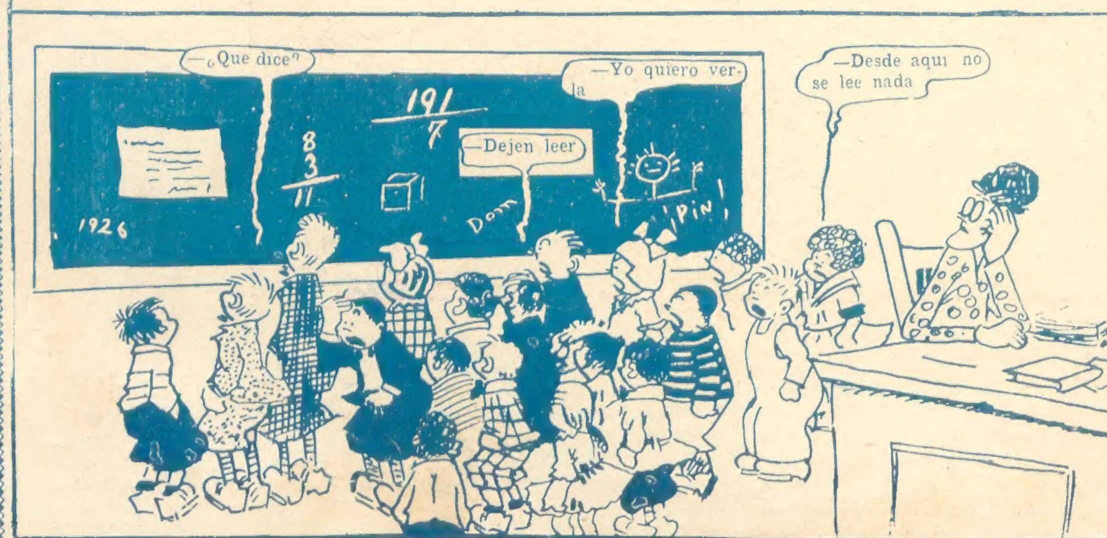


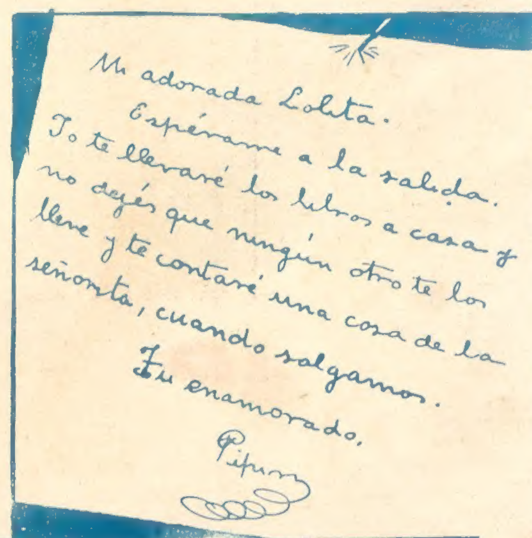












FRAY MOCHO

Año XV — Buenos Aires, 27 de julio de 1926 — N.° 744

VARIEDADES, por Rojas





—¡Pero hombre! Todo un señor diplomático en un modesto bote?
—Vea, amigo: lo hago porque más hace un Josino Cardoso, con un barquito, que todos los protocolos de las cancillerías. Para estrechar lazos, no hay como los botes.



—Los medios de locomoción en miniatura están de moda. Un aviador sobre un "avionnett" de cuarenta caballos salió de Varsovia y llegó a París.
—Pero si a ese aviador se le estropea un caballo, tiene que parar; y yo, si se manca uno, sigo con el otro.



—En todas partes se exhibe algo. Parece que estamos en plena época de exposiciones.
—Nuestra ciudad es una constante exposición.



—Luego dirás que no soy económica. Cinco años con el gabinete que compraste cuando nos casamos y todavía no quieres cambiarlo por otro nuevo. ¿Qué dirías si yo fuera como los franceses, que cambian de gabinete todos los días?



—Ustedes, las bataclanas ¿no sienten este frío horrible?
—Cuando lo sentimos mucho, mucho, como ahora, nos envolvemos la piel de marta al cuello y estamos lo más abrigadas....



CHAMAMÉ

Por Javier de Viana

Patricio mezcló las cartas con arte, puso sobre la mesa el mazo y dijo con áspera, imperativa voz:

—¡Corten caballeros!... ¡Hay cien pesos de banca!...

Lo dijo con tal energía, que osciló la luz de la vela, afanada en esparcir humildes claridades sobre el tapete verde.

Cortaron. El tallador volcó un tres y un rey.

—¡Copo al tres!—gritó uno de los jugadores; y con sus dedos negros, temblorosos de emoción, movió la carta elegida, haciéndola formar un ángulo recto con la que dejaba al banquero.—Este esperó un instante, la mano sobre el naipe, la mirada sobre la mano.

Su contrincante, impaciente, temiendo quizá que la demora fuese calculada, para distraer su atención y "armar el pastel a gusto", tornó a decir:

—¡Copo!... ¡y dése güelta!...

El tallador sonreía.

—Me han dejao el ancho,—murmuró.—El finao mi padre, — que Dios lo tenga en su santa gloria,— me solía decir: "Si querés conservar la salú, tomá solamente agua e manantial; si querés vivir tranquilo, sin quebraderos de cabeza, no tengás nunca ni mujer ni caballo propio, y si querés ganar al monte, apuntale siempre al rey, ¡qu'es el que tiene más panza, y la panza es gobierno!... ¿Me doy güelta?...

—¡Dése güelta!

—Allá va.

Volcó el naipe que mostró una sota.

—¡El rey chico!—exclamó;—como quien dice, el sargento: detrás viene el comisario... Vamos tironiando despacito, que no se juega plata'e locos... Es un cuatro: no castiga a naides... ¡Espadas!... por ahí me gusta... ¡un mancarrón!... ¡Mala seña, compañeros!: ¡lo vienen convidando pa que dispare!...

—¡No sé lo qu'es eso!—replicó el otro picado.

Y Patricio, con sorna:

—Es verdá,—dijo;—aquí no estamos en las guerrillas.

—¿Y en las guerrillas, qué?

—¡Nada! que hay más campo pa disparar.

—¡Le albierto que si es pa insulto!...

—¡Al revés!... ¡ponderación!...

Los asistentes intervinieron para calmar los ánimos.

—¡Vamos, señores, vamos!... ¡pa pelarse la plata no carece enojos!...

—¿Me lleva dos nales, don Patricio?—preguntó un mulatillo tísico.

Y el tallador, sin dejar de correr las cartas, respondió jovialmente:

—No puedo, m'hijito; no puedo llevar a naides... El rey, señores...

El perdedor cubrió la banca. Los demás jugadores, con los codos sobre la mesa se apretaban para acercarse al tallador cuyos movimientos seguían ávidamente, cual si se jugara su propio dinero. Cuando Patricio dió vuelta al mazo, ocho pares de ojos, brillando en medio de ocho caras pálidas, clavaron en sus manos las visuales.

—¡Me juí! — dijo solemnemente el tallador. Y como el mulatillo tísico susurrara,—por no dejar de pialar pasando el terreno a tiro:

—¡Me juí, venden las copas!—

Dos codazos le hundieron las costillas, imponiéndole silencio.

—Una sota en trampa: ¡la alcagüeta'e siempre!... Una... dos... tres... y si no sabés... pa qué te metés... ¡Esta te pido güesito!... Un seis... Un caballo... ¡no corre en esta carrera!... ¡Rifilate, Reginaldo y te hago obispo!...

Un viejo que seguía especialmente atento la jugada, extendió la mano y dijo:

—¡Paresé compañero, no tire!...

—¡Estoy parao!—respondió Patricio.

—¡Le cargo al tres vainte pesos!

—Pué cargar no más.

—¡Al tres!... De fijo que al tres ¿se li han tapao los óidos?... tire no más y no esté escarbando como gallina culeca.

—¡No, due! Al que le toque macho, macho, y al que le toque hembra...

—¡Que se degüelle y se saque el cuero, que para tamangos sirve, estando bien estaquiao!...

—¡Habló como un libro el viejo! ¿tiro?

—¿Me lleva dos nales?—insinuó el mulatillo tendiendo dos billetes en las puntas de sus dedos secos y descoloridos.

—Salí p'allá,—respondió el viejo dándole con el codo; y en seguida, al tallador:

—¿Van jugaos?

—De juro, eche pal rodeo ¿es de los que apunta?

—¡Paresé! Vamo a despabilar la vela pa que se vea lo que conversamos.

—¡Se me hiace, viejo, que de miedo a las víburas, es capaz de dormir a caballo!... ¿Me doy güelta?...

—¡Paresé, don Patricio! — interrumpió el mulatillo, que tendiendo en los dedos sus dos pesos, agregó:

—¡Lléveme esto, en la banca!

Y el tallador contestó egoísta.

—Ladiate, ladiate; no estorbés que la picada es angosta... ¿Tiro?

—Tire.

Patricio volvió al naipe; redobló la atención, y, en medio del silencio oscuro, el pobre mulatito tísico, brillantes los ojos, torturado el rostro, dijo:

—¡Llevemé esto de tres!

—¡Ese rey, señores!... La banca está gorda, aprovechen los que precisen sebo ¿hay quién cope?...

—¡Yo no copo, amigazo,—respondió el principal perdedor, porque el caballo no me da pa comer en ese tiro, pero apunto.

—¿Está dispuesto a perder?

—¡Hasta las tripas, amigos!

. . . .

Clarea el día. Santos, el jugador infortunado, aprieta lentamente la cincha a su overo y "conforme" para partir. El mulatillo, envuelto en un poncho desflecado, se le acerca; tose, tose y tose al recibir el aire frío de la madrugada. Pasado el acceso, dice quejumbrosamente:

—¿Sabe? ¡Jugué los dos pesos a sus manos... y me pelaron!

Y volvió a toser, sorda, continua, desesperadamente.

El gauchito había colocado los pellones, la badana encima, luego el cinchón, una mano en la rienda, la otra en la encabezada, al pie en el estribo. El overo sacudió la cabeza, el gaucho detuvo su ademán, echó el sombrero a la nuca, y escupió esta frase:

—¡La plata, el arrendamiento! ¡el desalojo, la vergüenza, la miseria! Si mi mujer me hace...

Montó a caballo y, al erguirse, la aurora naciente echó sobre su rostro tostado una pincelada rojiza.

INVIERNO

Una gris vaguedad de horizonte marino
Tiene la perspectiva de este paisaje urbano:
Contemplo, como en éxtasis, las huellas del camino;
Y al marcharme, te beso dulcemente la mano...

Cae una lluvia fina de crepúsculo; el viento
Hibernal abanica los árboles, furioso.
Espacio. Lejanía... Dudo un instante, y siento
Un ansia indefinible por lo maravilloso...

Y andando, la certeza de lo fugaz, la humana
Pena presagiadora de una muerte temprana
—Destino que comparten los seres y las cosas,—

Mientras la sombra cubre los jardines y el río,
Hacen que sea este desolado amor mío,
Como el deshojamiento de las últimas rosas...

Santos Aguilera

La mula y el hombre

Una mula pacía libremente en un hermoso prado. Cierto día se le acercó a ella un labrador y le dijo:

—Voy a aparejarte para que labores la tierra. Sembraré melones, y ten por seguro que guardaré las cáscaras para tu regalo; son de tan buen alimento como la hierba.

—No pienso dejar que me eches encima el yugo—respondió la mula. Quédate con los melones y con las cáscaras, que a mí no me va mal con la hierba.

—No eres razonable—replicó el labrador.—Toda la vida comió tu padre cáscaras de melón; trabajó cada día hasta catorce y diez y seis horas, y vivió tan contento.

—Puede que sea verdad lo que me dices; pero no olvides que mi padre era un burro.

Un verdugo original

De acuerdo con las crónicas de México, todos los prisioneros colocados en cierta celda de una de las prisiones de la ciudad, eran invariablemente encontrados muertos.

Esto ocurrió en los comienzos de la presidencia de Porfirio Díaz, cuando muchísimos prisioneros políticos eran destinados a la mencionada celda para esperar la ejecución de su sentencia de muerte.

Se cuenta que uno de estos prisioneros, que prefirió recibir la muerte de día en lugar de esperarla en medio de las tinieblas de la noche, permaneció despierto sosteniendo una vela encendida en su propia mano. A eso de la media noche vió a un formidable alacrán de más de quince pulgadas de largo y de color negro grisoso, que se dirigía hacia él lentamente, con la cola levantada en forma de arco. El prisionero echó encima del alacrán amenazante un pequeño cajón que había en la celda, logrando, por medio de su descubrimiento, que le fuera conmutada la pena de muerte.



SINTÉTICAS

VANIDAD

Es cosa corriente que las ilustres personalidades extranjeras que nos visitan, expresen, de regreso en sus respectivos países, juicios favorables a nuestra nacionalidad, que los telegramas se apresuran a transmitirnos. Halagado nuestro amor propio, no necesitamos más para aceptar de plano tales manifestaciones, sin tomarnos el trabajo de pensar que, por lo general, cuando ellas no son interesadas, obedecen, simplemente, a un elemental deber de cortesía, ya que, las personas aludidas, por el corto tiempo de su permanencia entre nosotros, no han podido estudiarnos a fondo, ni con el detenimiento requerido, para llegar a conclusiones definitivas.

Antes de envanecernos con los elogios que se nos prodiguen, debemos tener la convicción de que ellos son justos; y la conciencia de nuestros propios merecimientos, sólo podremos formarla entregándonos a una labor acertada y provechosa, mejorando las condiciones de vida del que trabaja y produce, oponiendo una sabia economía a los escandalosos despilfarros de la administración pública y creando una sólida riqueza nacional que nos permita solventar nuestras deudas en el exterior e independizarnos económicamente de la tutela extranjera.

Hecho ésto, sabremos que, cuando se nos dedique una alabanza, existen motivos reales para ser tributada y creída.

CARIDAD BURGUESA

La acumulación de varios empleos nacionales en una sola persona, no es, como pudiera creerse, asunto privativo de las reparticiones públicas. También, en las empresas particulares, abunda esta clase de acaparadores, con lo cual queda perpetuada la semilla en todos los órdenes de actividades.

Mientras en el primer caso se fomenta la inmoralidad, favoreciendo a unos cuantos preferidos, a costa de censurables dispendios del erario público, en el segundo, se protege lamentablemente a los cefalópodos, cuyos tentáculos, succionando en diversos puntos, malogran no pocas acertadas iniciativas de instituciones privadas.

Como es de suponer, la multiforme labor de estos señores, que concentran en su personalidad cargos y atribuciones de índole distinta y carácter diverso, no puede, por lo general, resultar eficaz ni fructífera, ya sea por falta material de tiempo o ya por ausencia de aptitudes adecuadas. Esta circunstancia explica la frecuencia con que se suceden los fracasos de empresas industriales, bancarias, etc., y también la extinción prematura de estos hombres de buena voluntad, víctimas propiciatorias de fatales desequilibrios en el sistema nervioso.

Sería de desear que dichos señores no se sacrifiquen y cuiden más de su salud, dejando que todo el mundo viva y desarrolle sus facultades en provecho del bien común.

COSAS DEL CABLE

El célebre profesor Goddard ha concebido el audaz proyecto de construir un cohete gigantesco, provisto de varios compartimentos, el cual, disparado desde la tierra, llegaría hasta la luna. Al conocer esta atrevida idea, que tanta expectación ha causado en los Estados Unidos, el ingeniero Roberto Matthews, de San Francisco de California, solicitó del inventor que le permitiera hacer el viaje hasta nuestro satélite, metido dentro del mencionado cohete; y como el profesor Goddard se negara a ello, el ingeniero Matthews se suicidó disparándose dos balazos.

Nosotros podríamos ofrecer el reverso de esta pintoresca medalla: es decir, que ni a tiros conseguiríamos desalojar a aquellos de los nuestros que, eternamente, viven en la luna.....

El alma en un beso

Por Pedro Sondereguer

Alcides Bonar, estaba aquella tarde indignado consigo mismo y con su destino. Se había comprometido a entregar el día siguiente un cuento — uno de esos extraños cuentos suyos que le habían hecho célebre, — y no tenía ganas de trabajar. A esa escasa voluntad para el trabajo, uníase una especie de paralización de su facultad creadora. No quería, mas tampoco podía trabajar; de ahí su doble indignación. Si él hubiera sido agricultor o comerciante, médico o farmacéutico, dentista o zapatero, no se habría visto obligado a exprimir el cerebro, en una formidable tentativa de competir con la Naturaleza, para dar vida, efímera o duradera — ¡qué sabía él del porvenir de su obra! — a seres torturados por la pasión y el instinto.

En ese estado de ánimo se hallaba cuando llegó su amigo Hermógenes Lorenti. Era éste un joven arquitecto, estudioso e inteligente, cuya mayor preocupación eran los problemas de ultratumba. El recién llegado saludó con gravedad, según su costumbre. Hermógenes Lorenti reía pocas veces, vestía siempre de negro, caminaba lentamente y, debido quizás a su constante dedicación a investigar el misterio, había adquirido un aire que no era del todo fúnebre, porque tenía un poco de ridículo. Sus ojos oscuros y hundidos hacían pensar en dos objetivos de cámara fotográfica en el momento de retratar un espíritu.

—Me encuentra usted en un instante terrible — dijo Alcides, después de los saludos de práctica. — Hoy odio la literatura. Me cambiaría hasta por un espiritista.

—¿Qué le sucede? — preguntó Hermógenes Lorenti, sin hacer caso de la última frase de su amigo.

Alcides Bonar explicó lo que le pasaba.

—Eso no es más que pereza — sentenció Hermógenes Lorenti. — Medite con la misma intensidad que en otras ocasiones y verá surgir en su mente, nítidas, animadas, vivas, las figuras de su cuento. En cuanto a la fábula, no tendrá usted que esforzarse mucho. Los que le conocemos sabemos que a usted cada tipo humano le sugiere un argumento. Afortunadamente, para tranquilidad de sus lectores, usted no escribe todo lo que piensa.

Sobrevino un breve silencio.

—He venido — continuó diciendo el visitante — a hablarle de una persona que usted parece haber olvidado. ¿Cuánto tiempo hace que no ve a Bertina Loy?

—Dos años, por lo menos. Desde que se reconcilió con su marido, no he sabido más de ella.

—Su marido ha muerto hace ocho meses. Pudo usted verla entonces.

—Yo no hago visitas de pésame. Además, me parece que yo he dejado de interesarle.

Hermógenes Lorenti afirmó:

—Está usted equivocado. Hace cuatro días me dijo que deseaba verlo. Como ella está muy enferma, me rogó que le insinuara que le hiciera una visita. Quiero tanto a Bertina Loy que no he podido desatender su ruego.

—Ya sé que la quiere usted mucho — expresó Alcides sonriendo.— ¿Por qué no se casa con ella?

—No me faltan deseos — repuso Hermógenes Lorenti, respirando con fuerza. — Desgraciadamente, ella, según propia confesión, no ama ni ha amado nunca más que a un escritor, cuyo orgullo le ha impedido conocer la sinceridad y la profundidad de ese afecto.

Alcides Bonar intentó su defensa.

—Usted sabe mucho de espiritismo, pero ignora todo cuanto se refiere al corazón humano, especialmente al corazón de las mujeres, que yo no sé si es humano o divino. La misma mujer que hoy por bondad llega hasta el sacrificio y el martirio, es capaz mañana por despecho de beberse la sangre caliente de un niño. No piense usted que exagero. Y vamos al caso.

Hizo Alcides Bonar una pausa, prosiguiendo luego:

—Mi intimidad con Bertina Loy se produjo de la manera más sencilla. Ella había leído una obra mía y creyó encontrar cierta semejanza de espíritu y temperamento entre ella y la heroína de mi libro. Yo alenté esa creencia, afirmándole, además, que el héroe de la obra era yo mismo. No pasó mucho tiempo sin que sucediera entre ella y yo lo mismo que sucedía entre la heroína y el héroe de mi libro. Es un procedimiento que suelen emplear con éxito algunos novelistas y muchos que no lo son. En esa época Bertina Loy estaba en muy malas relaciones con su marido. He de confesarle que Bertina, que entonces estaba hermosísima, me hizo muy feliz. Ella me quería mucho y yo no la quería menos.

—Ella lo sigue queriendo — observó Lorenti.

—No me he preocupado de averiguarlo. En el momento en que parecíamos más dichosos, la conducta de Bertina Loy cambió bruscamente. Dejó de asistir a las citas que me daba y se alejó de mí, sin la menor explicación. Después supe que se había reconciliado con el marido. Una mañana la encontré en la calle y me tendió la mano con la cordialidad de siempre. Se apresuró a decirme que me seguía amando; pero que su marido se portaba tan bien, se había vuelto tan bueno, tan afable, tan cariñoso, que le daba lástima engañarle. Le contesté brutalmente que eso era una majadería, que sería mejor no mentir, que sería más digno manifestar que se había entregado a mí por despecho o por capricho. Casi llorando me dijo que algún día me convencería de que estaba en un error, y añadió que su mayor placer sería darme al morir su alma con un beso en plena boca. Había tanta fuerza en su acento que me emocionó; pero sacudí mi emoción en un encogimiento de hombros y me despedí.

Hermógenes Lorenti comentó:

—Si esa mujer ha sido sincera, crea usted que hará honor a su palabra. Toda promesa que se hace de corazón, se cumple.

—Comprenderá usted ahora por qué no pienso acceder al pedido de Bertina Loy. No tengo fe en su amor. Ella dejó de quererme, el día en que se reconcilió con su marido.

Cuando Hermógenes Lorenti salió, Alcides Bonar se quedó pensativo. ¿Lo amaba o no aquella mujer? Recordó los momentos supremos de la historia de su afecto. Recordó aquella tarde lluviosa en que ella, pálida y sonriente, le permitió ver por vez primera la maravilla radiante de su cuerpo. Y volvió a vivir la hora inolvidable. Todo en la divina criatura parecía metálico. Oro en los cabellos, acero en las pupilas, plata en el cuerpo.

Poco a poco pasó Alcides Bonar de aquellos sucesos de su época de dicha a los últimos acontecimientos. Pensó que Bertina Loy estaba enferma; pensó en sus palabras de la mañana de las explicaciones, sobre todo en aquello de darle al morir su alma con un beso en plena boca. Fuera por la influencia espiritista de Lorenti, fuera por una vieja disposición de su ánimo, Alcides Bonar empezó a temer que Bertina viniera después de muerta para darle el prometido beso.

Había empezado a oscurecer. El crepúsculo tiene extrañas sugestiones. Alcides Bonar estaba inquieto, nervioso, preocupado. Se diría que sentía miedo. De repente, sonó un timbre. ¿El de la puerta de calle? Los muertos no necesitan anunciarse de ese modo. Sonrió Alcides Bonar, burlándose de sí mismo. El timbre que sonaba era el del teléfono. El escritor se acercó al aparato. Era Hermógenes Lorenti, que llamaba para rogarle que fuera inmediatamente a casa de Bertina.

—La pobre está muy grave — aseveró el espiritista.

Minutos después Alcides Bonar entraba, seguido de Hermógenes Lorenti, en la habitación donde se hallaba su antigua amante. Su emoción, que ya era profunda, adquirió una intensidad ilimitada al contemplar el espectáculo. Bertina Loy, en el lecho, tenía una palidez cadavérica. Su rigidez y su respiración fatigosa permitían suponer un rápido y terrible desenlace.

Cuando Alcides Bonar entró, Bertina Loy levantó los párpados, dejando ver un raro fulgor en el acero bruñido de sus ojos. Una sonrisa vaga, divinizó el pálido prodigio de su rostro.

—Acércate—murmuró.

Su voz, aquella voz deliciosa que en horas de locura de amor era un milagro de cristal y armonía, fué apenas un murmullo.

Alcides Bonar, tembloroso, conmovido, obedeció.

—Bésame—balbuceó la enferma. —Te he amado siempre, te amo ahora más que nunca, y quiero al morir darte mi alma en un beso en plena boca. Así no entrego mi alma a Dios; la pongo en tus labios.

Alcides Bonar se inclinó. Unos brazos plateados, como bañados en luz de luna, le rodearon el cuello y le atrajeron. Una boca se prendió a su boca con ansia febril. Después oyó la voz prodigiosa de otro tiempo que decía:

—Ingrato. He tenido que apelar a esta comedia para reconquistarte. Hasta el infeliz de Hermógenes Lorenti ha creído que estaba moribunda.

Todos perdonados

Por Arturo T. Vance

(Ilustraciones de S. CAHAN)

Mendoza se detuvo en la calle 42, mientras se reanudaba el tráfico interrumpido por un pequeño accidente, antes de atravesar para dirigirse hacia la Quinta Avenida, cuando su mirada notó la silueta de un hombre esbelto, de buen porte, con cabellos grises, que se había detenido también a su lado.

Vestía cuidadosamente y por su aspecto parecía extranjero, o por lo menos haber permanecido largos años lejos del país.

Su traje era de un color azul oscuro, llevaba polainas sobre sus relucientes zapatos, su sombrero claro, flexible, el bastón y la corbata denunciaban al hombre, que, sin ser esclavo de la moda, cuida los detalles.

Su rostro, recientemente afeitado se animaba de acuerdo con las impresiones que experimentaba el desconocido, cuyos ojos observaban atentamente cuanto le rodeaba.

Los negros ojos de Mendoza, de mirada penetrante y maliciosa, se animaron de repente.

—¡Hola!—exclamó éste, colocando la mano sobre el hombro del otro.

El hombre esbelto, experimentó una sacudida, como si aquel movimiento le hubiese vuelto a la realidad desde el mundo aparte a que lo habían llevado sus ideas o recuerdos. Volvió el rostro, se dibujó en él una sonrisa y tendió calurosamente las manos al que había llamado su atención en aquella forma.

—¡Pedro!—exclamó.— ¡Qué ajeno estaba yo de encontrarlo aquí! ¡Hace como quince años que no nos vemos! ¿Vive usted aquí?

Mendoza hizo un vago ademán y exclamó:

—Esas son las consecuencias de ser un simple pintor y no el esposo de una afamada cantante de ópera. Sí, vivo aquí. Hace muchos años que no he salido de la ciudad, donde tengo alguna clientela, pero me es más fácil vender mis obras... Vamos... ¿Va usted para el centro?...

Deslizó su brazo por el del otro y así, tomados amigablemente, se aventuraron al centro de la calle, por donde los vehículos, puestos ya en movimiento, se deslizaban rápidamente.

Era curioso, sumamente curioso, —pensaba el pintor,—marchar de aquel modo con el hombre que era lo que él debía haber sido, o, en otras palabras, el esposo de la mujer con la que Mendoza había estado a punto de casarse. Un disgusto, algo más importante que las usuales rencillas entre enamorados, y el compromiso quedó roto.

Luego, las primeras noticias que había tenido Mendoza, acerca de su prometida, fueron que Gloria Priest —así se llamaba,—después de casarse con Kent, se encontraba en el extranjero cultivando la preciosa voz que poseía.

Y Mendoza empezaba a sentirse satisfecho de que la voluntad de Dios hubiese intervenido. Estaba más que contento de encontrarse soltero y libre a los cuarenta años de edad. No tenía compromiso ninguno, de índole amorosa, y se regocijaba al comprobarlo, pensando con horror en el paso que estuvo a punto de dar.

¿Qué resultado puede tener el matrimonio de dos artistas; de dos temperamentos irritables y celosos de su propia gloria? No; semejante hecho hubiera tenido sensibles consecuencias. La carrera de uno de ellos hubiera sufrido al protegerse la del otro. Posiblemente, por entonces, él y Gloria estarían divorciados... y el divorcio siempre es un acto que demuestra un poco afortunado ensayo personal.

Sin darse cuenta, acaso, pero guiada por el instinto de la propia protección, Gloria había hecho lo que la convenía. Se casó con un hombre rico, complaciente, diez años mayor que ella y que aceptó el sacrificio del porvenir de sus negocios.

Sensible y de alma de artista, Mendoza, como la mayoría de los hombres de su condición que han obtenido el premio de las caricias de una mujer, trataba en su razonamiento de eximirla de toda responsabilidad.

Sonrió al recordar los hechos de quince años atrás. Había sufrido mucho entonces por aquella separación. Se creyó realmente enamorado, pero el tiempo realizó la lógica transformación.

Y realmente Gloria era encantadora. Morocha, esbelta, de bellos ojos y rojos labios... Recordaba una noche de junio en que se juraron amor "eterno", en un jardín de Maryland, entre el perfume de las rosas y orquídeas...

—¿Por qué sonríe?...—preguntó de repente Kent, interrumpiendo los lejanos recuerdos del pintor... y acaso los propios.

—Sonreía... — respondió Mendoza, — porque realmente experimentaba hace tiempo deseos de verle a usted y a Gloria, y posiblemente nunca lo hubiera realizado a no ser por este encuentro.



Gloria se había casado con un hombre complaciente y rico, diez años mayor que ella, y que había aceptado el sacrificio de sus futuros negocios, en holocausto a la actuación artística de su esposa.....

Kent lo miró sorprendido.

—¿Y por qué no trató de vernos, si lo deseaba?

—Es que yo considero que ese no es un asunto fácil, cuando se trata de cantantes de ópera o de una estrella cinematográfica. Sé lo que son celebridades. Están siempre demasiado ocupadas en asuntos particulares...

—Sin embargo — agregó Kent sin gran convencimiento. — ¿Es cierto que ustedes tuvieron relaciones por espacio de tres años?... Eso siempre es una especie de título para...

Mendoza enrojeció.

—¿Cómo lo sabe usted?

Kent se echó a reír.

—Gloria es muy sincera—explicó. —Durante los cinco primeros años de nuestro matrimonio no disputábamos una sola vez sin que ella lo nombrase a usted... Ahora he comprobado, no sin satisfacción, que parece haber olvidado esa costumbre.

Hablaba con la franqueza del hombre que considera inseparables la fama y la publicidad.

Mendoza, por su parte, luchaba con dos distintas emociones. Sentía satisfacción al saber que Gloria lo había recordado, aun cuando sólo fuese durante cinco años y, en determinados momentos; pero experimentaba al mismo tiempo una contrariedad al notar que aquel hombre, a quien no consideraba apto para obtener una posición por sus propios méritos, había descubierto su secreto y no le concedía importancia. Eso no le complacía en lo más mínimo.

Habían llegado a la calle 55 y Kent se detuvo señalando con su bastón la enorme fachada gris de un importante hotel.

—¿Puede distraer cinco minutos? —preguntó.—Son las 4, no muy temprano para el te. Creo que, a esta hora, Gloria no esté muy ocupada y tendrá una gran satisfacción en verle.

Mendoza vaciló. Luego aceptó sonriendo.

—Calculo que no habrá muchos empresarios, agentes o repórters— continuó Kent.—Y si hubiese... los despediremos.

Mendoza pensó lo que hubiera sido de él casándose con una celebridad, que estuviese obligada por su renombre a sufrir todas las molestias de esa especie.

Un pintor o un escritor de fama tienen más libertad en ese sentido. Contempló, extrañado nuevamente, a aquel hombre en quien veía el frío administrador de Gloria.

Los dos hombres atravesaron la calle, penetraron en el vasto y silencioso hall del hotel y entraron en un amplio ascensor.

—Pienso—decía Kent con su habitual indiferencia por cuanto les rodeaba—que la vida de una estrella de cinematógrafo es más sacrificada que la de una artista de ópera. Es la primera vez que nosotros hemos experimentado una sombra de molestia... Gloria no tiene interés en conversar con esa clase de gente, pero se la disputan ofreciendo fabulosas cantidades... Nosotros...

—¡Nosotros! — repetía mentalmente Mendoza. Aquel hombre parecía vanagloriarse de lo que él odiaba. Del papel de "príncipe consorte".

—Gloria canta durante la primavera en Londres. ¡Son tan cariñosos!... Hasta en sus excesos pecan de inhumanos. Los cantantes de ópera son como niños grandes, muy mimados... Pero el público afecto al cinematógrafo es neurasténico, seco y desconsiderado como sus héroes de los films... ¿No ha tenido usted que tratar con esa clase de gente?

—Nunca, — respondió Mendoza, con un dejo de satisfacción.

—Gloria va a actuar ahora en un importante film... La pagan muy bien. Se titula Dalila. En parte está basado en la ópera y en parte en la Biblia, pero es un ingenioso arreglo de un tipo original llamado Fairfax, que es quien dirige la empresa.

El ascensor se detuvo y avanzaron por un largo corredor cubierto

con una alfombra roja, iluminada por los rayos de un sol de diciembre.

Kent marchaba delante; volvió una esquina y se detuvo ante una puerta que, indudablemente, era la de un departamento; llamó, la puerta se abrió y quedó visible un pequeño vestíbulo muy iluminado, al que daban otras varias puertas.

—¿Está la señora Kent? — preguntó éste, en francés.

—¡Oui, Monsieur! — le respondieron.

Un hombre pequeño, vestido con traje de irreprochables líneas y trascendiendo a perfume, apareció por la puerta que daba en frente de la de entrada y al ver a los recién llegados lanzó una exclamación gutural.

Por un instante mientras aquella puerta estuvo abierta, Mendoza tuvo la visión de una pequeña estancia ornamentada, de un tono gris, con muchas flores, y entre los últimos resplandores del día se destacaron las siluetas de un hombre y una mujer sentados ante una mesita de te.

—¡Con permiso, señor—exclamó aproximándose para murmurar algunas palabras al oído de Kent.

—Señor Mendoza — exclamó luego éste. — El señor es Herr Brett, administrador de mi esposa.

El hombrecillo contuvo la respiración, hinchó el pecho y la garganta como un sapo que se ha tragado una piedrecilla.

—Era, — corrigió. — Era. Porque ya no lo soy.

—¿Desde cuándo? — preguntóle amablemente Kent.

—Desde hace tres minutos, — murmuró Brett, al tiempo que agitaba las manos con gesto de desesperación.

—Mi querido Hans, — agregó Kent colocando amistosamente la mano sobre el hombro del afligido administrador. — Es necesario que conozca usted a Gloria. ¿Ha pensado en ese asunto seriamente? ¿Ha pensado en qué situación nos deja a ella y a mí si se retira? ¿Ha reflexionado que usted es el hombre indicado para esa misión? ¿Qué le he hecho? ¿No lo he considerado siempre como se merece?

Herr Brett, respiró con dificultad. La voz de Kent se hizo más elocuente, para agregar:

—Después de tantos años de intimidad... Déjeme que hable con usted antes de tomar una resolución, — terminó. — Vamos a la otra habitación.

Abrió la puerta por donde había salido Brett y volviéndose hacia Mendoza, dijo: — ¿Me disculpa un instante, Pedro? Estoy en seguida con ustedes. Entretanto, ahí está Gloria... ¡Gloria, aquí está Pedro Mendoza!... Sí. ¿No recuerdas? ¡Pedro Mendoza!

Cuando la puerta de la habitación se hubo cerrado, Mendoza oyó que la voz de Herr Brett se elevaba por momentos.

Durante algunos instantes el pintor se sintió molesto. Se hallaba en el límite de una vasta habitación cuadrada, aislado, sin que nadie dijese nada y envuelto en una semioscuridad. Luego comenzó a ver más claramente, al hombre alto, calvo, correctamente vestido que se hallaba junto a la mesa de te, y al resplandor de una lamparilla de alcohol el rostro de la mujer.

Al pronto le pareció que estaba muy pálida; distinguió la curva de su cara, los imperiosos labios color escarlata, sus negros ojos...

El corazón de Mendoza dió un brinco. Había adivinado la belleza con la rapidez del artista y no esperaba hallarla tan hermosa. Había oído decir que lo era, pero no consideraba tales versiones más que como el fruto de la simpatía hacia la artista. Aquella pureza de líneas era realmente el ideal de un artista.

Mas, pronto, recobró Mendoza su habitual buen humor, porque rompiendo el silencio sonó una voz cristalina que decía: ¡Pedro! — Inmediatamente Gloria se encontraba a su lado, y apoyaba su mano en la de él.



Kent se levantó, y, resuelto, avanzó hacia la mesa

—¡Mi querido Pedro!... ¡Qué alegría experimento al volverle a ver!

Mendoza experimentó nuevamente una sensación de disgusto por la presencia de otra persona en la habitación. Esta se llenó de luz gracias, precisamente, al hombre alto y calvo que hizo accionar la llave de la electricidad. Contrariado soltó Mendoza la mano de Gloria.

—Señor Mendoza. Este señor es Fairfax, mi autor y director — exclamó Gloria.

Mendoza se sintió confuso al oír el nombre. Aquel ser traía a su imaginación la idea de una monumental araña peluda. Deseaba que Gloria rompiese con él y no podía admitir que hubiese aceptado el contrato más que debido a su inconsciencia femenina.

De repente, con suavidad, con un leve rumor de puertas pesadas que se abren, aparecieron Kent y Herr Brett. Gloria pareció anonadada. Arqueó sus pintadas cejas. Herr Brett desprovisto de la fortaleza de su ira, temblaba.

—Si vuelve, — exclamó Gloria sin dirigirse a nadie en particular — me veré obligada a conducirme como un ser normal con un administrador... un espíritu negociante.

Levantó una mano. Herr Brett, como un perro, tomó aquella mano y la besó.

—Dale un poco de te, Gloria, — exclamó Kent jocosamente, con la placidez del hombre de media clase, seguro de su situación de esposo. — Es así por temperamento.

Mendoza no era un hombre malo. Tampoco era débil. Pero era humano, y no esperaba otra cosa de aquel extraño conjunto de seres.

Su conversación con Gloria se fué haciendo más y más íntima, al extremo de que los dos se olvidaron, al parecer, por completo de los demás. Mendoza no era hombre que experimentase esa sensación frecuentemente. Pero era uno de los encantos de Gloria para un hombre de la disposición del pintor.

Ella manifestó que los artistas no eran dueños de su propia carrera, sino simplemente guardianes de un talento por cuya conservación y progreso debían sacrificarse rompiendo, si era necesario, todas las ligaduras que sujetan al vulgo.

Mendoza la oía y estaba admirado. En su existencia había oído a otras muchas personas expresarse de la misma manera que Gloria, sin que hasta entonces comprendiese las razones que tenían para hablar así.

Luego, lejos del encanto de aquellos ojos y aquella voz, trató de justificar su conducta, pensando lo que tantos otros en igualdad de circunstancias, que su interés por Gloria era simplemente curiosidad intelectual.

Después de aquella primera entrevista, Mendoza fué invitado en otras varias ocasiones. Y había acudido hasta llegar a la costumbre de ir dos o tres veces por semana a tomar el te, a la hora en que Gloria, fatigada, era humana, suave y para él se mostraba indefensa. Partía de su estudio al oscurecer y después de caminar, recibiendo el aire frío, llegaba a la perfumada e iluminada habitación en que se encontraba Gloria.

En los primeros tiempos estaba allí el señor Fairfax, pero luego no lo volvió a ver. Fué un triunfo de Mendoza, quien lo agradeció con una mirada a Gloria. Uno puede no desear no encontrarse con el productor de películas que paga fabulosas sumas de dinero a sus artistas, no le está permitido manifestarlo así,... pero puede agradecer silenciosamente al que ha adivinado su deseo y lo ha satisfecho por medio de tacto y político empeño.

Así las cosas, una tarde de febrero en que el pintor y Kent se hallaban juntos en el club tomando el lunch, el esposo del artista abandonó su acostumbrado aspecto de vaguedad, para adoptar, por primera vez, una expresión de seriedad y proponer a Mendoza que lo acompañase a visitar a un joven, quien, aparentemente, trataba de hacer un "chantage" a Gloria. Hizo la petición en forma normal, sin alteración en la voz. Mendoza quedó con la boca abierta.

—Pero... ¡cómo!... ¿Qué está usted diciendo?

—Es una cosa perfectamente simple, — dijo Kent, instalándose en una butaca. — No sufrirá usted la menor molestia. Yo conozco al hombre. Lo mejor, para esa clase de elementos, es la acción directa. Va uno, pide las cartas directamente y le aconseja que no cometa tonterías. La única razón de que yo le pida a usted que me acompañe es porque lo considero un viejo y buen amigo de Gloria, y también tengo confianza plena en usted... Es... — vaciló un momento y sus mejillas se colorearon.

—Bueno — continuó, — es fuerza que lo reconozca y confieso que gracias a Dios, tal vez todo obedezca a mi edad, pero físicamente tengo algo de cobarde. Odio los incidentes... No es que en este caso pueda haber el menor peligro al respecto, pero yendo los dos, el caso es más seguro. Siempre es mejor ir acompañado. Tenemos que ir a media noche a una casa solitaria...

¿HIJO DEL VIENTO?

Cuando miro la sorna con que miras
La ignorancia pasada, que nos dices:
Los ensueños de flor con que deliras
Repudiando la ley de tus raíces;
Y el pendón caviloso de mentiras,
De diversos urdimbres y matices,
Que desdoblas, negando tus hegiras,
Cual un fruto casual de meretrices:

Digo yo, de qué cúmulo de gracia
Tanta luz ha llovido, en un momento?
De qué noble, vivaz aristocracia
Será vástago azul este portento?...
Y me pongo a pensar en los de Tracia
Potros sin gallación, hijos del viento!

ALMAFUERTE.

—Parece que está usted muy identificado con esa clase de gente —observó Mendoza.

—Oh, no — objetó Kent rápidamente. — Se han producido infinidad de hechos de distinta naturaleza, pero casos de "chantage" sólo uno... y aquél era un vulgar ladrón.

—Y este joven... tiene realmente objetos...

Kent enrojeció.

—Sí—comentó.—Los tiene. Es un joven inglés. Un poeta con quien Gloria se encontró hace cuatro o cinco años. Los dos estaban muy interesados en el verso libre, que en aquella época, usted lo recordará, estuvo muy en boga. Cambiaron cartas; yo pienso que de fondo puramente intelectual, y Gloria acaso no tuvo precauciones... Ya sabe usted, cómo es ella. Luego me enseñó las cartas... ¡Cosa horrible! ¡Cómo son los jóvenes poetas! Nos ha seguido hasta aquí. Gloria no lo volvió a ver. Parece ser que, financieramente, está en muy mal estado. Yo pienso que todo no es más que una inspiración de la pobreza... el hecho es que no se conduce como un caballero...

Mendoza, que se había echado hacia atrás en su sillón y que escuchó la historia con los ojos cerrados, se echó a reír y exclamó:

—Iré con usted.

¿Ahora?

—Sí — respondió Kent con agradecimiento. — Ha de ser cosa horrible verse obligado a recurrir a esos extremos... ¡Pobre como un poeta! — agregó a modo de comentario.

Pidieron sus abrigos y sombreros y salieron a la calle.

—Hace frío — comentó Mendoza levantándose el cuello del abrigo. — ¿Tomamos un taxímetro?

Kent sacudió la cabeza.

—Iremos en uno de los autobuses de la Quinta Avenida — anunció — si no le parece mal a usted. Así tendremos más tiempo para pensar en la forma de conducirnos.

—De acuerdo, — manifestó el pintor. — Vamos.

Observaba a su compañero de tiempo en tiempo, mientras marchaban por la amplia calle que terminaba en una convergente iluminación de lámparas eléctricas.

Kent no decía nada. Se había sacado el sombrero y permanecía frente a él, mientras Mendoza miraba a los numerosos transeuntes y las vidrieras, llenas de luz, de los establecimientos.

El autobús se detuvo y descubrieron que se hallaban en Wáshington Square.

—Es un hotel que está hacia el lado del Oeste — dijo Kent, rompiendo el silencio por primera vez. — Mejor dicho, se trata de una casa de alojamiento situada en una calle inmediata.

Bajaron la estrecha escalera, pasaron bajo los árboles y llegaron al fin a la callejuela. Se detuvieron frente a una casa de sucios ladrillos rojos, de mal aspecto y con una especie de restaurant en la planta baja.

—Este es el lugar — anunció Kent.

La puerta del frente estaba abierta y por ella penetraron en un hall, iluminado por una simple lamparilla eléctrica colgada de un alambre. Una escalera que tenía indicios visibles de no haber estado en contacto con el agua y el jabón comenzaba en uno de los rincones.

No se veía persona alguna, ni tampoco estaba abierta ninguna de las puertas de las distintas habitaciones, pero mientras iban subiendo, pudieron convencerse de que en todas había gente, a juzgar por el murmullo de las conversaciones.

¡Es curioso! — murmuró Mendoza. — Todos podrán ser muy inocente, pero se nota en el ambiente un especial olor a delincuencia.

Llegaron así al cuarto piso y Kent se detuvo ante una puerta situada a la izquierda, y por cuyas rendijas se filtraban rayos de luz. Llamó.

—¡Adelante! — respondió una voz.

Kent empujó la puerta y él y Mendoza se encontraron en una pequeña habitación de techo bajo. Era triste, sus paredes pintadas con cal estaban sucias y carecían de todo adorno. No se veían más muebles que una mesa, que hacía las veces de escritorio, ante ésta una silla rota, y una miserable cama de hierro.

Colgaba del techo una lamparilla eléctrica sin pantalla ninguna.

Sentado ante la mesa estaba un joven alto, de cabellos rubios y largos.

Mendoza, interesado ya en el asunto, no perdía detalle ninguno, y observaba con atención al desconocido para él. El joven se volvió y al ver a Kent y detrás de éste a Mendoza, sonrió amargamente. No intentó levantarse ni hablar, únicamente apoyó las manos en las caderas y esperó, notándose el terror en su rostro atrayente.

—Y bien, Ruperto — exclamó con amabilidad Kent, mientras sacaba su cigarrera del bolsillo y ofrecía un cigarrillo al joven.

—No. Gracias, — exclamó éste mecánicamente.

—Bueno. Fumaré yo — dijo Kent encendiendo un fósforo. — ¿Me parece que no hay aquí muchos sitios donde sentarse? Instalémonos en la cama, Pedro.

La atmósfera se había tornado más respirable. La rigidez del primer momento desaparecía. Ruperto se puso lentamente de pie y se quedó mirando a Kent y Mendoza, que se habían sentado ya en el lecho.



Mendoza, al ver que el joven extraía un revólver, exclamó para sí: "este perro va a matar a Kent", al tiempo que éste se trababa en lucha con el poeta....

Era un joven no exento de atractivos, pero de una expresión singular.

—Supongo — dijo — que han venido a amenazarme. No estoy muy al corriente de esta clase de asuntos. Jamás había hecho nada así.

Hizo una pausa y mirando fijamente a Mendoza, preguntó:

—¿Es un detective?

Kent se echó a reír ante el gesto de protesta de Mendoza.

—No; es un pintor de retratos—dijo.—No hemos venido para amenazarle a usted, mi querido Ruperto. De hecho yo no estoy muy seguro de que pueda, aun cuando lo deseara así, amenazar a nadie. Esta carta — continuó, sacando una del bolsillo interior de su abrigo, — no es realmente una tentativa de chantage. Es únicamente una sugestión, de que si Gloria no accedía a su pedido podría hacer algo que la molestare. Es sensible que usted, en apoyo de su petición, advierta que ha conservado sus cartas. Ahí reside la amenaza.

—Yo no pensé que pudiera resultar eso — respondió el joven, pasándose la mano por la frente. — No alcancé todo el significado de mi acción — agregó, tratando de sonreír. — No como desde hace muchas horas. Lo único que deseaba era ver a Gloria. Ya vé usted, no conozco a nadie más aquí. No dispongo de ningún dinero. ¿Quiere usted comprar esas cartas? ¿Los diarios?

—Algunos diarios — respondió Kent luego de reflexionar un instante. — Bien. Sí es ese el caso... —continuó. — Es lo que pensaba. ¿Quiere darme ahora esas cartas? Son una tentación para un joven como usted. Las cartas no deben nunca ser negociadas.

Se levantó y avanzó hacia la mesa. Una expresión feroz se reflejó en el rostro de su interlocutor.

—¡No! ¡No quiero! — rugió casi el joven. — ¡No! ¡No quiero! No deseo obtener dinero alguno por ellas... No sé... Pueden servirle a usted y yo... No tengo casi fuerzas... ¡Me muero de hambre!... Pero saldré de esta situación... ¿Comprendo? Usted tiene a Gloria... y yo no.

—Eso no es culpa mía,—dijo Kent con gravedad; — Tampoco lo es de Gloria el que usted se haya enamorado de ella. Deme las cartas, Ruperto.

Avanzó otro paso y el pintor se quedó admirado al ver el tono con que agregó:

—No trate de discutir conmigo. No tengo tiempo que perder, como no lo tiene tampoco el señor Mendoza. ¡Vamos! ¿Quiere que lo haga detener por la policía? Recuerde que el señor Mendoza es un testigo. A pesar de lo que hagan los poetas, no pueden ser considerados como chantagistas.

Hubo un momento de silencio, y el joven se encogió de hombros con desesperación, abrió el cajón de la mesa y sacó un paquete de cartas.

—Aquí están—dijo.

Pero no cerró el cajón. Mendoza que no perdía movimiento alguno, vió el reflejo de un revólver y exclamó:

—¡Maldito perro! Va a matar a Kent.

En seguida los dos hombres cayeron agarrados al suelo y se oyó una detonación. Kent se puso de pie, rápidamente, llevando el revólver en la mano, y ayudó al joven a ponerse de pie.

—¿Qué es eso? — exclamó con seca entonación. — ¿Piensa suicidarse?

Se sacudió la ropa en momentos en que varias cabezas asomaban por la puerta. Se sentó de nuevo en la cama y volvió a fumar su cigarrillo, perfectamente tranquilo.

—No es nada, señores — dijo. — Se le ha escapado un tiro de revólver al señor Braithwhite. No es nada...

Esperó hasta que se hubo cerrado la puerta y luego, volviéndose hacia Ruperto, exclamó:

—No sé por qué no acudió usted a mí en primer término...

—¿A usted?

—Sí. ¿Por qué no? Vamos, no sea así.—Se puso de pie nuevamente y volvió a marchar hacia la mesa, junto a la cual había vuelto a sentarse Braithwhite. — Ahía tiene veinte dólares... Me los devolverá cuando pueda. Venga a verme mañana. Yo le emplearé en alguna cosa... Acaso en el cinematógrafo... Fairfax, el director de mi esposa, hace lo que le pido... No puede negarme nada, — agregó riendo. — Creo que hasta me teme...

* * *

Ni Kent ni Mendoza hablaron una sola palabra cuando bajaron la oscura escalera y se vieron de nuevo entre las sombras de una noche de febrero. Al llegar a Wáshington Square, Mendoza rompió el silencio.

—Yo creí verdaderamente que era usted un cobarde.

—¡Cómo!

—Que yo creí que, físicamente, era usted un cobarde.

Kent pareció comprender, entonces, el sentido de la frase.

—¡Ah! Sí — dijo. — Pero yo no califico de heroísmo el evitar que un hombre se suicide. No es posible permitir semejante cosa. Es lo más terrible.

Tomaron un autobús vacío que iba hacia el norte. Al llegar a la calle 46, dijo:

—Tengo que ir a un Club donde me espera alguien. Pero podemos beber alguna cosa. ¿Qué le parece?

—Bueno, — asintió Mendoza.

Entraron en el club y se encaminaron hacia una de las salas donde no había más que el camarero. Se sentaron junto a una pequeña mesa. Kent permaneció un instante abstraído.

—Era una cosa fácil — dijo mirando al trasluz el cristal de su vaso.—No siempre resulta lo mismo. En Milán hubo un tenor con quien tuve que emplear los puños. Dios sabe lo que hubiese ocurrido de no tener yo tanto miedo como tengo... Pero esos momentos son fruto de mis nervios. Ellos, generalmente, tienen aún más miedo que yo, porque la razón está de mi parte.

—Quiere usted decir?...

—Yo no quiero decir nada. Se enamoran de Gloria. Y yo estoy convencido de que Gloria no ha sentido nunca verdadero amor más que por mí. Es decir, hablo desde que se casó conmigo. ¡Qué tonterías digo a veces!... Pero no hay que tomar eso en serio.

—¿Pero usted no puede impedir todo eso antes de que llegue a originar dispustos?

—¿Impedirlo? Gloria dice que eso es necesario. Ella es una artista. ¿Cree usted que es posible discutir con ella?

—No. Yo no estoy casado. No puedo juzgar. Unicamente me extrañaba. No he tenido la intención de decir una impertinencia...

—Lo sé. — Kent volvió a mirar su vaso y luego, fijamente, a los ojos de Mendoza. Sonreía. — Existen tres Glorias. Una es la cantante de Opera, muy grande y de la que no conozco mucho; luego está la nerviosa y fatigada, la artista sensitiva aclamada por el público, que necesita toda clase de estimulantes y que es... hasta irreflexiva en algunos momentos. Sí, eso es, irreflexiva. Y luego está la tercera Gloria, esa con la que yo me he casado.

—¡Oh! — exclamó Mendoza. — ¿Pero y su propia carrera? Todos los hombres tienen una profesión...

Con gran sorpresa del pintor, Kent lanzó una sonora carcajada.

—¡Yo tengo una carrera! — dijo. — Yo soy James Parkman. Pero no se lo diga a nadie y principalmente a Gloria. No quiero que ella piense en mí respecto a ese punto.

Mendoza abrió la boca, sinceramente admirado.

—¡James Parkman! ¿El hombre que escribe esos admirables libros para los niños? El gran humorista... Pero... ¡Pero usted es un genio!

Kent asintió gravemente.

—¡Gracias! — exclamó. — Yo no opino lo mismo. Realmente siempre he sentido mucho cariño hacia las criaturas. — Hizo una pausa, y con su habitual modo le miró a la cara. — Temo haber hablado demasiado. El joven Braithwhite, debe haberme excitado... ¿Pero usted no dirá nada a nadie acerca de James Parkman?

—Se lo prometo—murmuró Mendoza.

Se levantaron y echaron a andar.

—Posiblemente, no nos volvamos a ver durante un tiempo, — dijo bruscamente el pintor. — Pero mañana por la mañana iré a despedirme de ustedes. El miércoles parto para Panamá.

—Lo ignoraba. ¿Pero regresará?

Mendoza experimentó una sensación de soledad, de aislamiento.

—No creo, — respondió. — Posiblemente no estaré de regreso hasta la primavera. Estoy muy fatigado. Trabajé mucho en los últimos meses.

Se quedó contemplando la esbelta silueta de Kent que se perdía a la distancia. Pensaba si todo aquello no era un sueño. De pronto pareció comprender qué clase de persona era Kent.

—Si yo fuese Gloria — murmuró — creo que me sentiría segura y feliz en los brazos de un hombre como ese...

Luego, con gran asombro, por el alcance de sus palabras, agregó.

—Pero, ¡qué diablos! ¿Acaso no es eso lo que ella hace?

EL DISCIPULO

Cuando Narciso murió, el río de sus delicias se transformó de una copa de agia dulce en una copa de lágrimas saladas, y las Oreadas vinieron llorando por los bosques a cantar junto al río y a consolarle.

Y cuando vieron que el río habíase convertido de copa de agua dulce en copa de lágrimas saladas, deshicieron los bucles verdes de sus cabelleras. Y gritaban al río y le decían:

—No nos extraña que le llores así. ¿Cómo no ibas a amar a Narciso con lo bello que era?

—¿Pero Narciso era bello?

—¿Quién mejor que tú puedes saberlo?—respondieron las Oreadas:—Nos despreciaba a nosotras, pero te cortejaba a tí, e inclinado sobre tus rodillas dejaba reposar sus ojos sobre tí y contemplaba su belleza en el espejo de tus aguas.

Y el río contestó:

—Si amaba yo a Narciso era porque cuando inclinado en mis orillas dejaba reposar sus ojos sobre mí, en el espejo de sus ojos veía reflejada yo mi propia belleza.

OSCAR WILDE.

Acerca de un viaje de Jesucristo a la India

Según noticias de Londres, se ha descubierto en el Indostán un antiquísimo manuscrito, en el que se relata un viaje de Jesucristo a la India.

El descubrimiento lo ha hecho el profesor de arqueología Nicolás Roerich, en un convento del Tibet.

El arqueólogo experimentó una gran sorpresa cuando empezó a descifrar el texto del manuscrito, redactado en pali, lengua sagrada de los budistas. Dice el manuscrito cómo un hombre llamado Issa, "el mejor y más sabio" de su región, fué un día desde Belén a la India para estudiar en los claustros. Movido por el deseo de saber había abandonado a su padre y a su madre, y sin temer a las fatigas y peligros del viaje se había unido a una caravana de gente de Palestina. Había llegado al Tibet, hasta el convento de Hemie, donde pasó varios meses. Después Issa predicó al pueblo, principalmente a los humildes, a los oprimidos y a los parias.

No está aún descifrado todo el texto; pero, a juzgar por la parte conocida, la versión completa del manuscrito será interesantísima. Y no cabe la menor duda acerca de la identificación de Cristo con Issa, pues en la última frase del manuscrito se dice claramente que "Issa, a su vuelta a Palestina, tuvo que comparecer ante el tribunal de Poncio Pilatos".

MONIGOTITO...

Por Victor Gabirondo

—Me conocer, ¿verdad? Pues arrojemos la careta del disimulo. Soy Mariano, sí, Mariano, que soñó con este momento de su vida, que lo hizo razón de su existir, móvil de sus acciones. Soy Mariano, tu novio... ¡Tu novio!...—sonrió sarcástico, prosiguiendo fríamente:

—Comprendo tu olvido de muchos años—¡es tan olvidadiza esta vida de esplendores!—y con un gesto amplio señaló desde el ventanal donde se hallaban, de cara a la noche, el aristocrático salón, magnífico de luz, de joyas, de sedas y bellezas;—comprendo tu olvido, como comprendo tu juego de esta noche. Quieres seducirme con tus gracias, subyugarme con tu belleza. Soy el hombre del día, el ministro joven, el ídolo de la multitud. Se habla de mi rápida carrera, de mi porvenir... Y tu vanidad de mujer bella necesita este triunfo. Has pensado que no sería difícil reconquistar al antiguo juguete, al juguete de tu infancia.

—¡No!—negó rotunda, enérgicamente, mirándole sin miedo. Tenía los ojos empañados por las lágrimas y pálido el semblante. — He querido lo que tú no mereces: volver a ti como fuí, como soy, a pesar de esta aparente frivolidad...

—¡Mientes! — silbó mordiendo las sílabas. Nerviosamente se pasó las manos, que aletearon trágicas en la negrura de la noche como un reflejo marfileño y macabro, por su frente, ahuyentando una confusión de pensamientos que le enloquecían.—Finges como fingiste, como fingieras siempre. Tienes por alma una mentira; por sentimientos, vanidades; por corazón, una perversidad. No has amado: amas las joyas, las sedas, el éxito... La belleza ha matado tu corazón.

—¡Qué mal me conoces!—hizo ella en un suspiro.

—Me basta recordarte — agredió él, rápido.—Y aunque son muchos diez años, yo no he olvidado. Viven dentro de mí unas promesas de amor que querían ser eternas; llevo en el alma un ensueño juvenil que rompió una mujer casándose con otro; me amargan en los labios unos besos falsos...

—¡Mariano! Tú no viste mis luchas, mis dolores, mis llantos; tú no asististe a mi desesperación ni supiste nada de mi agonía.

—Yo sólo sé que mi novia, la mujer que yo adoraba, la única ilusión de mi existencia, me abandonó; sólo sé que un día, después de muchos sueños que eran esperanzas, quedé solo y sin alma, hundido en mi desgracia, alimentándome de amarguras. Y entonces supe que los desgraciados no tienen derecho a la felicidad. Y yo lo era... ¿Cómo quejarme? ¿Para qué? Se hubieran reído del humilde abogado que quería disputarle una mujer al opulentísimo magnate. *El señor marques*, le llamaban; el *señor marqués* le llamé yo mismo algún día, cuando me hizo el honor de acudir a mi bufete. ¿Qué podía yo contra el señor marqués? Y ella misma, que yo creí humilde y buena, ¿qué podía contra su vanidad? El señor marqués le ofrecía una vida fastuosa, y joyas, y sedas... Y a ella le gustaban las sedas y las joyas. Su belleza entre piedras preciosas resaltaría deslumbrante en los grandes salones... Nada podíamos, como no fuera triunfar ella y sufrir yo... Pero yo también he triunfado. El dolor se hizo deseo y el deseo fuerza impulsiva, y la fuerza, voluntad. Quise ser, no por mí, sino para llegar hasta aquélla que despreció el amor. Quería demostrarle que éste, entre sus ternuras, oculta tesoros que la vanidad nunca ha podido ver.

—Perdono a tu dolor todas sus acusaciones, y te perdono a ti las crueldades. Me juzgas mal porque no conoces mis sufrimientos. ¿Qué podía yo, niña tímida, contra la voluntad de mis padres? Me casaron, matando los ensueños de mi alma, y lloré mi felicidad muerta. Y luego, al quedar libre, te busqué con el corazón herido y el alma doliente, esperando tu perdón... Y tú huiste de mí... Huiste como ahora, que llego con un deseo infinito de piedad. He puesto el corazón ante tus ojos y no me has comprendido —terminó sollozando.

—Te comprendo tanto—contestó él mordiendo las palabras en una rabia,—que, amor u odio, sea cual fuese el sentimiento que pudieras inspirarme, ha de morir dentro de mí como murió tu recuerdo.

Y haciendo un gesto con las manos, un gesto breve de adiós, intentó alejarse.

—¡No!—gimió ella. — ¡Mariano!

Y tembló en una pausa, sin palabras para expresar sus pensamientos.

corazones doloridos no tienen más que amarguras.

—El mío, sólo el mío; el tuyo es feliz.

—Mucho—hizo ella como un eco.

—Este dolor, que crees hondo e irreparable, es un reflejo de mi dolor—arguyó él. — Desaparecerá en cuanto olvides este momeno en el que los recuerdos nos han hundido en el pasado. Y volverás a ser lo que eres: la influencia del ambiente te ganará.

—¿Y hablas así, con esa tranquilidad?—ahogó en un sollozo el grito de su indignación.—¡Mariano! Tú eres, tú, el que no me has querido; tú el que me olvidaste. !Y aún te complaces en martirizarme!

—Si no finges en este momento...—se acercó a ella buscándole los ojos con sus ojos,—es mejor que nos separemos..., es mejor...

Y nerviosamente, con palabras silbantes, vibrátiles, continuó:

—Un día, Carmen, un día, hace mucho tiempo, te dije que ignoraba cómo ni cuánto te quería; que el sentimiento que me dominaba sólo un dios podía expresarlo, porque dentro de toda su pequeñez humana conservaba todas las grandezas divinas, y ese sentimiento, aumentado con dolores, que se hicieron lágrimas; con celos, que fueron iras; con tormentos, con odios, me llena el pecho y me ahoga y me asfixia. No me mata, porque es mi vida misma; no me acaba porque él mismo me sostiene, no sé si para este instante en que te puedo escupir mi amor hecho palabras o para otro en que pueda aprisionar tu cuello ahogándote...

—¡Mátame!—se ofreció ella.

—¡Deja, deja! ¡Vete!—rechazó él.—Sepárate, que no sé si mis palabras se van a convertir en besos para mi vergüenza, o mis dedos, al acariciarte, se van a transformar en garras para estrangularte.

—¡Mariano!

—¡Vete!... Mira que no te puedo mirar sin sentir el martirio de unos pensamientos que me impulsan a buscar tu boca, ignoro si para besarte o si para morderte... Vete, Carmen, que no quiero quererte, que no quiero llorar, y te quiero y lloro para que te burles...

—¡Mariano!—se abrazó a él en un transporte del alma.

—¡Para que te burles!

—¡Almita mía!

—¡Calla!

—Quiero que hablemos, necesito que hablemos—prosiguió nerviosamente.—Tengo que decirte mis sentimientos, que viven en tumulto dentro de mí.

Calló, llorando en silencio; las manos en las maderas del ventanal, el rostro en las manos; caída, vencida, tronchada. Los sollozos convulsionaban su curepo todo, y el pecho tenía un respirar rápido y agitado.

—Mira—se agitó él nervioso,—es mejor que no hablemos más. Me hacen daño tus palabras, me hace daño tu dolor—falso o verdadero, no lo sé,—me hace daño el recuerdo. Vivamos como hasta aquí, indiferentes, ajenos... Tú conseguiste lo que ambicionabas. Eres la bella y riquísima marquesa viuda... Yo, yo también. Soy ministro en plena juventud.

—Tienes razón—se alzó ella secándose los ojos. — Habíamos de martirizarnos inútilmente. Nuestras vidas se han roto.

—Las rompiste tú—acusó seco.

—Yo, sí—afirmó con dulzura.— No me disculpo ni lo niego. La vida me hizo su instrumento, destrozándome y destrozándote. Nuestros

—Te quiero, te quiero... Acuérdate de la niñita humilde, de la señorita tímida que antes te hablaba así: "Monigotito, te quiero... Te quiero mucho, monigotito, mucho"...

La amistad es una fraternidad...

y su sentido más elevado es el bello ideal de la fraternidad. Es un acuerdo suspenso de dos o tres almas, nunca de muchas, las cuales han llegado a ser como necesarias la una para la otra, han encontrado una en otra la disposición máxima para entenderse, para interpretarse noblemente, para estimularse y practicar el bien.

SILVIO PELLICO.

Los Montes de Piedad

Los Montes de Piedad son de origen italiano, y este nombre les fué dado porque se hacían préstamos de caridad en monte o total. En 1440 el P. Bernabé de Terni, de la Orden de los Hermanos Menores, predicando en Perusa, invitó a los ricos a contribuir con sus ofrendas a aliviar la situación de los pobres. Las donaciones que se hicieron constituyeron un fondo, con la ayuda del cual se hizo a las gentes del pueblo préstamos sobre fianza de efectos mobiliarios. Los resultados determinaron a imitar el ejemplo de Perusa, y Orrieto, en 1445; Bolonia, en 1475; Padua, en 1491 y Milán, en 1496, entre otras, abrieron Montes de Piedad.

De Italia pasaron estos establecimientos a Alemania, y Nuremberg, en 1498, fué la primera población que los implantó. En Holanda, fué Amsterdam, en 1578, y en Bélgica, Bruselas, en 1618. En Francia, el más antiguo fué el de Avignon, en 1577, siguiendo después Beaucaire, en 1583, Nancy y Arras, en 1615.

En España, el primer Monte de Piedad fué el de Madrid, que se debió a la caridad y celo del sacerdote don Francisco Piquer, que lo inició con la pequeña limosna de un real de plata que el día 3 de diciembre de 1702 depositó en una pequeña caja. El año 1724, se inauguró la institución. En 1749 se fundó en Barcelona el Monte de Piedad de Nuestra Señora de la Esperanza. Esta institución no alcanzó gran desarrollo y por real orden de 17 de abril de 1839 se ordenó que en cada provincia se fundara una Caja de Ahorros, asociándole un Monte de Piedad.

El miedo y la alegría

Por J. H. Rosny

Se estaba en los postres, en una comida de sabios, y se discutía sobre las emociones. Casi todos los opinantes estaban de acuerdo en que el sufrimiento, la inquietud, el miedo, obran de una manera mucho más poderosa, mucho más enérgica, sobre el organismo, que el deleite, la esperanza, la alegría. Pablo Varin creía lo contrario; por lo menos, en lo que concernía a su propia persona.

—Puedo hablar con conocimiento de causa — dijo, mientras pelaba una pera; — a mi parecer, yo he experimentado el más grande espanto y el más grande júbilo que pueden caber a un mortal... Y he podido comparar fisiológicamente la intensidad de estas emociones contradictorias...

—¿Quiere usted decir que ha podido transformarlas en energía?... —preguntó Chabeaux: —¿medirlas en el galvanómetro o en el calorímetro?... Si no es así, nada habremos adelantado.

—¡Sofista! — replicó Varin. — ¿Acaso se ha servido usted de corrientes eléctricas o de calefacciones para establecer la teoría contraria a la mía? ¿Ha fundido usted hielo, o ha descompuesto usted algún ácido, con el dolor de sus enfermos? ¿No hay fiebres que apenas causan sufrimiento y que parecen dar, sin embargo, más calor que un dolor agudo que atenacea todos los músculos del paciente? Mi prueba está tomada del organismo mismo, que es el único patrón conveniente en este caso. Pero, vamos al hecho. Podrán formar ustedes su propio juicio.

"Como ustedes saben, en 1893 yo hice un viaje a Africa, de exploración, y que resultó casi inútil, gracias a la incuria de nuestro jefe... uno de esos hombres cuyo optimismo excesivo raya en locura. Hasta el último momento de mi vida me acordaré del 27 de julio de 1893, día en que nos vimos completamente rodeados por una horda de negrgros antropófagos, y en el que las diez y nueve vigésimas partes de nuestra caravana sucumbieron bajo los golpes del enemigo. Nos defendimos bien. Nuestro degraciado jefe se batió no como un león, pues estos animales luchan muy flojamente, sino como un rinoceronte, de cuya naturaleza furiosa y ciega participaba. Cayó entre los primeros. Mi amigo Carlos Velpeau y yo nos sostuvimos durante unas horas, con una docena de auxiliares congoleños, parapetados detrás de un montón de árboles caídos. Pero se nos agotaron las municiones. A la hora del crepúsculo, un torrente de salvajes invadió nuestra trinchera; caímos, literalmente, desbaratados y arrollados por un alud de cuerpos humanos.

"Una hora después, estábamos todos atados a unos ébanos, en el mismo centro de la tribu aulladora. Grandes hogueras rojizas brillaban en la llanura; asábanse en ellas los cuerpos de nuestros compañeros de expedición. Una plebe atroz bailaba, rugía y comía. A nosotros nos habían reservado. La obstinación con que nos habíamos defendido, nos valía que estuviéramos destinados al estómago de los jefes; aparte de regalarse con nuestras carnes, los miserables esperaban asimilarse también con ellas algunas de nuestras cualidades. Una docena de hombres, en todo, se disputaban el placer de servirnos de sepulcros.

"El festín comenzó por mi amigo Carlos. Un jefe de la más alta categoría, de aspecto bonachón, se le acercó al prisionero y le hizo saltar el ojo derecho, en el que hincó los dientes, como si fuera una almendra garrapiñada, con aires de fino conocedor. Llegó en seguida otro jefe, probablemente de la misma jerarquía; hizo saltar el otro ojo y lo devoró glotonamente. Después, una especie de brujo marcó con un tizón varias divisiones en el cuerpo de mi infortunado compañero: indicaba así las partes que correspondían a los presentes. Luego asió a Velpeau por el cabello y se puso a cortarle, a aserrarle mejor dicho, el pescuezo. Empleó sus buenos cinco minutos en esta operación; y, cuando la cabeza estuvo separada, la dividió en dos partes de un hachazo: cada uno de los jefes recibió medio cráneo. Las piernas, los brazos, el pecho, lentamente despedazados, fueron objeto de una distribución general. Para el corazón se tomaron disposiciones meticulosas. Todo el mundo quería una parte. El brujo lo rebanó en tajadas desiguales e hizo el reparto de manera que cada jefe recibiera lo que correspondía a sus méritos...

"No creo necesario describir el estado de espanto y de terror en que me puso esta escena. Al fin me llegó el turno. El brujo y los dos jefes principales venían a mí, con los ojos brillantes de gula. El viejo iba ya a hacerme saltar un ojo, cuando cayó sobre el campo una lluvia de flechas, seguida inmediatamente de una formidable gritería: una tribu enemiga acababa de sorprender el campamento. Me había salvado.

"Este es—concluyó Varin, —mi caso de miedo". Confesarán ustedes que es realmente típico.

—¡Seguramente!— exclamó Chabeaux. — Pero no veo cómo ha podido medir usted la intensidad de su terror. Admito que fué muy grande... pero ¿cómo ha podido comparar los efectos de él con los de la alegría?

—Paciencia — dijo Varin. — De eso es de lo que voy a hablar ahora: "Poco tiempo después de mi regreso de Africa, me enamoré de la señorita Ana Thébault. Este era, en el fondo, mi primer amor: una vida demasiado activa me había puesto hasta entonces al abrigo de las grandes aventuras del corazón. De modo que mi amor era un sentimiento entero, exclusivo, que me entontecía, que no me permitía ya entregarme a ningún trabajo. ¿Hice o no hice la corte a mi amada? Lo ignoro. Siempre que me encontraba en presencia de ella, me sobrecogía una especie de parálisis mental y corporal.

Entretanto, uno de mis primos, Santiago Varin, se propuso agradar a Ana. Era un muchacho guapo, flexible, afable, elegante, y estaba lleno de ese espíritu de acierto que, más que nada, ayuda a conquistar el corazón de las mujeres, y, a lo que me parecía, la candidatura de mi primo hacía todos los días progresos considerables... Las cosas estaban en esto, cuando, un buen día, llamaron de Argelia a Santiago por un asunto que no admitía demora y que debía retenerlo allí algunas semanas. Esta partida coincidía con una corta ausencia de los Thébault, de modo que Santiago no pudo despedirse de Ana.

—"¡Caramba! ¡qué mal viene esto!...—me dijo. — Precisamente cuando había resuelto declararme a la muchacha.

"Mi primo era un joven superficial, egoísta, sin espíritu de observación: no vió la palidez en mi rostro, como no había visto que yo estaba enamorado de Ana.

—'¿Quieres hacerme un servicio? —me preguntó.—Sírveme de embajador. Detesto las cartas... no tengo la habilidad epistolar necesaria.

"Al principio me rebelé; después vi en esto una especie de cauterización sentimental que, tal vez, había de curar mi mal. Acepté el papel lamentable que se me proponía, me preparé para él con toda conciencia. Pero, cuando me encontré delante de Ana, cuando vi fijos en mí sus bellos ojos azul turquí, cuando sus labios de amapola y cereza me sonrieron sobre las conchillas argentadas de sus dientes, perdí por completo la brújula, no tuve fuerzas más que para balbucir palabras incoherentes.

—"Señorita, vengo a pedir... su mano...

"Exhausta ya mi inspiración, me detuve, busqué desesperadamente palabras en mi cerebro, tan desierto entonces como el Sahara... De pronto, sentí una manita de seda, de raso, de plumón, sobre la mía; oí una voz cristalina que murmuraba:

—"¿Me ama usted, entonces?... ¡Ah, qué feliz soy!...

"El desierto se animó: se llenó de movimiento, de frescura, de vida. Atraje la manita a mis labios... pero entonces el júbilo fué tan grande, tan completo, tan intenso, que ¡por Dios! me desmayé...

"Después de esto, me permitirán ustedes creer — concluyó Varin, echando azúcar en su taza de café, —que la alegría puede muy bien ser un sentimiento tan poderoso, por lo menos, como el miedo".

—¡Bah!—exclamón Morennes. — Quizá estaba usted un poco débil cuando se presentó a la señorita Thébaut.

—¡En ese terreno quería ver a ustedes! — replicó Varin. — Precisamente, en el caso de Africa fué cuando mi organismo estaba debilitado: la fiebre me había minado el sistema nervioso; mientras que, en ocasión de mi segunda aventura, es cierto que estaba un poco alterado, pero mi salud era perfectamente buena!...

LOS SOLDADOS

En la columna marchan,
cogidos como buenos camaradas, del brazo,
dos jóvenes reclutas
rubios como las mieses doradas de los campos...
son casi niños; hablan
y evocan con encanto,
llenos de simple ingenuidad, la aldea,
las montañas azules y los valles lejanos...
Hablan de sus amores, de las fiestas alegres,
de su triscar, felices, en el prado...

Y al son de cantinelas infantiles
o de amorosos fraternales cantos,
¡a matar o a dejarse matar en la pelea
sin que sepan por qué, van los soldados!

VICENTE MEDINA.

Fermín se equivoca

Por Leo Darthey

(En el castillo de Forney. La marquesa, antes de salir, da sus órdenes a Fermín, el viejo y leal mayordomo).

La marquesa.—Fermín, durante mi ausencia vendrá probablemente un joven enviado por la agencia de colocaciones de Caen para sustituir al ayuda de cámara que se marchó ayer. Hágale usted pasar al cuarto de la servidumbre hasta que yo venga y váyale poniendo al corriente del servicio.

Fermín.—Perfectamente, señora marquesa.

(Momentos después llama a la puerta del castillo el joven vizconde Arsenio de Lierre, tímido, un poco ridículo, a la moda de anteayer. Se mira los guantes amarillo claro y lanza una ojeada a la soberbia rosa roja que lleva en la solapa.)

El vizconde.—¿Estoy bien? Sí; positivamente lo estoy. Me intimida un poco esta primera visita que hago a la marquesa; pero ha sido tan buena y me acogido tan benévolamente en casa de los Brescoles, que creo que el proyecto matrimonial iniciado entre su sobrina y yo no le desagradará. ¡Es una criatura encantadora! ¡Qué linda! ¡Dulce, reservada, amable!... Siento que estoy próximo a amarla.

(Se conmueve y se decide a llamar. Fermín sale a abrir.)

El vizconde (tímidamente). — ¿Está... está la señora marquesa en casa? Yo... yo venía...

Fermín (interrumpiéndole bruscamente).—Está bien; está bien, amigo mío. Ya sé de qué se trata. Venga usted por aquí conmigo.

El vizconde (aturdido). — Es una acogida cordial pero familiar la de este viejo servidor.

Fermín (introduciéndole en el cuarto de la servidumbre).—Siéntese.

El vizconde (sorprendido). ¡Qué manera tan original de recibir a la gente! ¡En el cuarto de la servidumbre!...

Fermín.—Y mientras llega la señora marquesa charlaremos. (Mientras el vizconde asombrado se sienta, Fermín lo examina severamente. Aparte.) ¡Bah! ¡Criado de tercera categoría. Ni siquiera tiene calcetines de seda! (Alto.) ¿Pero qué veo? ¡Una flor en el ojal! ¡Qué falta de tacto, amigo mío! ¡Tire usted eso en seguida! ¡La marquesa no se lo perdonaría nunca!

El vizconde (asustado). — ¿Usted cree...? (Con gran sentimiento se quita la rosa del ojal.)

Fermín.—¡Es como esos guantes! ¡Guantes amarillos! ¡Oh!

El vizconde (turbado).—¿No le gustan?

Fermín.—No se trata de que le gusten o no. Es que no se llevan así. Tienen que ser blancos. Tome usted los míos. Un poco grandes, pero blancos. ¡Y esa americana desabrochada! ¡Abróchese, hombre! ¡Y no olvide que la señora marquesa es muy rigurosa en esto del vestir!

El vizconde.—¡Dios mío! ¿Tan terrible es?...

Fermín.—¿Terrible? No. Es una buena señora. Y comprendo que quiera usted entrar aquí. El puesto es bueno y muy tentador.

El vizconde (aparte). — ¿Tendré un rival?

Fermín.—La hacienda es hermosa; el castillo es confortable. En París llevamos una vida de las más brillantes. Fortuna sólida, alta nobleza, dormitorios para la servidumbre sanos y aireados.

El vizconde (indiferente).—¡Eso a mí!...

Fermín.—No tanto. Eso tiene su importancia. Es como la cocina...

El vizconde. — Le confieso que esos detalles no me interesan.

Fermín (desdeñosamente).—¡Entonces!... En fin, resumiendo: que todo aquí es admirable, incluso la marquesa.

El vizconde (encantado). — Entonces estoy contento; muy contento.

Fermín.—¡Ah! ¡Si no fuera por la sobrina! Hay que casarla...

El vizconde (sonriendo). — Es natural.

Fermín.—Diez y ocho años y bonita, no lo niego. ¡Pero qué genio! ¡Un verdadero rocín! ¡Cargante, voluntariosa, caprichosa, sucia, desordenada!

El vizconde (aterrado). — ¿Sucia? ¡Oh!...

Fermín.—¡Como usted lo oye! A su antecesor...

El vizconde.—¿Pero yo he tenido un antecesor?

Fermín.—¡Muchos! ¡Pues es ella quién los ha echado!

El vizconde. — ¡Dios mío!

Fermín.—A su antecesor le tiró un plato a la cabeza porque olía a pescado.

El vizconde (indignado).—¿Por que olía el plato? ¡Pero eso no era culpa suya!

Fermín.—Ella no se fija en esas cosas. ¡Ya verá usted, ya!

El vizconde (aterrado). — ¡Eso sí que no! Prefiero irme en seguida. Dirá usted a la marquesa que me he puesto enfermo.

(Poco después entra la marquesa).

La marquesa.—¿Qué ha ocurrido aquí, Fermín? Acabo de encontrarme al vizconde de Lierre que salía de aquí. Iba corriendo, agitado, y apenas si me ha saludado.

Fermín.—¿Un vizconde aquí?... ¡Ah! ¡Ya caigo! ¿Pero no era el nuevo ayuda de cámara?

La marquesa. — ¡Desgraciado! ¿Qué ha hecho usted? ¡¡Era un pretendiente de mi sobrina!!

¡QUE BUEN DIA!

Por Michel Corday

Acurrucada en el fondo de su cupé "a pneus", que saltaba muellemente sobre las ondulaciones discretas del pavimento, la señora Corvet pensaba.

Aquella mañana había visto entrar a su marido en el dormitorio con el paquete del correo en la mano. Los papeles temblaban como si los agitara una ráfaga:

—Marta, estamos completamente arruinados. Una serie negra, la lucha, compromisos, firmas... y mañana, ¿entiendes?... mañana, formidables vencimientos... Nos quedan apenas unos cuantos billetes de mil francos, lo necesario para largarse. ¿Vendrás conmigo?

Claro está de que iría con él. Se daba buena cuenta de que veinte años de lujo femenino la hacían cómplice de aquella ruina... Pero ¿cómo se había dejado poner este Corvet en el trance de tener que huir?

Desde que la había sacado de la tienda paterna (objetos de arte y tapices antiguos) nunca le había él negado las sumas que le pedía. ¡Y Dios sabe si le pedía! Pero nunca tampoco se había preocupado ella de la naturaleza y del estado de los recursos con que contaban: "Mi marido gana lo que quiere en la Bolsa", decía con modestia a sus amigas. Y esta frase había bastado durante veinte años para satisfacer su propia curiosidad, su necesidad de estar tranquila.

¡Arruinados! Aceptaba la ventura con un suspiro y una sonrisa. ¡Bah! Corvet era hombre para rehacer una fortuna en cualquier país nuevo. Después volverían a París, alquilarían otro "hotel", sería toda una instalación, y divertida, que habría que hacer de nuevo...

¡Ay! Durante años enteros, quizá, habría que privarse de esa alegría de las compras a granel a que iba a dar lugar ese regreso... ¡Era tan divertida esa fiebre de las compras por mayor, esa oficiosidad de los dependientes, esas largas y maduras selecciones delante de los mostradores, y esos remordimientos breves y deliciosos por satisfacer algún capricho loco!...

Y de pronto, una idea ingeniosa y pérfida germinó en aquella cabecita vanidosa y frívola: dedicar ese último día, antes de la fuga, a recorrer las tiendas, a acumular los pedidos, sin límites, sin freno... lo que proporcionaría a la amable dama el doble placer de disfrutar una vez más de sus queridas delicias, y de chasquear a toda esa gente antipática de las tiendas, que al traer al día siguiente las mercaderías y las cuentas, encontraría la puerta cerrada...

* * *

—Juan, a casa de Gramadoc.

Y el dócil vehículo la llevó a casa del tapicero del "hotel" Corvet. Gramadoc, servil, se precipitó al encuentro de su rica cliente. El hombre poseía una frente enorme, con dos lóbulos, desnuda, carnosa, y que aplastaba sus facciones secas, cuajada de pelos color gris de acero.

Tomó asiento. Y empezó a dejarse tentar. Gramadoc se inclinaba hacia ella. Bajo su pulgar mugriento las telas se animaban, hacían visos, zurrían, adquirían relieve: "La señora Corvet debería hacer renovar las colgaduras del saloncito. Precisamente, aquí tiene una ocasión única"... Y las ocasiones nacían bajo los dedos grises de Gramadoc: un jarrón sin igual, un armario desenterrado por la más grande de las casualidades (hay un Dios para los tapiceros) y una deliciosa mesita de tres pies retorcidos, en la que necesariamente debía ocupar un lugar esta preciosa estatuita de plata.

La señora Corvet escuchaba, moviendo dulcemente de un lado a otro su cabeza elegante de muñeca cuarentenaria. Aceptó las colgaduras, el jarrón, el armario, la mesita, la estatuita. Experimentaba un goce más y más vivo a cada nuevo objeto que Gramadoc le imponía. Palabra de honor, que fué el tapicero el que se cansó primero.

Y acompañó a su hermosa cliente hasta la puerta.

—Juan, a casa de Archimbault.

Y pasó dos horas, tan ansiosas, tan ardientes como dos horas de amor prohibido, en manos del célebre modisto. Cuando salió de allí, con las mejillas encendidas, la piel húmeda, la voz cálida, había mandado hacer trajes para un año completo, viajes inclusive.

Y la señora Corvet, al bajar la escalera, pensó en todos aquellos trajes hermosos cuya tela había acariciado con los ojos y los dedos, y que no se probaría nunca...

—Juan, a casa de Madame Tallier.

¡Oh! ¡qué gozo poder coger los pequeños sombreros-flores en el extremo de su alto tallo, y colocárselos en el sitio justo, y mirarse largamente, gravemente, de perfil, de tres cuartos, de frente, en los espejos combinados!

La señora Corvet encargó tantos sombreros como trajes. Y, otra vez, suspiró al pensar que no los usaría nunca, y se sonrió al imaginarse la cabeza de la elefantesca madame Tallier cuando le devolvieran sus sombreros invendidos.

—Juan, a casa de Beauvais.

Y la fruición se precisa, raya en espasmo, en la tienda del poderoso joyero, donde la señora Corvet acaricia las dulces piedras puestas de muestra para ella sobre el paño fino de la baranda. Se decide por un collar de perro de cinco sartas de perlas, una "riviére" deslumbrante y varias sortijas y broches. Da su nombre. El dependiente se inclina. La señora tendrá todo el día siguiente.

Le quedan todavía algunas horas. Se abandona al capricho. Visita y compromete un "hotel" en la rue d'Elysée, su sueño.

Encarga dos carruajes nuevos. Se mezcla al gentío de las grandes tiendas por el placer de pasar por las manos de cien dependientes sucesivos, de comprar todo lo que ven sus ojos. Esto, después de Archimbault, Gramadoc y Beauvais, tiene un gustito "a pueblo" que encanta a la señora Corvet.

Cuando el carruaje le trae de nuevo a su casa, la señora Corvet está muerta de fatiga deliciosa; se estira como una gata. ¡Ah, qué buen día!... no obstante la perspectiva del tren que hay que tomar a media noche. En unas cuantas horas acaba de gastar más que en un año floreciente: y toda esa canalla de tenderos habrá sido robada un poco, a su turno...

* * *

Entra en su casa. Y, al verla Corvet se precipita, la abraza con toda el alma:

—¡Querida, querida! ¡Ya no nos vamos! He encontrado... no gran cosa; pero, en fin, con qué pagar el vencimiento, y tentar la suerte. ¡Nos quedamos, mi querida Marta... nos quedamos!

Y la queridita Marta piensa en la ola de proveedores que va a reventar contra ella, desde el día siguiente...

PUERTA FRANCA

I

Nadie a mi puerta llamará en vano:
de los humildes soy el hermano
que grato brinda su noble mano
con las ternuras de un franciscano!

Tú, pobre madre que ayer llamaste,
y entre sollozos me relataste
tu vida infausta, de amor desierta:
siempre que pases, llama a mi puerta!

Hombre que un día me condoliste
con tus miserias, lloroso y triste:
¿por qué no llamas? Quisiera verte
para augurarte la mejor suerte!

Niño sin madre que una mañana
llenó mi beso tu faz de grana;
alma sin norte: ¿dónde te has ido?
¡ya para siempre te habré perdido!

II

Todo el que sufre llame a la puerta
que como mi alma, siempre está abierta.
Triste o vencido: no temas, llama;
alguien tras ella te espera y ama!

Por emociones supremas vibro.
Hay en mi casa siempre algún libro
rico en consejos, creso en palabras:
¡mágica joya de abracadabras!

Llama, no temas, triste o mendigo.
Una moneda tendré conmigo
y muchos versos consoladores...
¡pobres y hambrientos son mis amores!

III

Nadie a mi puerta llamará en vano:
niño que lloras pobre y perdido;
madre que un hombre brindóte olvido;
hombre sin ruta... soy vuestro hermano

humildemente desconocido,
pero que siempre tiende la mano
con las ternuras de un franciscano
que nadie sabe lo que ha sufrido!

RICARDO M. LLANES.

EL ABÚLICO

Por Federico Quevedo Hijosa

Al doctor Enrique Feinmann, médico sabio y afortunado cultor de las letras, y en cuyas ''causeries'', el autor ha enriquecido el caudal de observaciones, reafirmando además conceptos estéticos y filosóficos que embellecen la vida, levantándola sobre el plano de la eterna ''comedia humana'', como la llamara Balzac. — Federico Quevedo Hijosa.

I

El doctor Garrigoz me recibió en el consultorio. Había terminado el desfile de enfermos. Sin levantarse de su mesa tendió la diestra amistosa, tras un examen rapidísimo de mi semblante, destinado a informarle si yo acudía en auxilio de su ciencia, en desempeño del oficio de periodista o meramente como amigo. En el primer caso estaríamos bien allí, junto a la mesa de operaciones, oliendo desinfectantes; con el amigo, iría el doctor a departir en el jardín, en aquel lánguido atardecer otoñal. Para la "interview" quedaba reservada la biblioteca.

—Lo felicito, doctor,—díjele tan pronto se retiró el portero al vestíbulo.

El médico abandonó "Maladies du cœur" — un grueso volumen de Michel Peter, — arrojándolo hacia un lado, y me miró a través de sus lentes con expresión de extrañeza, después de tratar en vano de profundizarme con su sagacidad de psicólogo, que no erraba nunca. Acabó encogiéndose de hombros.

—Ignoro a qué vienen sus felicitaciones.

—Por la muerte de Achával.

La sonrisa se me heló en los labios. El doctor había dado un brinco en la silla. Mas, se repuso en seguida. Consiguió dominar la emoción. Con voz jadeante, murmuró:

—Explíquese. Usted ¿cree que yo?...

Comprendí haber cometido una "gaffe" imperdonnable. Quise enmendar el yerro y acaso "embarré" más todavía en el atolondramiento en que me hallaba, sin acertar con un salida decorosa del callejón en que imprudentemente me había metido por esa costumbre que se ha hecho carne en nosotros de tomar a broma muchas veces en el seno de la amistad, las cosas serias de la vida.

—No, doctor; no es que yo le atribuya la muerte de don Manuel, cuyo suicidio lo ha justificado él mismo con la bancarrota a que lo arrastraron sus especulaciones en el agitado mundo de los negocios. Decíale, y esta franqueza la autoriza nuestra vieja camaradería, que ahora estaría para usted expedito el cmino que conduce a la casa de la joven viuda...

El doctor recuperó toda su serenidad habitual. Una gran dulzura advertíase en sus pupilas un tanto fatigadas por el estudio. Levantóse y comenzó a pasearse por el salón, según solía hacerlo durante horas enteras; a ratos, las manos en los bolsillos; a ratos, accionando como un actor a lo Novelli; sobriedad de ademanes y remarcando las frases intencionadas, para imprimirles mayor sugestividad. Era un didacta que elabora ideas andando.

Detúvose frente a mí, me tomó de un brazo y declaró secamente:

—Leontina ya no existe para mí.

—¿Precisamente cuando por la muerte de su marido es una mujer libre? ¡Ni que fuese usted el causante del suicidio de Achával!

—Yo no;... *¡ella!... ¡ella!...*

Una sorda indignación notábase en la frase que profería el doctor con la violencia de un apóstrofe.

II

—Lonia, como yo llamaba a la esposa de Achával, llegó a ejercer sobre mi espíritu una fascinación que me tenía obsesionado,—refería me el doctor Garrigz, mientras bebía, a sorbitos, el aromático café caracolillo, después de cenar, en la vasta sala de la biblioteca iluminada por dos bombitas eléctricas cubiertas por pantallas verdes. Nos habíamos sentado en sillones forrados de cretona, amplios y muelles, sumergidos en suave penumbra; pues toda la luz reflejábase, concentrada aquí y allá, sobre la larga mesa de labor intelectual.

—¿Cómo ha podido usted dejar de quererla, tan de pronto? Le habrá sido menester cortar con el escalpelo, sin piedad, como buen cirujano, en su propio corazón. ¿Es, pues, posible dejar de amar por un simple mandato de la voluntad, avasallada ésta por el imperio de la razón? ¿O es que padeció usted, como tantos infelices, la ilusión de amar que al cabo ha de desvanacerse al modo de un sueño de una noche de verano?

—Amé a Leonia lamartinescamente, con toda la vehemencia, todo el frenesí del hombre que empieza a envejecer y que no se resigna a morir. Me sometí a un auto-análisis de sensaciones, pero sin resultado. Mi método de introspección falló en medio de un total desconcierto. Lo mismo que para Hamlet, el *por qué* sería para mí un interrogante inútil y eterno, verdadera inquietud humana ante el misterio insondable de las cosas cuyas causas residen más allá de los "fenómenos". Sabía que la amaba, lo demás era una página en blanco.

—¿Y ella?

—La mujer honesta fué, cayendo día a día merced a inevitables contrariedades; un poco por vanidad, otro poco por el arte de seducción en que somos maestros los caballeros, y hasta por esa atracción que se ha comprobado ejerce el abismo, aún sobre las almas selectas que logran sustraerse a la tiranía del instinto. Romance con ribetes de lirismo. Yo era médico de la casa, amigo de club de Achával. Frecuentaba el trato de ambos, sin asomo de hipocresía, por afecto sincero, lamentando en lo íntimo de mi conciencia la desviación que, sin sospecharlo, adquiría esa amistad generosa. La fatalidad nos empujaba... Lonia era para mi imaginación exaltada, Ofelia, esto es, la mujer soñada, ideal, inasequible. Cuando sus bucles rozaron mis mejillas perdí definitivamente el dominio de mí mismo.

El doctor hizo una pausa. Encendió un cigarro, complaciéndose en seguir con la mirada las volutas del humo. Sin duda procuraba poner en orden sus ideas.

—No nos ocupemos más de esa... infame mujer; hablemos de él.

Me sorprendió, lo confieso, el calificativo de "infame", y me volví todo oídos. Me estaba interesando la aventura del doctor Garrigoz.

—Achával era un abúlico. Flotaba a impulsos de la corriente, lo mismo en épocas venturosas que en la desgracia. Tropezaba con dificultades, levantaba obstáculos, temía asechanzas por doquier. Su cerebración era para esto activísima. Me tocó hacer más que de facultativo, de consejero. El papel. El papel del médico junto a cierta clase de enfermos adquiere este carácter. Manuel descubríame sus intimidades, sin gurdar la mínima reserva. Experimentaba un inmenso desaliento, que lindaba con el cansancio de vivir. Un hijo hubiera sido para él, en medio del naufragio, un faro, es decir, una esperanza.

Otra pequeña pausa.

—Más que el amigo, yo era al lado de Achával el médico. Lo que usted sufre, decíale, es abulia; quiera curarse y se curará. Reconstruía yo, en extenso y complicado relato, la historia de Achával que él me contara, pero abriéndole nuevos cauces. El más embrollado de los conflictos lo resolvía con una volición seguida inmediatamente del acto. No un acto deliberado, determinado por el raciocinio en frío, sino un desplante, un impromptu; un rapto primo. Desaparecida la raíz, desaparecían, como por ensalmo, las consecuencias. Y Achával convencíase por mi lógica y por mi sinceridad, reconociendo que un gesto oportuno habríale ahorrado todas las amarguras ulteriores. Si él era a la postre su destino!... Yo procedía en tales ideaciones con espíritu científico, sin confundir las causas con los efectos, constatando la dolencia y haciendo su diagnóstico, bien que guardando silencio acerca del pronóstico. Aquello, para mí, no tenía remedio. Como hablaba por mi boca el discípulo de Hipócrates, hice cuanto pude por sanar al enfermo. No había nada que recetar. Le indiqué a Achával normas de conducta que podrían libertar su voluntad del marasmo en que había caído. Yo me pronunciaba delante de él, que me escuchaba absorto, más o menos:

—"No piense, no medite; resuelva sus problemas obedeciendo a la inspiración de las circunstancias. Cualquiera que fuese la situación, precipítese sin medir las derivaciones. Los malos tragos se pasan de golpe, en un santiamén. ¿Que ello es susceptible de arrastrarle a violencias desagradables? Y bien: ahí estará su salud; se habrá salvado..."

—La fe en el galeno pudo más que la elocuencia de mis argumentos. Su respuesta fué un presagio trágico. Veíase Achával en un drama de familia que le había acobardado hasta convertir su laxitud en postración. La confidencia no se hizo esperar. Nos hallábamos en la



—¿No tuvo nunca economías?
—No, señor; sarampión y viruelas, únicamente...

terraza, rodeados de glicinas. Lonia caminaba por las avenidas enarenadas del parque, seguida de un perrito de Pomerania y defendiendo su hermosa cabeza, de medalla romana, de los rayos del sol con una sombrilla color grosella. La conversación tomó un sesgo inusitado, impresionante. Una casualidad había puesto en las manos de Achával, — manifestábame, — las pruebas de la infidelidad de su esposa. Presentábasele la ocasión de arrojar, lejos de sí, el fardo maldito de la abdulia. Por entre sus carnes fofas resurgiría el hombre de las cavernas. La sangre de los sacrificios en el altar de los antiguos dioses lo redimiría. Las exhortaciones del doctor habían obrado el milagro, exactamente como el conjuro de Jesús hizo que Lázaro se levantara de su tumba.

El doctor Garrigoz no era cobarde. En sus mocedades se fogueó en la revolución. Más tarde tuvo varios duelos. Había corrido muchos peligros, aún en el ejercicio de su profesión. Nunca, sin embargo, sintiera tamaño desasosiego. Hubiese preferido la muerte a que su cliente y amigo le arrancase la careta. Un sudor helado le bañaba las sienes. ¡Qué horrible ansiedad le oprimía el corazón con garras de hierro!

—"Venga, conmigo, al escritorio, que allí, en un cajón de mi mesa, tengo el paquete de cartas del amante de Leontina. Están en un cofre de sándalo, atadas con una cintita de seda. Creo que también hay una fotografía de *él*. ¡Qué imprudentes son las mujeres enamoradas! Vamos a examinar juntos esa correspondencia sentimental. Hace largo tiempo que me engañaba mi mujer. Ella es el símbolo de mi fracaso en la vida. Fingía ternura como una... actriz. Y vea usted con qué aires de inocencia juega con su pichicho, al borde del estanque, acariciados sus oídos por los rumores del surtidor. Una linda muñequita en las manos de un niño colérico, presto a golpearla contra el suelo hasta hacerla pedazos".

III

El doctor Garrigoz púsose de pie, giró alrededor de la mesa, reconcentrado mentalmente algunos segundos; luego volvió a sentarse estirando las piernas cual si hubiese de desentumecerlas.

—¿Debía yo contemplar el cuerpo del delito? — me preguntaba en mi interior. — ¿Qué cara pondrá el traidor? Me espantaba la certeza de que tendría en el trance un rostro demudado. Estuve a punto de adelantarme valerosamente, dignamente, a Achával, para confesarle la verdad y quedar a su disposición. Empero, tuve la ocurrencia de un leguleyo fértil en charlatanismo. Hablé con una locuacidad deshonrosa para un hombre de ciencia. Batiéndome en retirada declaré, sin ambajes, que mis anteriores prescripciones eran las de un "medecin malgré lui". E hice calurosos elogios del profesor Bergeret, descripto por Anatole France en "El maniquí de mimbre". Era aquella la condición que yo creía adecuada a la posición de Achával, una posición eminentemente filosófica, a un centenar de codos de altura sobre el nivel de la humanas debilidades. Había que emanciparse de la sugestión de los oscuros instintos. ¿Qué había hecho el profesor Bergeret al enterarse del adulterio de su cónyuge? Entregarse, con grandísimo fervor, a la meditación. Después de pensar, el pobre hombre se sentía consolado. En todo hombre había siempre un "pobre hombre". Recordaré mientras viva la cínica "pose" de ese momento.

—¿El se abatió de nuevo en el marasmo?

—Sí. Es lo que sucede con los abúlicos. El arranque no se prolonga a menos que suelte todos los resortes de la voluntad. Yo jugaba con la psiquis de Achával arbitrariamente; el "sujeto" se me había rendido. Un medium hipnótico no hubiese sido más dócil a mis órdenes.

—¿Y ahí finalizó la original aventura?

—No. Resta el capítulo más interesante. Achával me invitó a pasar a su escritorio particular, un gabinetito reducido, atestado de muebles y chiches. Yo no me atrevía a disuadirlo de examinar las esquelas del amante de su mujer. Temía perderme. ¿Se las arrebataría antes de que las leyese? Podría fácilmente extrangularlo. No me resolví. Estaba como petrificado. Preparaba "in mente" frases lo mismo que un autor dramático borda el diálogo. El me diría esto, yo le contestaría esto otro. Rota la cinta, abierto el mazo, cayeron las cartas encima de la mesa, como pétalos de una flor. En el primer instante se me nubló la vista; mas en seguida reparé en que esa no era mi letra. Las cartas no eran mías. ¿De quién serían entonces? Pues, de otro amante, de un socio desconocido, aunque también perteneciente a la "razón social". Ayudé al desdichado Achával en la tarea de descorrer el velo del misterio para individualizar al don Juan encubierto por las sombras. Un vocablo acre, de suburbio, pugnaba por estallar en mis labios. ¡Cómo hubiese anhelado que Achával me diese el epistolario para yo llevárselo a Lonia, y ofrendárselo a ésta en el escupitajo que vomitaba mi boca!...

Después de una breve y última pausa:

—Arrepentido de mi apología del "pensador" de Rodin, insistí con Achával para que cobrase fuerzas de la propia flaqueza. Todos los males acumulados por la suerte adversa radicaban en su abulia... Me acompañó hasta el zaguán y me despidió con una sonrisa que anunciaba el viaje sin retorno... Esa noche, algo antes de que el rosicler de la aurora tiñese el firmamento, Achával se disparó un tiro de revólver en la frente. Se me llamó urgentemente por teléfono; acudí sin tardanza y tuve la satisfacción de hacer que descansara administrándole una inyección de morfina. Participé de las exequias y de los homenajes realizados en memoria del extinto. El epílogo ha sido escribirle esta mañana una carta a la viuda cubriéndola de injurias. Y ahora, mi amigo, doblemos la hoja.

EVOCACIÓN

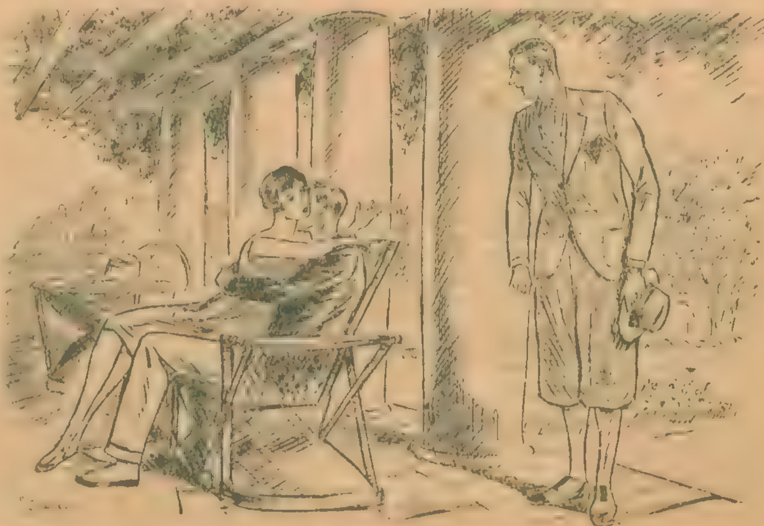
Me dijiste, una vez, algo risueña:
—¿Te gustan los brillantes?—Sí, repuse.
Me gustan porque el Sol en ellos luce,
y la luz es la cumbre del que sueña.

—Soy tan pobre, ya ves, nunca podría
regalarte esa joya—balbuceabas.—
Y en tanto que por pobre te quejabas,
yo, sabiéndote rica, no sufría.

—¡Oh, me engañas!—clamé.—(Tú, con gran pena,
te pusiste a llorar, como una nena,
mirándome con ojos implorantes.)

Y al caerme una gota de tu llanto,
yo te dije, tan dulce como un canto:
¡ya me has dado el mejor de los brillantes!

ARTURO MARTINI.



EL INTRUSO. — ¡Oh! ¡Perdonen!...
ELLA (nerviosa). No hay por qué.

Una erupción del Kilanea, en las islas Haway

Las islas Haway, hoy posesión americana, tanto por su clima templado como por su vegetación exuberante y la hermosura de sus paisajes, constituyen un país delicioso. Y, sin embargo, en este paraíso terrestre no se está nunca seguro, a causa de los terremotos y erupciones volcánicas. Pero, a pesar de estos peligros, allí, como en la Martinica, como en Nápoles y en Sicilia, sus habitantes prefieren correr los riesgos de un cataclismo, que a veces se suceden varias generaciones sin sufrirlo, a abandonar para siempre su maravillosa patria, cuyos encantos creen no hallarían en ninguna otra parte.

Un volcán gigantesco, el Manna Loa, cuyo cráter principal se halla a 4.145 metros sobre el nivel del mar, ocupa el centro de la isla Haway (que da nombre al archipiélago), y constituye una amenaza constante, pues saliendo a veces de su aparente letargo, lanza una nube de fuego, lava y cenizas hacia aquel cielo, siempre azul, sembrando el terror, la destrucción y la muerte a su alrededor.

Tiene otros cuatro cráteres, y la última erupción de uno de ellos, el Kilaneo, situado a 1.200 metros sobre el nivel del mar, no ha sido tan desastroso como otras. Pero en cambio, el cráter principal del Manna Loa se halla actualmente en plena erupción.

Los pieles rojas de los Estados Unidos aumentan cada día

Hace tiempo se había dicho que al contacto de la civilización, y principalmente del alcohol traído por los blancos, los pieles rojas desaparecían en reciente progresión.

"Dentro de algunos años - se decía, - *Ojo de Halcon* no será sino un recuerdo".

Sin embargo, sucede todo lo contrario. En la última reseña oficial norteamericana se dice que hay 346.962 indios, o sea 2.619 más que en el censo anterior. Solamente en el Estado de Oklahoma hay 119.989.

Sin embargo, quizá en un futuro lejano se extingan; pero no por exterminio y degeneración, sino por mestización, pues el norteamericano, especialmente el nuevo, no anglosajon, no tiene por el indio la repugnancia que siente por el negro.

Desde el mundo de los rascacielos

Un argentino que triunfa en el cinematógrafo

Este muchacho alto y simpático que hace unos años llenaba expedientes en una de las reparticiones de la Municipalidad de Buenos Aires, cansóse un día de la rutina oficinesca y liando sus bártulos se embarcó con destino a Nueva York.

Sus propósitos eran los de tomar parte en cierto concurso atlético que debía realizarse en esta ciudad —en Buenos Aires se había distinguido previamente como un corredor amateur de singulares méritos —pero una circunstancia imprevista obligóle a emprender rumbos distintos.

En un café latino, situado a dos cuadras del feérico distrito teatral de Broadway y frecuentado por artistas y pseudo artistas de cine, *extras*, bailarines de tango, boxeadores y toda esa abigarrada fauna, que el tango, el boxeo y el cine han lanzado sobre Nueva York en interminable peregrinación, especialmente desde los países hispano-parlantes al sud de los Estados Unidos, conocí un día a Benjamín Ingénto, el ex empleado de la Municipalidad de Buenos Aires, que llegará sin duda alguna a ocupar muy pronto un señalado puesto entre la constelación de *estrellas* y *astros* de la escena muda.

Entrevistamos a Ingénito en su elegante *apartment* de Greenwich Village.

—¿Mis principios como artista cinematográfico?— responde sonriendo a nuestra pregunta, mientras sacude con maestría de un anglosajón una cotelera de plata inglesa en la que se agita una deliciosa mixtura, entre el musical *click click* del hielo, que, precisamente por estar prohibida, saboreamos un instante después con doble fruición.

—Mis principios en la escena muda, — continúa — pudieran también tener su poco de leyenda cinematográfica. Mis aficiones al sport me trajeron hacia este país, pero el Destino, que a veces tiene peregrinas ocurrencias con nosotros, llevóme un día frente a la oficina de una de las compañías productoras de películas cinematográficas y ocurrióseme entrar a título de simple curioso, cuando precisamente estaban seleccionando, entre un incontable número de aspirantes a extras, los probables componentes de una de esas muchedumbres que vemos comunmente en el cine, en las revueltas de una república centroamericana, o de un imaginario reino balcánico de la post-guerra. Como mi estatura es más bien elevada, mi cabeza, emergiendo entre el pelotón de pretendientes, llamó la atención del *casting director*:

—Usted, ese que sobresale...

—¿Quién, yo?

—Sí, usted, pase a la oficina.

Así empezó mi carrera cinematográfica.

—¿Alguna anécdota de su vida de artista?

Nos refiere una entre cómica y trágica que hubo de costarle la pérdida de un brazo, durante la impresión de "El bandolero", algunas de cuyas escenas se filmaron en España:

—Teniendo a mi cargo el rol de matador en una corrida de toros, Tom Terris, el director, había contratado los servicios de un profesional que debía actuar de *doble* en los momentos de peligro, habiéndose planeado en la escena de la cogida, recurrir al consabido truc fotográfico del muñeco de trapo, que el becerro zarandearía a su gusto entre las astas.



Benjamín Ingénito (Paul Ellis) artista cinematográfico argentino, de la Metro-Goldwyn, interpretando a "Ramón", protagonista de la película "El bandolero".

Durante la impresión de esta escena y llegado el momento en que el *doble* debía substituirme ante el objetivo, me negué resueltamente a retirarme, tal vez por un poquito de orgullo, y me dispuse a entendérmelas con la bestia.

No bien ésta apareció en escena, por cierto en una actitud belicosa nada tranquilizadora, procuré revestirme del valor necesario y tomando los utensilios de lidia, que alguien me alcanzó, efectué algunos pases con un acierto del que yo mismo me asombré.

"¡Allright... allright"...!, me gritaba el director entusiasmado, por medio del porta-voz.

Llegado el momento culminante de entrar a matar, me enfrenté a la bestia en un momento en que ésta había quedado inmóvil, como asombrada de mi audacia y, cerrando los ojos, con la espada a la altura de la frente, me lancé resueltamente a la ventura entre los cuernos del animal.

Lo que ocurrió después es difícil de relatar, pero no fueron necesarios ni el truc fotográfico, ni el muñeco de trapo; yo hice admirablemente sus veces entre los cuernos de la fiera. He aquí el recuerdo de la aventura:

Y me [illegible] una extensa cicatriz en el brazo derecho.

Siguiendo una costumbre establecida por los artistas de la escena muda, Ingénito ha adoptado el nombre de Paul Ellis; por otra parte, su verdadero nombre resultaba impronunciable para el público de este país.

Recientemente ha terminado un contrato con la Metro-Goldwyn, habiendo filmado "El bandolero", "Pretty Ladies" y "The Dancer of Paris", para esta compañía.

Los críticos cinematográficos, entre ellos Louella Parsons, del "New York American" — una reconocida autoridad en el mundo de la pantalla — le auguran, unánimemente, un rápido triunfo artístico.

OCTAVIO BERMÚDEZ COBIAN.

Cincinnati, U.S.A., junio, 1926.

CISNES NEGROS

Sé que voy a morir. Bien me lo dices,
fuga de cisnes de penosas plumas
columbrada en mis noches infelices...
Sé que el caso es así. Los días grises
de este mes invernal que se desmaya
en el abismo de sus propias brumas,
me han sugerido una visión de espumas
amortajando con piadoso empeño
a una ola que cae en una playa
para no alzarse ni volver jamás...
He visto en el misterio de ese sueño
mi refugio postrer, allá detrás
de una densa agonía de fulgores,
y sólo pido, al descender, que haya
un ciprés en mi tumba, algunas flores
—unas pocas, silvestres y sencillas,—
un pequeño portal que a Oriente mire
como un anuncio de silencio y paz,
un rincón donde quepan las rodillas
de una mujer de luto que suspire,
una cruz muy humilde... y nada más...

BELISARIO ROLDAN.

CURIOSIDADES

Una mujer divorciada en la tribu de Marlen puede casarse de nuevo con sólo que la autorice su esposo anterior.

* * *

En el siglo XVI, la fabricación de encajes, en Italia, era la ocupación de casi todas las mujeres.

* * *

El ramo nupcial de los antiguos romanos se componía de verbenas recogidas por la misma novia.

* * *

Sesenta hombres son necesarios para conducir la alfombra que cubre el piso de la Cámara de Waterlóo, en el castillo de Windsor, propiedad del rey de Inglaterra. Tiene 80 pies de largo y 40 de ancho y tardaron siete años en tejerla.

* * *

Las ostras sólo pueden vivir en aguas que contengan por la parte baja 37 partes de sal por cada 1.000 partes de agua.

* * *

Antiguamente se usaban las joyas, más que como adorno, como amuleto contra los maleficios.

* * *

En la escuela de educación de la Universidad de Chicago se emplea un delicado instrumento para medir la capacidad mental de los niños. El instrumento empleado se coloca a la altura de los ojos del niño; de un punto al lado, un punzón luminoso se fija en el globo del ojo, y cuando éstos se mueven de un lado a otro horizontalmente, la cámara registra la posición del rayo de luz y fija una curva que da una impresión de los movimientos de los ojos de los niños cuando leen. De este modo, la cinta resultante es un testimonio de los obstáculos que el niño encuentra al leer y auxilia al maestro para corregir los defectos que aquéllos encuentran en la lectura.

* * *

En las aldeas del Japón para distraer los ocios de los niños, los vecinos llevan a la plaza pública sus libros, sus revistas de lectura adecuada a la inteligencia infantil de los que han de ser sus lectores.

* * *

En Salecchio, una aldea montañosa del Piamonte, no ha muerto nadie durante los tres últimos años. Bien es verdad que allí no se bebe más vino que en pequeñas cantidades, nadie se pelea y todos se conducen como en una feliz comunidad.

* * *

Un mordisco de una ardilla es más fuerte y más profundo que el de un perro.

* * *

Para prevenir los choques de vehículos, se ha empezado a usar la luz en los cubos de las ruedas de los automóviles, y por medio de una lámpara potente, provista de luz verde en el centro, y alternativamente blanca y roja en los extremos, produce un fantástico efecto para prevenir al coche que se aproxima. La señal que indican estas luces es lo suficientemente eficaz para indicar a los otros coches el espacio por donde pueden circular libremente. Estas luces se divisan desde una distancia considerable, y son de gran efecto para la circulación por la noche.

* * *

Todas las profesiones y oficios están expuestos a dolencias especiales.

Los oficinistas, los que viven de la pluma, sufren con frecuencia de calambres en los dedos, molestia que también la tienen los telegrafistas y mecanógrafos.

Los zapateros remendones, por la constante posición encogida, sufren con frecuencia de indigestiones y de cáncer al estómago.

La gente que hace vida sedentaria está amenazada de gota, dispepsia y desarreglos nerviosos.

Los panaderos y fogoneros, y en general los que trabajan a extremas temperaturas, suelen sufrir de bronquitis y afecciones al pecho. Los pintores de brocha gorda padecen con frecuencia de cólicos, causados por las emanaciones de ciertas sales que entran en la composición de las pinturas, y también sufren de calambres y parálisis de la muñeca.

Los fabricantes de fósforos padecen horribles dolores, causados por los vapores que se desprenden de los componentes que entran en la fabricación.

En una palabra, que no se puede hacer nada, ni ocuparse de nada si uno quiere tener salud.

* * *

Los jugadores de "golf" de un campo cercano a Chicago comprobaron cómo desaparecían misteriosamente las pelotas que utilizaban en el juego. Intrigados, comenzaron a hacer pesquisas, y comprobaron que las pelotas las quitaba un perro, cuyo dueño, un avispado muchacho, le había enseñado esa productiva misión.

* * *

En los perros utilizados por el departamento de Agricultura de los Estados Unidos para los experimentos de picaduras de los mosquitos, se encontraba un *bulldog* que era inmune a esas picaduras; tan pronto como los mosquitos eran colocados sobre su piel, huían. Los hombres de ciencia trataron de descubrir el secreto de esa propiedad defensiva del perro, sin que lograsen dar con la explicación científica del por qué de aquella cualidad que él sólo poseía entre todos los ejemplares del laboratorio.

* * *

El águila puede vivir veintiocho días sin alimento, mientras que el cóndor resiste sin comer cuarenta días.

Demostración al escritor español señor García Sanchiz



Un núcleo de escritores, periodistas y gente de teatro organizó un almuerzo en honor del literato señor Federico García Sanchiz, celebrando el buen éxito que el mencionado intelectual alcanzara con sus "charlas líricas", en nuestros círculos sociales.—El obsequiado, acompañado de varios comensales, después del almuerzo que fué servido en el restaurant Harrods.



Huéspedes distinguidos



El periodista brasileño, señor Sylvio Julio, que recientemente nos visitara y que acaba de ausentarse para su país.

En honor de los delegados al Congreso de Medicina



El presidente del tercer congreso nacional de Medicina, doctor Carlos Bonorino Udaondo, obsequió con un banquete a los delegados que integraron el mencionado certamen científico. El doctor Pittaluga, delegado español, haciendo uso de la palabra durante el acto.—También hablaron los doctores Bonorino Udaondo, Gugel, Ascoli y Mignone.

Banquete de los jueces de paz



Los jueces de paz titulares y suplentes, se reunieron en una comida de camaradería, que fué servida en el restaurant Conte.— Vista parcial de los asistentes al acto.

Necrología



Ingeniero Angel Echenique, caballero muy vinculado en los círculos profesionales, cuyo fallecimiento ha sido hondamente sentido.





CARICATURAS DE SANGUINETTI

Doctor Ricardo Levene, académico recientemente incorporado a la Facultad de Ciencias Económicas.





Doctor Miguel Sussini, nuevo presidente de la Cámara de Diputados de la Nación.

Las tragedias de la aviación



Teniente de fragata Juan Manuel Durán, uno de los cuatro valerosos aviadores del "Plus Ultra", que acaba de perder la vida en un fatal accidente aéreo ocurrido en el puerto de Barcelona.—La muerte de este distinguido y pundonoroso oficial de la marina española, ha causado un hondo sentimiento de pesar en toda la República, por las simpatías y afectos que supo captarse entre nosotros.

De Santa Rosa (Pampa)



El gobernador del territorio de la Pampa, señor Jorge Moore, acompañado de las autoridades locales, presenciando el desfile de los escolares, realizado en la plaza Mitre, en ocasión del 9 de julio.

Vida periodística







De izquierda a derecha: señores José Liebermann, Samuel de A. Levy y Zebulun Levy, jefe de redacción, director y administrador, respectivamente, de nuestro colega "Israel", decano de los periódicos israelitas en la Argentina, que acaba de cumplir el décimo aniversario de su fundación.



SOCIALES



Enlace Crotto - Vergara.—La novia después del acto religioso.



Enlace Arosteguy - Iturriaga



La señorita Rocha Hearne, que recientemente se desposó con el señor Suárez.



Enlace Gómez - Daiquí



La señorita Teresa Fuchs, cuyo matrimonio con el señor Luis Wencelblat se efectuó últimamente.



La señorita Corina Cossani y el señor Adolfo Curone, después de sus desposorios.



Enlace de la señorita María Lopieza con el señor Ricardo Inza



La señorita Virginia Lowry y el ingeniero Salomón Villegas, después de la bendición de su matrimonio.

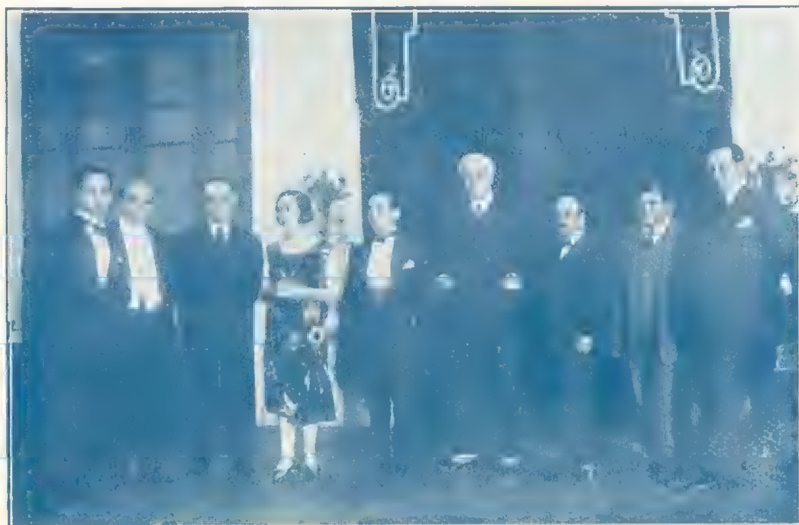


Enlace de la señorita Sara Ciarlo Rodríguez con el señor Pío Pechini (hijo).

Fray Mocho en Tucumán



Los gobernadores de Tucumán y Santiago del Estero, acompañados de los delegados de la Rioja y de Jujuy, en la casa de gobierno.



El poeta peruano, señor Fernán Cisneros, rodeado de las autoridades locales, durante la recepción efectuada en la Sociedad Sarmiento.



Apertura del Congreso de municipalidades de la provincia.—Asistieron los intendentes de Aguilares, Concepción, Monteros y Tucumán.



La delegación del "Indio Club", de polo, durante su visita a los talleres de nuestro colega "La Gaceta".



Alumnas de la escuela Sarmiento, visitando la casa histórica en ocasión del 9 de julio.



Delegación de la Liga Patriótica Argentina, a su llegada a Tucumán, con motivo del aniversario de la declaración de la independencia.



Bodas de plata del monseñor Aráoz.—Grupo de personas que fueron a saludarle (Fots. Saccone).



Los jóvenes del Asilo General Belgrano, que participaron en la celebración del 9 de julio.

DE MENDOZA

Con motivo de su próximo enlace, la señorita Alicia García fué objeto de una demostración consistente en un te servido en su honor, en el Plaza Hotel.—La obsequiada acompañada de las señoritas Alicia Guiñazú, María Isabel Recabarren, Alida de Rosas, Herminia Recabarren, Angélica Guiñazú, Argentina Guiñazú, Guillermina Taboada, Berta Taboada, Elvira Vaca, Elsa María Castañeda, Blanca Mayorga, Marta Ceretti, Delia Alvarez, Graciela Petra, Berta Godoy, Marta Doufau, Florencia Funes, Paulina Gaviola, Inés Arroyo Benegas, Diana del Castillo, Matilde del Castillo, Angélica Segura Wadrond, María Elena Pueblas.







Celebrando la acertada actuación que al frente de la Dirección de Salubridad viene desarrollando el doctor Juan Antonio Orfila, un grupo de conocidos médicos tributó un homenaje al mencionado señor, ofreciéndole un banquete en el Plaza Hotel.—A la izquierda: la cabecera de la mesa.—A la derecha: el doctor Orfila con algunos de los comensales.

DE SAN LUIS -- Fiestas del 9 de julio



El gobernador de la provincia, acompañado de las autoridades locales, presenciando, desde la casa de gobierno, el desfile de las tropas.



Grupo de personas conocidas congregadas en la casa de gobierno en ocasión del 9 de julio.





Familias que presenciaron el desfile militar desde los balcones de la casa de gobierno.

(Fots. Capra y La Vía).



Actualidades cinematográficas



Alma Rubens y Bert Lytell, protagonistas de "La mariposa dorada", cinedrama que la Fox estrenará pasado mañana.



La bellísima Laura La Plante, caracterizando la protagonista de "Sol de media noche", extraordinario film que la Universal estrenará el domingo 8 de agosto.



Vera Reynolds y Hobart Bosworth, protagonistas de "Tenaz como el acero", cinedrama que Glücksmann estrenó anteayer.



Richard Talmadge y Marcela Daly, en "El rey de las finanzas", que la New York Film estrenará el domingo próximo.



Alma Rubens, Helena D'Algy y Lilyan Tashman, en "Siberia", cinta extraordinaria que la Fox estrenará el domingo próximo.



Matt Moore y Marie Prevost en "El hombre de las cavernas", que la General estrenará el viernes próximo.





Escenas de la fastuosa y espectacular producción de la Universal "Sol de media noche", Jewel Non Plus Ultra, una de las mayores atracciones de la actualidad, a estrenarse el domingo 8 del próximo mes.—Son sus protagonistas: Laura La Plante, Patt O'Malley y Raymond Keane.



FRAY MOCHO EN ROSARIO DE SANTA FE



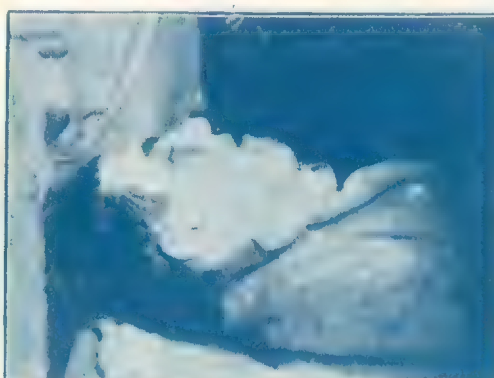
El nuevo gobernador del Chaco, señor Juan Carlos Cepeda, con un grupo de amigos que fueron a despedirle, en la estación Francesa.



Concurrentes al lunch ofrecido por el personal de la Aduana, al señor Santiago Baigorria, con motivo de su reciente jubilación.



Luis Ponte, ganador de la carrera de motocicletas organizada por el C. A. Provincial.



El infortunado corredor Marelli, que perdió la vida en la citada prueba.



José Enseñat, ganador del blanco punto céntrico, en el concurso de tiro.



ENLACES.—Señorita Emma Duclós con el señor Rodolfo Irazoqui.



Señorita Rosa Elena Bordoy, con el señor Agustín Previgliano.



Señorita Naty Parón González, con el señor Rodolfo Angelini.



Señorita Emma Celinda O'Keeffe, con el señor Mario Pérez. (Fots. Flores Toledo).



Señorita Etelvina Falcone, con el señor José Entreconti.



Información gráfica del interior



QUEMU - QUEMU. Componentes de los bandos azul y blanco que se midieron en la corrida de sortija, organizada en ocasión del 9 de julio, empatando por 3 a 3 tantos.



Los abanderados que tomaron parte en la manifestación cívica del 9 de julio.



El señor Juan V. Tarantola, haciendo uso de la palabra en las fiestas julias.



LUJAN.—Maniquí que representa a la señora Petrona Demaría de Arana, que se exhibe en el museo.



Público que presenció los bailes criollos realizados frente al museo histórico, en ocasión del 9 de julio.



MIGUEL CANE.—Enlace Herrero-Manrique



SUNCHALES.—Alumnos de las escuelas que cantaron el himno nacional, festejando el 9 de julio.



SAN RAFAEL.—Sepelio del señor Gregorio Márquez, muerto a consecuencia de un lamentable accidente.

(Fots. Carretero, Sara Martínez, Rosso y Pí).

UN EPISODIO

Por Julio A. Costa

(Del libro *Rosas y Lavalle*, recientemente aparecido).

Frente a una casa situada en los alrededores del convento de San Francisco, edificio colonial con amplia azotea intercalada como terraza entre sus tejados, la última compañía del regimiento 71, acosada por los tiros, las piedras y los proyectiles que les arrojaban desde allí, había tenido que detener el paso, amenazante.

En esta casa habitaba la antigua familia de los Gómez de Gómez y Farías, oriunda de hijodalgos españoles venidos con Don Pedro de Ceballos y radicada en el norte de la provincia donde tenía su más hermosa estancia.

La resistencia se hacía, siendo muy niños los hijos varones y anciano el padre, por los vecinos, parientes y amigos reconcentrados en aquella vasta azotea, y por numerosos esclavos que en el régimen patriarcal de la Colonia eran también como de la familia, nacidos en la casa y en la estancia, llenos de afecto y lealtar por sus amos, y por los *niños*, con quienes se habían criado y jugado en la infancia.

Frente a la puerta colonial enorme, con una puerta en el centro y resistente a manera de poterna, reforzada con gruesos clavos de hierro en su espesa ensambladura de cedro, se había detenido esa última compañía del 71, que mandaba el capitán John Paley y que cerraba la marcha de la columna inglesa en camino hacia la Plaza Mayor.

En las filas de los veteranos se sentía un sordo rugido como el de la fiera que se contrae para acometer.

De pronto se abrió la puerta para dar paso a un hombre, y se volvió a cerrar con estrépito. El hombre se quedó parado delante cubriéndola con su cuerpo gigante, y enarcando sus brazos, con un trabuco en cada mano y un facón de cabo de plata en la cintura.

Era un coloso, de un negro mate como el ébano sin lustre, y las facciones regulares de un blanco. Llevaba el traje peculiar de los gauchos domadores: chiripá corto ceñido con faja pampa angosta, botas de potro, tirador con rastra de plata y boleadoras a la cintura. Estaba en cabeza, con su crin crespa esquilada corto, cubierto el busto con una camiseta oscura arremangada en los brazos que surgían como dos medios postes de jacarandá, en el cuello un gran pañuelo de hierbas y colgado al brazo izquierdo un viejo poncho de seda azul y blanco. Se sintió el martillar de los fusiles, precursos de la descarga.

El capitán Paley levantó la mano para detener la ejecución, y avanzó hacia el negro con su espada desenvainada debajo del brazo. Sus órdenes militares para ese día eran marchar directamente al Fuerte, defendiéndose con fuego oblicuo a las azoteas para despejarlas, pero sin atacar las casas de familia.

Un soldado de la compañía había saltado instintivamente de la primera fila y se había puesto a su lado. Era éste una especie de atleta celta, casi tan grande como el negro, de ojos celestes y cabellos rubios claros: hermoso como un héroe de Ossian, en su soberbio uniforme de Highlander que había formado en las grandes batallas del mundo.

Viendo que el negro no cejaba en su actitud hostil, sin poderse contener cayó en guardia frente a él con su sable bayoneta en la diestra vigorosa, y todo el mundo se detuvo instintivamente ante la expectativa del combate singular.

El negro puso en el suelo los trabucos, empuñando su facón y envolviendo el poncho en el brazo izquierdo. El joven veterano apenas tomó contacto con el fierro, hizo una finta al costado en una esgrima ignorada para su adversario, y se fué a fondo como un viento con un hachazo a la cabeza. El negro, sin preocuparse en ella, fiado en su solidez, metió el poncho como solía hacerlo con el tigre, tiró un tajo a la muñeca como para desjarretar y el sable saltó lejos. En seguida envainó el facón, tomó al celta por la cintura como si fuera un muñeco y lo tiró de cabeza contra el poste de la acera. Enceguecido por la ira y por la sangre que le coloreaba la mota, con las furias desatadas en su alma africana, antes que nadie pudiera evitarlo saltó sobre el caído como un rayo. Había desjarretado, iba a degollar. En ese momento se sintió un grito de horror de una de las ventanas de la casa, y se vió de pie en ella a una bella niña que exclamaba: "¡No, Braulio! ¡Eso no hace un cristiano! ¡Viva la patria!".

El negro se detuvo mirando a la ventana, humilde y estático, y envainando lentamente su puñal dijo:

—¡Ah! Es la niña Tola! Tiene razón. Somos cristianos, y somos criollos!

Y el esclavo colonial argentino, erguido y cubriendo con su vasto cuerpo y con sus brazos en cruz la puerta sangrada de sus amos, mirando fijamente a los conquistadores, y agitando como una bandera precursora su poncho azul y blanco, gritó también con su voz de bronce:

—¡Viva la Patria!

Y este grito tremendo saludando a ese ser aún no nacido, y que estaba ya en el corazón y en los labios de la multitud, pareció resonar en la calle y en las azoteas, en el Fuerte y en la Plaza Mayor, volar en la llanura y tramontar los Andes, tronar en las batallas y vibrar en los triunfos y en las derrotas, y anunciar ese día al pueblo naciente conquistado por sorpresa, la revancha de la Reconquista y la aurora de 1810.

El capitán Paley, imperturbable y leal, tendió la mano al digno predecesor de Falucho y de Barcala, y le dijo simplemente: "¡All right, Mr. Braw!" El negro encogió instintivamente la suya, mirándole supersticioso a los pies, como Otello a Yago, a ver si salía la cola del diablo que se decía tenían también los ingleses.

El capitán Paley saludó con la espada y con gesto de gentil cortesía a la ventana, y oyendo en ese momento hacia la Plaza el toque de reunión del regimiento y los fuegos del combate, mandó con voz vibrante y en tosco inglés: "Compañía, firmes! Paso de trote, Mar!...

Y la gloriosa compañía del 71 siguió su marcha precipitada hacia el Fuerte, sin reparar que dejaba tres hombres caídos en la calle, sabiendo los ingleses por otra parte que no habían de ser ultimados ni saqueados, sino recogidos y curados por el vecindario con la noble generosidad con que lo venía haciendo en todo el trayecto.

CONQUISTADORES CONQUISTADOS.

La pequeña puerta se abrió otra vez acudiendo del interior de la casa varios esclavos trayendo angarillas con buenos colchones y mantas, en que recogieron a los soldados caídos. Dos con varias heridas contusas, y el que había peleado con el esclavo con la cabeza rota y un hondo tajo en la muñeca casi destrozada.

Los tomaron con cuidadosamente, con precauciones de enfermeros, los cubrieron con las mantas y los llevaron a los vastos aposentos donde les lavaron y vendaron las heridas, acostándolos bien abrigados y dentro de finas sábanas de Holanda en las cómodas camas de bote de nuestros abuelos; los confortaron con la más rica caña del Paraguay, a la que los británicos no se negaron, y les sirvieron en sendas tazas de loza piedra azul y blanca el caldo dorado y sabroso y el pan recién horneado de la casa.

Mandaron buscar de prisa al médico de la familia que lo era el doctor don Cosme Argerich, poniéndolos en sus hábiles manos, y se pusieron todos en las de Dios en aquellas tristes horas, pasando a rezar el rosario los ancianos, las niñas, los chicos y los esclavos en el oratorio de la casa.

* * *

Entretanto el general Berresford había entrado al Fuerte y tomado el mando de la ciudad a nombre del rey de Inglaterra. El manifiesto que diera al pueblo, reproducido en las prensas a mano de la misma imprenta por donde se editaba el diario oficial del Cabildo, llegó después en varios ejemplares a la vieja casa de los Gómez, y fué leído como quien no consigue todavía despertar de una pesadilla.

Lo traía un oficial inglés, elegido entre los pocos que hablaban español y que venía a tomar noticia de los tres caídos, de cuyo amparo en la casa solariega ya habían sabido por algunos de sus compañeros, los O'Brien, illiam L. White, W. Foley y otros que eran del mismo cuerpo. El soldado que había peleado con el esclavo Braulio era un joven irlandés pariente del general Berresford, y del cura celta que venía como capellán en el regimiento.

El manifiesto, escrito por un hombre sagaz, casi político como era Berresford, aseguraba al vecindario la inviolabilidad de su reli-

gión y de su culto, el mantenimiento y el respeto de sus autoridades comunales, y la tranquilidad y las garantías civiles de los habitantes, puestas ya bajo el amparo del derecho común de Inglaterra como súbditos de su majestad británica.

—Eso lo veremos, rezongó el dueño de casa, don José Santos Gómez. Nosotros somos criollos y súbditos por ahora del rey de España. Ya veremos qué dicen los del Cabildo y los muchachos. Los del Cabildo eran Alzaga, Villota, Villanueva, y los otros, los muchachos, eran Saavedra, Viamonte, Pedro Andrés García, Martín Rodríguez, Pueyrredón, etc.

Pasaron algunos días, pocos, para que los muchachos y el Cabildo hablaran, y lo hicieron con tal acento que lo oyó la poderosa Inglaterra, el mundo y la posteridad.

Los ingleses heridos se reponían rápidamente con los cuidados y el buen trato, y ya más que enemigos eran huéspedes de la familia, tratados según la amplia hospitalidad antigua, cada uno con su sirviente especial; y que andaban, todavía con sus bastones, por la extensa casa, oían misa y rezaban el rosario con la familia en la capilla, porque eran irlandeses y tanto o más católicos que los españoles; comían de mantel largo en el gran comedor, se ensayaban en la guitarra y bailaban el minué con las niñas en la sala.

Habían contado en la mesa sus historias asaz románticas en aquellos tiempos de guerra y de aventura.

De cómo siendo segundones de buena casa, sin fortuna por causa del mayorazgo, en el dilema de ser curas o soldados habían optado por lo segundo y se habían enrolado en el regimiento más glorioso de Inglaterra, "el 71", decían, haciendo la venia militar. Eran así tres jóvenes distinguidos como ahora muchos de nuestros concriptos, y mostraban interesantes retratos y correspondencia íntima de familia. El general Berresford, que había estado a visitarlos con el capellán irlandés y a saludar y expresar su gratitud a los dueños de casa, ratificaba todas estas referencias recomendándolos a su consideración.

Patrick Island, quien hablaba un poco más español que los otros dos, habiendo estado los tres de guarnición en posesiones españolas de América, y que era naturalmente elocuente, contaba de San Juan de Acre, donde habían hecho *stopping-man* al Corso soberano, de las leyendas de Egipto y de las Indias, de las guerras de Europa y de los Estados Unidos, y de la gran belleza de las mujeres norteamericanas; que no podía compárarse, decía, con llana y un tanto apasionada franqueza, a la de las niñas de la casa con sus cabellos de oro y sus grandes ojos negros. Así en la Rapsodia Homérica, el héroe con sus relatos de la Odisea embargaba los ánimos, y se llevaba los ojos divinos de Nausikaa.

* * *

Las niñas empezaron a ruborizarse con harta frecuencia, y los conquistadores ingleses como sus antepasados los normandos, corrían serio riesgo de ser conquistados por los criollos, como aquéllos por los sajones.

En todos estos coloquios, relatos y expansiones de los jóvenes extranjeros en el hogar de la familia colonial, uno de los soldados se mantenía siempre reservado y silencioso; y sin faltar a la más cumplida urbanidad y cortesía, no compartía las afectuosas y francas confidencias ni la amistosa cordialidad de sus compañeros; solían notarlo conversando con los esclavos, quienes contaban que les preguntaba con mucho interés sobre las costumbres del campo, sobre las numerosas haciendas alzadas, la vida y la policía de las poblaciones, las invasiones de los indios, las incursiones de los contrabandistas, el tráfico de los ganados y otras peculiaridades; manifestando a veces el deseo de no volver a Inglaterra y hacerse estanciero y trabajador de campo, y gaucho domador y capitán de gauchos.

Este soldado del 71 se llamaba Pedro Campbell, y su acción ha quedado después en la historia argentina, en el cuadro de la anarquía, y en el grupo de los caudillos litorales, de pie sobre los escombros de la destrucción e iluminada su figura siniestra por la llama rojiza del incendio.

El esclavo Braulio se había hecho muy adicto a Patrick Island, a quien llamaba respetuosamente para poderlo nombrar, Don Patricio; la amistad para que sea sólida ha de forjarse a golpes como el hierro, y además el negro tenía el culto idólatra de la niña Tola, y Don Patricio parece que también.

Una noche en la sala mientras bailaban, el joven siempre resuelto pero esta vez más bozal que nunca, intentó una declaración y ya quería también saber la respuesta, vehemente como irlandés. La compañera un tanto turbada y velando las luces de sus ojos bajo sus largas pestañas, le contestó despacito: "Veremos, cuando los saquemos del Fuerte". Sin duda la rebelión y la reconquista estaban todavía más prendidas que el inglés en el alma candorosa de aquella exquisita niña criolla y semigoda de 1806.

El otro soldado, de apellido Kamelis, como complotados los dos esa noche, se había aventurado también a decirle a la hermanita su atrevido pensamiento, sin mejor fortuna.

Campbell bailaba con una niña, prima de las otras, que se había quedado a comer, y le hablaba pocas palabras aunque la contemplaba mucho, pensando acaso en las bandas alzadas y en las invasiones de los indios.

EN TONO MENOR

Líbranos de la angustia que resbala en el suave
desmayar de las horas, cuando ardiendo se prende
en las alas del verso el plumaje del ave;
gárrula que nos canta y de amor nos enciende.

Un dolor olvidado, como un viejo arquitrabe,
ilumina la estampa del recuerdo que esplende
vibraciones eróticas en la penumbra grave,
lentas caricias donde la carne se desprende.

En la rueca del tiempo tejimos algún día
—rumores del pasado—la dulce hilandería
melodiosa y lejana que nuestra alma puebla

alzando entre las rosas claras de su deseo,
nostálgico y antiguo, aquel blando trofeo
abierto como un cáliz luminoso en la niebla...

CARLOS A. BARRY.

LA CONSPIRACION

En eso resonaron en la puerta de calle tres golpes del grueso llamador.

—¡Ah!,—dijo don José Santos como indiferente,—han de ser los Catalanes, que habían quedado en venir una de estas noches a tomar el chocolate.

El esclavo Braulio introdujo a dos personas de aspecto culto, de estatura mediana, anchas espaldas, ojos negros y vivaces, color moreno pálido, barbas tupidas, lisas y negras como ala de cuervo, gruesas cadenas de reloj y zapatos de charol de amplia medida.

Eran el oficial de Ingenieros don Felipe Sentenach y don Gerardo Esteve y Llach.

Saludaron con mucha fineza a la señora y a las niñas, con fría reserva a los ingleses, como si hubieran preferido no verlos, y después de tomar el chocolate bien espeso, pasaron al comedor a conversar con don José Santos, y sentándolo en medio en el inmenso sofá de caoba y crin, le dijo sin más preámbulo Sentenach:

—Don José Santos, con no ser usted godo sino criollo, confiamos en su leal reserva, y seguros de que su palabra es como escritura queremos saber si podemos contar con usted para hacer volar a los ingleses.

El les contestó con la misma llaneza:

—Los tres que aquí están son sagrados para mí porque son mis huéspedes; el huésped lo manda Dios, y nadie les ha de tocar un pelo de la ropa. ¿Están ustedes conformes con esta condición de mi hospitalidad a la española?

—Y muy conformes, dijo a su vez Esteve y Llach.

—Entonces, pueden ustedes contar conmigo, con mi hacienda, con mi plata y con los esclavos de mi servidumbre y de mis estancias; y pueden desembuchar todo lo que tengan adentro, bajo la reserva de mi palabra de honor.

—Pues bueno, le repusieron los Catalanes, contamos aquí con don Martín de Alzaga y todos sus amigos españoles en el Cabildo y en el comercio.

En Montevideo, nuestro amigo y compatriota de Barcelona, don José Costa y Teixidor, íntimo del gobernador de allí don Pascual Ruiz de Huidobro, nos hace proporcionar las pocas armas que se necesitan, porque en nuestra opinión como en la de Alzaga ésta es cuestión de pólvora y no de balas. Estamos cavando con hombres nuestros, que no saldrán a la superficie de la tierra hasta que no hayan concluído su trabajo, una mina, que debe tener sus puntos de explosión en la Ranchería, cuartel del regimiento 71 mandado por el teniente coronel Pack, y en el Fuerte, residencia del general Berresford con su estado mayor; y la noche que lo resolvamos, los ingleses se acostarán en sus camas y se despertarán en los infiernos.

Después haremos el gobierno que convenga: primero es destruir y sacar los escombros, después edificar. Después gritaremos todos juntos, criollos y castellanos: "¡Viva el rey y viva la patria!" Eso es, repuso el criollo: "¡Viva la patria y viva el rey!"



LA MAMA.—¡El fumar es para los que son hombres!
EL NENE.—¡Eso se lo debes decir a papá, que no fuma!

La voz de Sentenach y de Llach estaba velada por la emoción. Catalanes de pura cepa, nacidos entre el mar azul y los altos Pirineos, tenían bajo su rostro bruno el espíritu libertario de la montaña y el alma emotiva de los hombres del Mediterráneo. Así los catalanes se destacan en las letras, en las artes, en al industria, y a veces en el cadalso.

Sentenach, varios lustros después debía entrar en la conspiración de Alzaga y ser ahorcado en la plaza de la Victoria con fray José de las Animas y veinte más, muriendo sin bajar la cabeza, por su fe, por su rey y por los intereses que ellos creían legítimos de los godos de la antigua colonia.

* * *

El movimiento de la Reconquista iniciado así por catalanes que no aguantan freno opresor ni coronas duras, fué realizado a la luz del sol por la acción heroica del gallardo general y noble francés don Santiago de Liniers y Bremond; de Saavedra, Viamonte, Pueyrredón, Pedro Andrés García, Martín Rodríguez, etc., y secundado con enérgica decisión por don Martín de Alzaga y sus amigos del Cabildo y de la Comuna.

Liniers, con criterio muy acertado detuvo aquella audaz conspiración de catacumba y realizó en su lugar la brillante campaña militar y ciudadana de la Reconquista.

IDILIO INTERRUMPIDO

Comenzada la lucha que se inició con la hazaña de Pueyrredón, contrastada con gloria para él en el combate de Perdriel, los huéspedes de la casa solariega de los Gómez se apersonaron a su caballeresco dueño, y le comunicaron que repuestos ya de sus heridas y aunque con licencia pendiente, creían de su deber militar y de su lealtad presentarse al Fuerte y reincorporarse a las filas de su regimiento.

Don José Santos lo encontró muy justo; les ofreció su casa, su bolsillo y sus servicios particulares que fueron declinados con efusiva gratitud, y los ingleses invitados por la familia fueron esa mañana a oir una misa en la capilla; a ésta asistieron los ancinos emociondos, las niñas con los ojos llenos de lágrimas y los esclavos golpeándose el pecho y besando las baldosas blancas y negras al levantarse el Cáliz, creyendo más que nunca ver entreabrirse el cielo, y con la visión de la gloria eterna y de la bienaventuranza, que alcanzaría para todos, hasta para los ingleses, por la misericordia del Señor.

La noche antes, en la sala, los dos irlandeses, desolados, habían arriesgado una súplica furtiva, que recibió la misma contestació n: "Cuando los saquemos del Fuerte, veremos".

El destino de los sombríos tiempos era implacable. Island y Kamelis no podían avenirse a desear salir del Fuerte, ni podían renunciar a su pasión infinita. En esta casa dejaban todo lo que habían conquistado en sus andanzas por el vasto mundo, su ingenio y su eterno amor. No les quedaba sino la incierta esperanza, náufraga en la tormenta de los tiempos. Si hubieran sabido más de lo que sabían, ellos, Popham y Berresford, habrían visto que pronto tendrían que salir del Fuerte, y que a pesar de ellos mismos estaban cerca de la felicidad.

Colmados de pequeños obsequios de dulces y golosinas y colgados al cuello los escapularios benditos bordados por la mano de las niñas, salieron a seguir su destino acompañados hasta la puerta por la familia y por la servidumbre, todos afligidos por honda pena.

Al llegar a la esquina los alcanzó el esclavo Braulio vestido ya con el dolman rojo con alamares y el vistoso uniforme de sargento de pardos y morenos, y sin poder contenerse en su corazón vehemente, le pidió permiso a don Patricio para darle un grande abrazo con el que casi lo ahogó, diciéndole al oído como un mensaje alado: "Cuando lo hagamos salir del Fuerte, yo lo he de sacar, aunque sea del infierno, y lo he de traer a ver la niña que lo quiere mucho". El irlandés exultó, y vió todo de color de rosa.

Contemplando después con afecto y admiración de veterano al hermoso y formidable sargento de pardos y morenos, siguió su camino hacia el Fuerte moviendo la cabeza y murmurando: "Me parece que pronto podré volver a ver a mi adorada Tola. Este pueblo no se conquista".

LA RECONQUISTA

¡Ni con cien regimientos!

A los pocos días, después de una porfiada resistencia, el general Berresford entregaba su espada por sobre la muralla del Fuerte al oficial don Hilarión de la Quintana, comisionado por Liniers para recibirla, y los ingleses salían de allí, con todos los honores de la guerra, que les correspondían por el pundonor, la humanidad y la bravura con que habían hecho el ataque y la resistencia.

Los ingleses entregaron bajo las arquerías del Cabildo mil seiscientos fusiles, treinta y seis cañones, cuatro morteros y cuatro obuses, y las banderas de sus regimientos, entre ellas las del 71, jamás rendido.

Esto sucedía el 12 de agosto de 1806, y Berresford había tomado posesión del Fuerte a nombre del gobierno inglés el 27 de junio anterior.

El pueblo reunido en la Plaza Mayor, ya de la Victoria, cuyos chicos de la calle habían empujado por los baches los cañones de la Reconquista, y llegado en tumulto hasta los fosos del Fuerte donde hizo izar otra vez la bandera española, había empleado cuarenta y seis días para tomar su revancha, y así había retirado su pagaré antes del término normal de las deudas a corto plazo. Era justo pagar ésta antes del vencimiento.

* * *

Los soldados británicos que habían sido huéspedes de la casa de Gómez debían ir a la prisión militar y después fueron internados en Córdoba y Catamarca; cual todos los vencidos y los prisioneros empezaron a su vez a soñar en la revancha.

Patrick Island, que como próximo al general Berresford podía tener algún conocimiento de estos planes y esperanzas, le dijo al sargento Gómez de pardos y morenos que estuvo a verlos, antes de ser internados en San Antonio de Areco, sitio que ellos eligieron por estar próximo a la estancia de sus huéspedes: "Dentro de un año volveremos con veinte regimientos como el 71, recuperaremos su bandera, nunca rendida, y entraremos otra vez al Fuerte. Entonçes, después de cumplir mi deber para con la Inglaterra, tendré derecho a pensar en mi felicidad que ha quedado en la casa de Gómez". "Ni con cien regimientos como el 71, le repuso el sargento de pardos y morenos, volverán ustedes a conquistar a los criollos y entrar al Fuerte de Buenos Aires. Dentro de un año, don Patricio, vendré a sacarlo de la prisión y lo llevaré a ver la niña".

EL MAL EJEMPLO

Un hombre llamado Trahes, habiendo hecho su fortuna en América, fué a establecerse en un castillo de Morbihan. Este hombre, que era libre pensador, no solamente no practicaba ninguna religión, sino que, además, se esforzaba en apartar de toda práctica religiosa a los que le rodeaban. Sucedió un día que uno de sus dependientes fué sorprendido forzando la caja del dinero. Al ser maniatado por los gendarmes, Trahes gritaba:

—Desgraciado, que la ley acabe con los hombres como tú, que deshonran a su patria.

A estas palabras el ladrón volvió la cabeza y dijo:

—No está bien, en tus labios, venir a predicar de esta manera.

—Estoy en mi derecho para condenarte, bribón.

—Y yo te cerraré la boca—respondió el ladrón.—Ved a ese hombre, señores; a ese es al que debéis prender porque él sólo es la causa de mi crimen.

—¡Calla, miserable idiota! — replicó exasperado Trahes.

—No callaré, porque fuí honrado mientras creí en Dios; entonces me resignaba con ser un pobre dependiente; pero tú me has hecho perder la fe con tus malas prédicas.

—¿Y qué tiene que ver eso con tu robo, miserable?

—¿Qué tiene que ver? ¿Tú, un hombre educado, se lo preguntas a un ignorante como yo? Pues te voy a contestar:—Si no hay otra vida, me he dicho, no quiero pasar la vida en miseria, ¿me entiendes?

Al pronunciar estas palabras, la voz del ladrón tenía un tono terrible. Trahes, todo confuso y aterrado guardó silencio.

GLORIA Y BODAS

Un año después, en junio de 1807, el general Whitelocke, al mando de doce mil hombres de las mejores tropas de Inglaterra, atacó por última vez la ciudad de Buenos Aires.

Y el 5 de julio del mismo año, después de perder alrededor de dos mil ochocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, la última fuerza que resistía, la del general Craufurd, que había recuperado por un instante la bandera del 71 y la había hecho flamear en la torre de Santo Domingo, se rendía también a discreción. El general Craufurd pasó como prisionero de guerra al Fuerte, donde el general Liniers lo llenó de atenciones y miramientos, bien merecidos.

El bravo coronel Pack, que mandaba el 71 en 1806, salvó la vida del asalto al convento llevado por la multitud, por la interposición del padre prior Francisco X. Leiva, y conservó siempre y expresó después desde Inglaterra sus mejores afectos para el pueblo de Buenos Aires, su leal enemigo de 1806 y 1807. Y el coronel Kington, jefe de una de las columnas de Whitelocke que entró por la calle Victoria, cayendo herido en la de Potosí donde fué recogido y asistido con esmero, dijo al expirar, según la tradición recogida por el historiador López, que "quería ser enterrado en el cuartel de Patricios para dormir entre valientes".

Ya el general Liniers en su proclama al iniciar la defensa de 1806 había dicho: "Si llegamos a vencer, como lo espero, acordaos, soldados, que es rasgo de la nación española reñir con intrepidez y triunfar con humanidad: el enemigo vencido es nuestro hermano, y la religión y la generosidad de todo buen español le hacen como tan naturales estos principios que yo tendría rubor en encarecerlos".

Las tentativas de conquista de los ingleses equivocaron el camino y en vez de ser un movimiento de apoyo a la independencia, con el que hubieran asegurado la legítima *conquista comercial* que anhelaban, la quisieron convertir acaso por error de los subalternos en conquista militar.

Pero en este mismo terreno fué llevada la acción por ingleses, españoles y criollos, con la generosidad y el valor de que dan muestra los hechos y episodios narrados, y que pueden presentarse así, ocurridos hace más de una centuria en este rincón del mundo, como alto ejemplo para las guerras posteriores y recientes.

* * *

A fines del mismo año 1807, según rezan las partidas y tradición de la familia, se celebraron en la capilla de la estancia de don José Santos Gómez en el Arrecife, las bodas de Island y Kamelis con las lindas niñas de la casa solariega de los Gómez.

Muchos de los irlandeses que vinieron con Berresford no volvieron a Inglaterra y se casaron con argentinas, formándose así numerosas familias útiles y laboriosas generalmente pastoras. Y siendo entonces acaso la primera incorporación colectiva a nuestra formación étnica, de esa raza autóctona y fuerte, que se marca en las generaciones por la fisonomía franca y bondadosa de tez bruna y ojos verdes, por el corazón vehemente y la mano abierta. Familias que han cruzado muchas de ellas nuestra turbulenta historia, practicando el bien, sirviendo a la patria y luchando por la libertad. El arquetipo de la raza fué aquí el almirante Brown.

Al salir de la capilla Patrick Island devolvió su abrazo de 1806 al ciudadano libre don Braulio Gómez, ascendido a mayordomo de la estancia, después de haber salvado entonces la casa de sus amos alzándose en cruz en la puerta, y de haber peleado heroicamente en la Reconquista y en la segunda invasión inglesa como sargento de pardos y morenos, y le dijo profundamente emocionado: "Nuestro primer baby se llamará Braulio". Y así fué.

ANHELO

Si uno pudiese dirigir su vida
como Apolo su tiro fulgurante,
marchando en una como arremetida
llena de voluntad hacia adelante!

Si desde el mismo punto de partida
hasta el punto final, de uno a otro instante,
de una a otra meta, próxima o distante,
nuestra mano empuñase nuestra brida!

Poder seguir un invariable trazo
como si nos llevase nuestro brazo
a modo de timón de nuestra suerte

Ser el auriga de su propio carro,
y plasmar uno mismo hasta la muerte
su propia estatua con su propio barro.

EMILIO FRUGONI.

Desdoblamiento patológico de la personalidad

¿Debemos o no admitir la posibilidad de que en un mismo cuerpo existan dos almas o aún más?

Un conocido psiquiatra se ocupa de este tema en una revista médica de los Estados Unidos y cita dos ejemplos que, sin dilucidar el problema, lo ilustran perfectamente.

El autor dice: "El desdoblamiento morboso de la individualidad humana que normalmente tiene un carácter unitario, ocurre con mayor frecuencia de lo que generalmente se cree.

Uno de los casos más singulares de esta especie es el de un sacerdote, Anselmo Bourne, de Pensilvania. Sin que jamás se hubiese notado en él la menor predisposición patológica, abandonó este señor algún día, sin ningún motivo plausible y con la mayor precipitación, la ciudad en que largos años había desempeñado su cargo de una manera verdaderamente ejemplar.

Las pesquisas incoadas quedaron sin resultado alguno. Lo único que la policía pudo averiguar fué que inmediatamente antes de su desaparición el clérigo había retirado del Banco el modesto ahorro que tenía allí, y se largó en un tranvía sin que nadie supiese su paradero.

Poco tiempo después, un tal B. S. Brown alquiló una tienda en un suburbio apartado y empezó allí un pequeño comercio con artículos de escritorio y fantasía...

Unos dos meses después, se despierta el mencionado Brown, en una noche completamente tranquila, y pide socorro con gritos lastimeros.

Los vecinos acuden y le hallan en la trastienda presa de la mayor turbación y temblando como un azogado.

El individuo dice ser el cura Anselmo Bourne, de Pensilvania, y cree que unos foragidos le han raptado y traído a este lugar. Cuando se le contesta que ya hace tantas semanas que había venido, y eso de su *motu proprio*, sin que nadie le obligara, se niega a creerlo.

Tampoco se acuerda de haberse llamado Brown y de haber instalado una tienda bajo este nombre. Sus facultades memorativas no alcanzan más allá del momento en que subió al tranvía en Pensilvania...

Este suceso es un enigma inexplicable, pues aunque la psiquiatría moderna registra casos de una pérdida temporal o permanente de la memoria, éstos suponen siempre un grave colapso del sistema nervioso, y en el estado de salud de este sacerdote no ha habido nunca nada de anormal.

No menos misterioso es el caso de Cristina Beauchamp.

Era Cristina una joven francesa que, al margen de su personalidad, de su propia individualidad, encarnaba tres personalidades más.

La niña tenía, por decirlo así, cuatro almas. Pero lo más extraño es que cada una de éstas se apoderaban de ella por turnos regulares, de modo que en el curso de un solo día la niña estaba presa por algunas horas ya de una, ya de otra de sus diferentes almas.

Una de sus personalidades era marcadamente maligna y cometía muchas ruindades; las otras tres eran buenas y amables, pero muy distintas entre sí.

La ciencia no ha podido esclarecer el caso.



EL AMIGO (a la viuda).—No se apure, que, si quiere, yo miraré por usted, y nada le faltará.
LA VIUDA.—¿Por qué no me lo dijo esta mañana? Ya me he comprometido, amigo mío.

La mirada del avaro

Por F. O. Hoys

(Traducción de L. Aguirre.– Ilustraciones de Germán Horacio)

A pesar de estar viviendo en él cerca de veinte años, era muy poco lo que en el pueblo se sabía de la vida del viejo Dring. Bien es verdad que su reputación de avaro estaba firmemente establecida y que, por todos aquellos contornos, se había oído hablar de su siniestro aspecto; pero fuera de esto, sólo conjeturas podían ofrecerse al enjuiciarle. La señora Cogley, que limpiaba su cabaña una vez al mes, contaba extraños cuentos respecto al viejo ante un amistoso vaso de cerveza; mas, como era conocida por lo bullicioso de su imaginación, sus relatos sólo eran estimados por la gracia con que los hacía.

Uno o dos individuos de los más audaces del pueblo habían realizado una investigación personal, aunque sin éxito. Poco era lo que, por el exterior de la cabaña, se podía colegir, y el viejo Dring nunca admitía extraños, fuese cual fuese el pretexto que hasta él les guiase. Así que pronto el curioso Sherlock abandonó sus esfuerzos, y la curiosidad de todos quedó defraudada.

Quizá hubiese alguna excusa en el general deseo de bucear en aquella vida, ya que la sola situación de la cabaña sugería el misterio. Se alzaba ésta a la orilla del pantano de Halstow, el sitio más lúgubre de Suffolk. Durante el día, sus charcos negros y sus grandes trazos de fango, extendiéndose hacia el mar, se dejaban ver sombríos y pavorosos; montones de escoria húmedos y corrompidos salpicaban la superficie. El sol mismo no podía quitar el color gris del lodazal.

Y sus sonidos estaban en armonía con el lugar. Los extraños ruidos algunas veces dejaban llegar hasta allí sus clamores resonando en la llanura, y los agachadizos y los chorlitos gemían en clave menor. Por la noche los ruidos eran distintos y el chupeteo del lodo, los suspiros y murmullos del pato salvaje, en algún invisible vuelo, se oían incesantemente. Las luces del pantano enviaban sus pálidos resplandores azules corriendo y danzando en la oscuridad.

No faltó quien afirmase que había pasado a media noche por el pantano y había visto al viejo Dring rondando por el fango. Pero las gentes se burlaron de él y con razón, pues si los pájaros encuentran dificultad para sostenerse en el pantano, un hombre expone bastante al confiarle su peso, ya que en él encontraría una muerte rápida. Un viejo compadre, acuciado por un mezquino concepto de hechicería, indicó que el viejo podría tener algún pacto con un poder diabólico que le facultase para caminar por el aire. Su nieto, con el escepticismo del hombre a quien los inventos modernos le son familiares, rechazó la afirmación y dijo:

—Concedo que tenemos un concepto mezquino de él. Ayer pasaba yo por la cabaña y él abría para entrar al jardín; yo lo miré, y su extraña mirada me impresionó. Es una clase de mirada fija como si quisiese clavarse en vuestros pensamientos. Pero si él es pacífico, ¿a qué perseguirle?

El pueblo hizo eco a esta opinión, y aun cuando su curiosidad languidecía con ello, se conformó. Ciertamente que el viejo Dring atormentaba a los circunstanciales paseantes con sus obsesionantes e intensas miradas, y que los niños llegaban llorando a su casa después de encontrarse con la extraña mirada del avaro, pero aparte de esto, como éste se mostraba pacífico, el pueblo acabó por considerarlo como una especie de límite local. Sólo un hombre continuaba intrigado respecto al avaro, y este hombre era George Thormauby.

Guardián de los faisanes de la vecindad, tenía abundancia de tiempo y de silencio para reflexionar. El tiempo puede ser oro, pero también puede causar peligrosos efectos en la mente humana, y así le ocurrió a Thormauby. Este, en su pasado, áspero y oscuro, había examinado el problema de la vida y descubierto una injusticia en su suerte, y no hacía cuatro años que un sargento, en la milicia, le había na estancada que a nadie aprovechaba y esto era una vergüenza. ¿Por qué un hombre podía permitirse esa riqueza y no usar ni un penique de ella, en tanto que él carecía de la más insignificante comodidad? ¿Qué uso hacía de esa fortuna su actual poseedor? Ninguno. Pero un joven activo, moldeado para la grandeza, podía usar de ella de cien maneras. El dinero hace dinero y el poder hace poder. ¿Por qué podría negársele esa probabilidad?

Tan pronto como en George Thormauby germinó este pensamiento, creció insistentemente un tentador rumor que parecía tener eco en los sombríos abetos y retorcidos ojaranzos de los bosques por donde él vagaba. Al principio se atemorizó de escucharle, pero el rumor se prolongó y al fin dominó su descontento y hermético espíritu y le decidió a matar al viejo Dring.



—No es un loco, se dijo agriamente a sí mismo.

lo que pudo haber sido en parangón con la monotonía de lo que era. Pronto empezó a sentirse cada vez más resentido y hostil contra un mundo que le daba treinta chelines a la semana y una vulgar existencia.

El, se decía a sí mismo, estaba formado para mejores cosas, para hacer una carrera que le llevase por el sendero de la fama; mas mostrado un tentador espejismo de ¿cómo alcanzar ese sendero? De su diaria misión sacaba un resultado: la omnipotencia del dinero. Desde que estas seductoras palabras ocuparan un lugar en su cerebro empezó a pensar en el viejo Dring.

El viejo tenía dinero, una fortu-

Ello podría ser fácil. Una noche, cuando el avaro estuviese durmiendo, él entraría en la mísera cabaña cautelosamente, le mataría con un saco de arena y arrojaría el cuerpo al pantano. El inmundo lodo devoraría el secreto como un tiburón, y como las llaves estarían en algún sitio de la cabaña, y él sabía por la locuaz señora Cogley que el cofre estaba en la habitación trasera...

La obsesión cristalizó, y una mañana, con el pausado método que en él era usual, reconoció Thormauby la cabaña. El viejo Dring estaba en el jardín, y su malévola expresión casi disuadió al guarda de sus propósitos. Parecía leer en los más recónditos de éste, que tembló ligeramente, y se marchó, y aun cuando perdió pronto de vista la cabaña, no pudo reprimir un insistente deseo de mirar hacia atrás. Le parecía que el avaro horadaba en su espina dorsal.

"No es un loco", se dijo agriamente a sí mismo. Una pipa y un vaso de alguna bebida fuerte en la choza que habitaba le calmaron los nervios. Volvió a su plan, repasando los extraños fragmentos de información que había reunido. Estos eran insuficientes, y él necesitaba complementarios. Si él bajase una noche al Toro Negro y astutamente sacase la conversación respecto al viejo Dring, podría aprender algo útil. Había siempre una rebusca de verdades en el chimorreo de la tertulia del bar.

Insistiendo en la idea llamó esa noche en el Toro Negro, y la Providencia le proporcionó un inesperado auxilio en la persona de un literato que había depositado un coche con averías en el garage local y tomado la sola alcoba desalquilada en la fonda.

—¿Cuál es el nombre de esas extensas y tristes afueras de la villa?—preguntó el literato, con una especie de afabilidad protectora.

—El pantano de Halstow, señor —dijo el patrón.

—No he visto un lugar más abrumador en toda Europa — dijo, con un aire muy fino que tuvo su efecto. Los oyentes apuraron su cerveza y le miraron debidamente impresionados.

—Una cabaña hay allí — prosiguió — en un lugar hudido en la orilla del pantano. Seguramente no vive nadie allí.

Thormauby inclinóse hacia adelante en su rincón y sus ojos se encogieron complacidos. Alegre de un asunto en el cual su lengua podía moverse a placer, el patrón se frotó las manos y contestó:

—¡Oh, señor, está usted en un error! Un viejo llamado Dring es su propietario. Nunca baja a la villa. Al menos, yo no le vi nunca aquí. Es un avaro que tiene la expresión más sórdida que jamás se vió en hombre alguno. ¿No es así, Tomás? — apeló a uno de los contertulios, y todos asintieron con sus cabezas.

—¿Un avaro? ¡Por Dios!... — deslizó casi romántico. — Yo supongo un rumor darle esa reputación.

Era una indirecta jovial. Los oyentes se miraron los unos a los otros y volvieron a apurar los jarros, en tanto que el patrón se acariciaba la barba.

—No—contestó éste pausadamente, — es un hecho. Mire, señor, la señora Cogley le limpia la cabaña una vez al mes; ésta adquiere cierto tinte de sociabilidad después de un vaso o dos, aunque, a decir verdad, creo que no se aproxima enteramente a la verdad.

—He ahí una refutación del viejo dicho, *in vino veritas*.

—Exactamente, — dijo el patrón, comprendiendo que era una sagaz contestación, en tanto que los demás sonreían con simpatía. — Como os iba diciendo, esa señora Cogley le ha visto arrodillado ante un cofre en la habitación de la parte posterior. El viejo Dring con-

taba las monedas que un saco contenía, y que según mi creencia eran libras reunidas antes de que la guerra las hiciese escasear. También creo que pudo ver un gran legajo de papel como billetes de banco. Pudo haber visto más; pero de repente miró el viejo a su alrededor. La mirada la hizo temblar, pero hoy está ella más gruesa y viste de lana.

El literato sonrió y los oyentes se miraron. Jorge Thormauby se agregó a ellos, pero el brillo de sus ojos no mostraba contento.

—¡Qué extraño! — deslizó el literato. — Es casi un personaje para una novela... ¿Qué hace durante el día?

—Leer, así lo dice la señora Cogley, pero ella ha renunciado a espiarle, pues no puede olvidar la mirada que le lanzó. La mirada del viejo Dring, dice, se siente como un oscurecimiento repentino en pleno día.

—Un símil feliz—dijo el literato.

El patrón miró a los oyentes, como consultándoles, pero éstos volvieron cobardemente a recurrir a sus jarros, y tuvo que volver a decir:

—Exactamente, señor.

El literato miró a los vasos y se dijo: "Cada uno podría hacerlo de modo distinto; pero ¿qué hay ahí y aquí? Cerveza por todas partes, mi patrón".

Inclinó regiamente la cabeza, en señal de reconocimiento, bebió largamente y encendió su pipa.

—Es maravilloso — dijo — que este Dring no haya sido robado; todos los de por aquí han oído hablar de sus tesoros. Podría ser fácil, creo yo, vencerlo, golpearle la cabeza y marchar con una pequeña fortuna.

En su rincón, Jorge Thormauby se sobrecogió. Para disimularlo tomó el jarro y su mano tembló ligeramente. Todos pudieron contemplarle pálido, mientras deseaba ofrecer al patrón su opinión.

—Aunque sea inoportuno señor — dijo al fin reflexivamente, — no creo que haya muchos en Halstow que fuesen a esa cabaña en la noche. ¿Por qué? — dijo encogiendo los hombros. — Yo creo que es porque el viejo posee alguna cosa cerca de él. — Hizo una pausa y titubeó al dar una explicación concreta. — Bien — continuó, — es fácil de comprender. Todos saben que desde el momento en que mira a cualquiera, éste está nervioso, débil y asustado. Y con ese pantano detrás yo no podría acercarme a ese lugar de noche, por mucha esperanza de dinero que tuviese y por muy llano que estuviese todo.

Al concluir miró con arrogancia a los asistentes, y estos asintieron.

—Es curioso, — dijo el literato, bajando su pipa y preparándose a fijar su opinión. — Muy curioso. Desde luego que en el mundo moderno la supersticiones no gozan de muchas ventajas; nosotros solamente aceptamos la racional y nos sonreímos de algunas que no pueden ser definidas por la ciencia. Pero quizá estemos errados.

La cuestión de nuestro amigo Dring toma un aspecto desagradable. Ahora una víbora puede paralizar a un conejo sin toque alguno físico y todos sabemos esto aun cuando no podamos explicarlo. En la India se ha observado, de un modo que no deja lugar a la duda, que un fakir puede hignotizar a un hombre y aletargarlo. Y aún se dice que alguno de estos fanáticos pueden fijar sus ojos sobre su víctima y llenar su alma de un terror indefinible que le cause la muerte.

—Muy interesante — dijo Tomás a media voz, en tanto que los otros se miraron inquietamente. Los ojos oscuros de Thormauby brillaban. Hubo un largo silencio. A la blanda luz de la lámpara, el literato contempló satisfecho a sus acompañantes, y al fin dijo:

—Bien, bien, gracias al avaro del pantano de Halstow, que nos ha dado una interesante noche. — Se sonrió, alzó su jarro y todos hicieron lo mismo; sólo Thormauby fué el que no brindó por el viejo Dring. Se había deslizado silenciosamente y marchaba velozmente camino de su vivienda en el bosque.

El viento estaba caprichoso, y tan pronto sonaba entre los abetos como rumoreaba al plegar blandamente las hierbas. En el firmamento se recortaban grandes nubes semejando una procesión de fantasmas, que ocultaban a cada momento la luna y llenaban el mundo de oscuridad como por arte mágico.

Thormauby salió de su choza, miró cuidadosamente a su alrededor y se perdió a través de los árboles. Una fuerte y extraordinaria dosis de aguardiente le había restituído el equilibrio. Había salido del Toro Negro con una sensación tal que de haber durado mucho hubiese dado al traste con su proyecto. El estimulante le repuso, fortaleció su dominio y le hostigó a realizar su propósito antes que la tensión de la espera hiciese desaparecer su valor.

Vestía un largo impermeable y calzaba unos gruesos guantes de cuero que acostumbraba a usar cuando andaba entre trapos y que ahora le servirían para no dejar huellas dactilares en la choza. En un bolsillo llevaba un saco de arena hecho por él, y de seguro efecto.

No veía dificultad por ningún lado. Hasta que se encontrase al avaro no se podría investigar, y sólo al final de la eternidad daría el pantano noticias del viejo Dring.

En el lugar donde un roble proyectaba una espesa sombra cruzó la carretera y marchó por el esponjoso césped que bordea el pantano. Roncos sonidos y rumores próximos llegaban hasta él, al mismo tiempo que las aves chillaban y el lodazal parecía tener voz. Después el tono bajo de las voces empezó de nuevo como cercanos cuchicheos de conspiradores. La luna salió de detrás de unos jirones de nube y lució sobre las grises lagunas y las extensiones de lodo, y los grupos de cañas se agitaban caprichosamente, elevando sus delgados tallos al cielo. Estaba alegre, en tanto que una nube cruzaba y ocultaba la luz.

La vista de la cabaña, un borrón oscuro contrastando con el ténue resplandor del pantano, turbó su paz. Metió su mano en el bolsillo y tentó el saco de arena como si con ello encontrase su seguridad. Miedo físico no sentía, pero el recuerdo de la extraña mirada del avaro y de la conversación del Toro Negro pusieron un sudor frío sobre su frente.

¿Qué era la mirada del viejo? ¿Qué podría hacer? ¿Qué podría hacer?, se decía a sí mismo insistentemente. Un impulso, un esfuerzo hacia el pantano y, estaba seguro de ello, la fortuna llegaría a sus manos para hacerle la vida digna de vivirla.

Andando más cuidadosamente,



Un poco más seguro de sí, pasó la puerta...

¡CRISTIANO!...

Tú te llamas cristiano...? ¡Paradoja...!
Dime algo de tu vida que no sea
burla de aquel rabí de Galilea,
creador de una verdad, caliente y roja.

Tú cristiano...? Tal vez... pero maldito
y enfermo es el amor que de ti viene,
Epicuro de un siglo que no tiene
otro altar ni otro dios que su apetito.

Tú el sabio, tú el creador de las verdades,
tú, símbolo civil de las edades,
escriba ante los Hombres-Nazarenos,

calla y no infames lo que en ti se trunca,
porque, oye, la Verdad no estuvo nunca
sino en el labio de los hombres buenos.

FERNANDO LLES.

llegó al jardín de la cabaña, empujó la puerta y escuchó. Todo estaba en silencio. La luna había desaparecido rápidamente, y fuera, sobre el pantano, siniestras luces se movían y huían.

Thormauby tomó del bolsillo del pecho un diamante de vidriero, un trozo de papel oscuro y un poco de melote. Había ensayado esto en un cristal viejo de su choza y estaba seguro de poder cortar el cristal sin ruido. El solo peligro sería que la ventana estuviese chapada. Podía, quizá, librarse de ese riesgo, y por otra parte el viejo dormiría pesadamente.

La ventana de la parte posterior podría ser más conveniente, y la casa le ocultaría de ser visto desde la carretera. Se puso de puntillas y se colgó de la pared. Entonces su corazón pareció detenerse. La puerta de la parte posterior estaba liberamente abierta.

Reprimió un grito y se inclinó; la vista de esa puerta entreabierta le hizo sentir un escalofrío. Alguien le invitaba a pasar y estaba preparado a recibirlo. Por espacio de unos diez minutos estuvo luchando consigo mismo. "Sigue", le decía una voz. "Estás loco, cuando así te asombras. El viejo olvidóse sencillamente de cerrar la puerta. Eso es todo". "Déjate de aventuras —le decía la voz del miedo,—marcha y no quieras buscar la suerte. ¿No comprendes que un avaro no duerme con la puerta abierta?"

Respirando aceleradamente, Thormauby esperó. Entonces la puerta se movió débilmente y la pulsación fué "in crescendo". Aún no se oía rumor alguno en el interior, y nuestro hombre se acercó. "Sólo era el viento — le decía la voz. — El viejo duerme, puedes entrar y deshacerte de él". "Acuérdate que es un avaro", le insistía el miedo.

Thormauby se pasó una mano por la frente, seguía luchando, y aun cuando la superstición no le abandonaba, logró encontrar un repentino y engañoso argumento: "¿Qué podría afectarle el avaro en la oscuridad?"

Rióse de sí mismo con una mueca enfermiza y se decidió. La puerta terminó de abrirse fácilmente. De nuevo la luna se había ocultado, y en el interior de la cabaña todo era oscuridad. Tanteando fué hacia adelante, y sus ojos, acostumbrados a vagar en la oscuridad de la noche, divisaron otra puerta que guiaba a la habitación de en frente. Estaba abierta, y de detrás de ella llegaba el sonido de una pausada y normal respiración.

Cogió el saco de arena, y un salvaje deseo de romper aquel abrumador silencio, arrojarse sobre el viejo y de golpearle sin compasión, le dominó. Un poco más seguro de sí, pasó la puerta sin hacer ruido.

El lecho estaba debajo de la ventana y se bosquejaba en la oscuridad. El avaro dormía tranquilamente medio vuelto hacia la puerta. Thormauby esperó a que su alterado pulso se tranquilizase y se lanzó hacia el lecho, midió la distancia y alzó el saco para golpearle.

Mirando se detuvo, quizá, durante medio segundo. La luna inesperadamente, apareció y envió sus rayos en dirección al lecho. Iluminó la cara del viejo Dring y la vista de éste heló la sangre de Thormauby. El avaro le miraba fijamente, paralizándole con su aterradora mirada.

Thormauby no pudo moverse. Sus cabellos se erizaron. Su respiración, que tanto había procurado no alterar, se aceleró y sintió una opresión en la garganta. Un terror inmenso, frenético, se apoderó de cada encogido nervio.

Después, el hechizo le tomó de nuevo. Ahogó un sollozo y volvió sobre sus pasos; salió de la cabaña y se perdió con paso apurado en la noche, presa de un terror ciego.

En tanto, en la cabaña, el viejo Dring, sokoliento y sin la menor sensación de fatiga, volvió a coger el sueño y soñaba que los fósiles del pantano le ponían a cubierto de cualquier contingencia. La luna hizo una más prolongada ostentación, y de la cara blanca, del ojo de cristal, bajaron unos rayos de plata que iluminaron la cabaña.

La buena presencia es un himno de ambición

Todo impulso de lucha, todo deseo de vencer, de abrirse paso en una actividad determinada, para alcanzar un puesto preeminente en ella, tiene que estar arraigado de tal modo en nosotros que por lejana que veamos su realización, por múltiples que sean las dificultades que encontremos, por infinitos que sean los obstáculos entorpecedores, los allanemos por completo.

El hombre de acción debe estar poseído de que de él, como de un generador, ha de salir la potencia que, alcanzando a los demás, les haga comprender lo dispuesto a vencer que está, lo pertrechado que para la lucha se encuentra y los jalones que ha ido colocando para la consecución de su fin.

Pero para esto necesita tener ambición, esa ambición sana que nos hace, cuando estamos al pie de la montaña, desear la cumbre para desde ella otear la lejanía por donde se pierde la línea del horizonte; esa ambición que no permite estancamientos restadores ni entrar en la vida con un manojo de flores ajadas en la mano, sino que nos hace estudiar nuestras condiciones para que éstas sean la palanca que levante el peso de nuestra posición social; esa ambición que nos hace comprender que no hay más gloria cierta que la del alma que está contenta de sí.

La ambición, el deseo de triunfar sale a flor de piel, se muestra en la gallardía de la persona, en su vigor físico, en la fuerza con que mantiene sus opiniones, en la seguridad que tiene en todas sus empresas, las cuales, tras de gestarlas detenida y reflexivamente, las va desarrollando sin perder terreno ni dejarse alcanzar por otros que al mismo tiempo que él se pusieron en marcha.

Si de antiguo se ha venido preconizando el que cuerpo y alma, espíritu y materia fuesen unidos en sanidad, en los tiempos modernos, en que ciertas teorías han venido a demostrar ese misterioso influjo que el hombre fuerte ejerce sobre los que le rodean, es preciso que el luchador tenga vigor físico, lo cual conseguirá con la confianza en sí mismo, que es el primer factor para el triunfo.

El hombre que sale a luchar sin alientos está vencido de antemano, y no existe derrota más triste que la que uno mismo se proporciona. Aun en las derrotas, si hubo lucha, si se peleó con ímpetu hasta que el agotamiento cercenó todas las energías, puede haber gloria; donde no puede haberla es cuando se abandona el campo apenas se oye el primer disparo, cuando se huye en el momento en que el enemigo se divisa.

Y esta derrota llega de hecho, implacable, si la ambición falta, si el vigor decae, si el cuerpo no es ni siquiera puntal que sostiene el edificio de la energía, sino que es la azada que ha de abrir la fosa donde se sepulten los despojos de una potencia que llegó al ocaso cuando aun estaba lejos de alcanzar el mediodía.

"Querer es poder", se ha dicho, y así es. Para conseguir una cosa hay que desearla apenas nos persuadamos de su conveniencia; ese deseo será el incentivo que nos proporcionará imaginación para procurar su alcance y medios para que éste se logre.

—¿Cómo hiciste tu fortuna? — le preguntaron a un multimillonario americano.

—Fijándome en la primera cosa que contemplé a mi lado.

Así es, en efecto; la primera cualidad del hombre de genio es la de sacar partido de lo más insignificante que a su lado encuentre, en someter a su impulso las fuerzas de que disponga, por pequeñas que éstas sean; en comprender que agrupando potencias es como se consigue la fuerza que los motores desarrollan. Esto, unido a la perseverancia, a la continuidad, ya que el perfeccionamiento es fruto del ensayo y éste, a su vez, lo es del tiempo, le darán el triunfo para que éste sea, a la par que remunerativo para él, provechoso para la Humanidad, que de toda obra grande obtiene una utilidad.

La fuerza física, unida al vigor intelectual, da alegría al luchador y una prestancia de que carecen los que se resignan a bañarse en aguas estancadas sin reparar en los peligros de las emanaciones. Ese mismo vigor le hace ser ambicioso y buscar un mañana de más vitalidad. Por eso, cuando veamos un hombre que erguido, con mirada serena y paso firme, cruza ante nosotros, no dudemos en que lleva dentro de sí un himno de ambición y afirmemos, sin temor a equivocarnos, que en él hay un luchador que si no alcanzó la meta le falta muy poco para llegar hasta ella.

LA MISERIA

La miseria es la tisis social.

No hay nada más fúnebre que el Arlequín de los andrajos.

El origen de todos los males es vivir harapiento y pasar hambre.

Para llevar la desesperación al alma no hay nada tan a propósito como la carencia de pan.

La miseria es el crisol en que el destino arroja al hombre cuando quiere convertirlo en un ser despreciable, o en un semidiós, porque en esas luchas pequeñas se producen muchas acciones grandes.

Al llegar a cierto grado de infelicidad, el pobre, con estupor, no llora ya el mal que siente ni agradece tampoco el pan que recibe.

Así como el frío, con la miseria los cuerpos se contraen y estrechan, pero los corazones se agrandan.

La miseria de un joven no es nunca miserable.

El joven pobre tiene dos riquezas de las que carecen muchos ricos; el trabajo que le hace libre y la inteligencia que le hace digno.

El joven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras: el taco, las carreras de caballos, los dados y todas las demás ocupaciones bajas del alma, a costa de las regiones más altas y delicadas.

VICTOR HUGO.

UN ASUNTO CURIOSO

La fortuna Astor y el oro del capitán Kidd

Partiendo del principio de que, a veces, la historia resulta más extraña que la ficción, el doctor Herbert E. Bolton, presidente del departamento de Historia en la Universidad de California y decano de la Biblioteca Bancroft, de aquella población, ha afirmado, con la autoridad que le presta la circunstancia de estar considerado como uno de los primeros historiadores del mundo, que es completamente inútil buscar el tesoro del capitán Kidd, y ha añadido sin vacilación que en vano se han hecho pesquisas para descubrirlo durante cerca de dos siglos, por la sencilla razón de que, a fines del siglo XVII, fué hallado aquel tesoro que constituyó la base de la actual fortuna de los Astor.

Es creencia general la de que Juan Jacobo Astor había hecho su caudal mediante la venta de pieles de animales que cazaba él mismo, pieles que se destinaban a preservar del frío y a hermosear de paso a las mujeres mimadas por la fortuna. Y hasta se han llegado a narrar por escrito las penalidades sufridas por el bravo y tenaz cazador de animales de codiciadas pieles, al que, según parece, sólo animaba el propósito de acumular riquezas para sus descendientes, cuya opulencia les ha permitido adquirir gran parte de la isla de Manhattan y llevar una vida fastuosa.

Mas he aquí que de pronto se adelanta el doctor Bolton, con nutrida serie de pruebas y una sonrisa irónica para demostrarnos que la fortuna de Astor procede en realidad de cierta arca de roble, guarnecida de hierro y henchida de doblones, piezas de a ocho, vajillas de plata labrada y otros objetos preciosos, todo ello procedente del despojo de buques mercantes holandeses, españoles, franceses y británicos, realizado por el capitán Kidd, que los atacaba con audacia sin límites.

La familia Olmstead tuvo una posesión en Deer Island, en la costa del Maine, y entretenía a sus amigos narrándoles cosas maravillosas encontradas en una cueva de la isla; esta cueva estaba disimulada de tal modo que, exteriormente, presentaba el aspecto de una porción de costa rodeada de musgo y de esa especie de costa que forman los moluscos, las arenas y los despojos que la mar arroja.

Olmstead, interesado, investigó y supo que aquella cueva había pertenecido a un tal Cartier, cazador que siempre tenía su bolsa llena de oro, el cual vaciaba en las tabernas. Un día, Olmstead encontró un papel que decía: "Debe guardarse una reserva absoluta, Jacobo Astor". Entonces fué a Nueva York para ver si entre las notas de las primeras transacciones de los Astor podría encontrar algunos datos, y supo que por el año 1802 tenía aquél depositadas en el Banco de 200 a 600 libras. Sin embargo, poco después, subía de pronto a libras 1.400.000, depositadas a nombre de J. Jacobo Astor. Acompañando a este depósito había una nota que decía: "Monedas de oro francesas y españolas y considerable número de joyas".

Siguiendo sus pesquisas en los Estados Unidos y en Inglaterra, Olmstead comprobó que la suma depositada en el Banco le había sido proporcionada por la venta de "monedas francesas y españolas y joyas", y que Astor había estado en relaciones con Cartier en cuya cueva se encontró el cofre que había contenido las monedas y las joyas. Las joyas, en particular un brazalete que fué robado por el capitán Kidd a Lady Dummore, cuando, a bordo de un barco inglés, pasaba su luna de miel, se encontraron entre las joyas vendidas por Astor en Londres.

Cuando el capitán Kidd fué condenado a la última pena, en Londres, en 1701, por los delitos de piratería y asesinato, mandó a su esposa un papel escrito de su propia mano, en el que puso los números 4 4 2 8 6 6 1 8. Avivada la curiosidad de Olmstead, pudo comprobar un práctico que la cueva se encontraba a los 44 grados y 28 minutos de latitud y a los 66 grados y 18 minutos de longitud. La nota enviada por el capitán Kidd a su esposa indicaba el lugar de la cueva que después encontró el cazador Cartier y que éste vendió a Astor por una cantidad inferior a su valía.

El cofre que contuvo la fortuna lo encontró un miembro de la familia de Astor en poder de un vendedor de juncos, y llevado a la cueva, se comprobó que se ajustaba a las dimensiones del hueco practicado en el suelo de la misma. De este modo—continúa el doctor Bolton, —se encontraba la evidencia histórica de que el origen de la fortuna de los Astor era más extraño y original que la inmensa mayoría de las tramas forjadas por la ficción.

Las leyendas que rodean la figura del capitán Kidd son innumerables, y acerca de sus hazañas corren fantásticos relatos.

Se cuenta que constantemente llevaba a su lado un negro, que era su compañero fiel, y que cuando tuvo que ocultar su tesoro, enterró con él a este negro, para que lo siguiera guardando con el mismo interés que había guardado la persona del capitán. Una noche le sorprendió una tormenta horrorosa, que puso en peligro su vida. El acaso le deparó una granja, en donde le concedieron albergue, y en la cual pasó la noche. Al día siguiente, la granjera notó con asombro que su delantal estaba lleno de monedas de oro, dejadas como recompensa del servicio prestado en aquella noche.

No existe puerto en el Atlántico que no posea su leyenda acerca del capitán Kidd y de su tesoro enterrado, aun cuando la existencia de éste haya sido negada por muchos historiadores. Ahora, las investigaciones del doctor Bolton han arrojado mucha luz sobre el asunto, y sus afirmaciones de que este tesoro silvió de base para la formación de una de las fortunas más cuantiosas de la época actual han causado la mayor sensación en Norte América.

Este descubrimiento ha venido a demostrar una vez más cómo no todo lo que se cree como ficción, fruto tal vez de imaginaciones calenturientas, tiene a veces visos de realidad, caracteres de hecho cierto y determinado y cómo, buceando en la brillantez de ciertas familias que asombran por el esplendor de sus casas y el atuendo de sus personas, se suelen encontrar hechos originarios que no están en razón directa con ese esplendor y que empañan un tanto el brillo de que se hace gala.

Aparte de esto, siempre serán útiles las investigaciones como la llevada a cabo por el doctor Bolton, ya que en ellas se descubren hechos que aparecen rodeados de todas las características con que la fantasía adorna sus producciones y forja esas historias llenas de interés, tan leídas siempre por los que aman el encanto de la aventura y del misterio.

¿Qué sabe usted de esto?

¿SABE USTED que la fruta tiene una finalidad dietética bastante más importante que la de aumentar el placer de comer?

Por este motivo *las frutas deben considerarse como alimento de primera necesidad y no como un manjar de lujo.*

¿SABE USTED que el valor nutritivo del contenido de materias minerales y vitaminas de las frutas sólo ha sido descubierto recientemente?

Por este motivo *mucha gente descuida y desprecia este medio agradable y efectivo de regular las funciones del organismo.*

¿SABE USTED que el hierro que contienen las frutas y legumbres es asimilado rápidamente por el cuerpo humano?

Por este motivo *las frutas y legumbres suministran al organismo una cantidad de hierro mayor de lo que generalmente se supone.*

¿SABE USTED que aun las frutas ácidas producen en la sangre una reacción alcalina y no ácida?

Por este motivo *están equivocadas aquellas personas que creen que la fruta agrava los padecimientos reumáticos.*

¿SABE USTED que la fruta combate la formación de ácido debida a una alimentación muy rica en proteínas?

Por este motivo *la fruta completa perfectamente una dieta a base de mucha carne.*

¿SABE USTED que la fruta estimula el apetito, aumenta la secreción de los jugos digestivos, y ayuda a los intestinos y riñones en su función de eliminación?

Por este motivo *es mejor gastar dinero en frutas que en tónicos y píldoras.*

¿SABE USTED que el zumo de naranja se digiere fácilmente, tiene un elevado valor nutritivo y es un laxante suave?

Por este motivo *el zumo de naranja puede darse sin temor a los niños muy jóvenes.*

¿SABE USTED que frutas tales como los higos, dátiles, ciruelas y pasas contienen gran proporción de azúcar y otras substancias de alto valor nutritivo?

Por este motivo *resultan mejor que los caramelos para satisfacer los deseos de comer cosas dulces que sienten los niños.*

¿SABE USTED que las frutas expuestas al polvo de las calles y a las moscas se cubren de microbios?

Por este motivo *la fruta debe lavarse muy bien antes de comerla.*

Deportes de invierno

En los deportes de invierno, que tanto gusta practicar, no se busca sólo el encanto natural de los parajes nevados, cuyas altas pendientes incitan al deslizamiento, sino que se quiere gozar también del vértigo de las velocidades y adaptar a ellos las fuerzas de tracción empleadas en otros medios de locomoción.

Recientemente, en el lago Meccegel, de Alemania, se ensayó, con éxito, una especie de trineo con vela, que proporcionó a sus ocupantes momentos de placer que fueron gustados después por otros excursionistas, deseosos, como aquéllos, de experimentar las sensaciones que el nuevo trineo proporciona a los que en él atraviesan por entre el hielo.

De propagarse esta curiosa embarcación velera sobre el hielo, veremos convertirse las laderas y las llanuras heladas en mares surcados por estos aparatos, que se deslizarán raudos, viento en popa, a toda vela.

PERROS FALDEROS

Por Mauricio Vaucaire

Al matrimonio Carpin le ha causado un gran dispusto el proyecto de impuesto sobre los perros.

—¡Nunca pagaré cien francos anuales por tus dos chuchos! — ha dicho el señor Carpin a su mujer.

—Pues nos iremos a vivir a una ciudad de menos de veinte mil habitantes, donde el impuesto será menor — le ha contestado ella mirando a *Marqués* y a *Miss*, un fox ventrudo y una galguilla flaca, a la que crió con biberón y agua de Vals, y mima hasta lo inconcebible, a falta de hijos que la Naturaleza no se ha dignado concederle.

Ellos son sus hijos y les habla como una madre.

—¿Quién quiere a los chiquirritines de su mamá?

El señor Carpin se encoge de hombros y la mira con ojos de lástima.

—¡Estás loca! ¡Estás loca!

El hijo mayor, *Marqués*, sigue un régimen contra la obesidad, enfermedad producida por una hipertrofia del hígado; la hija menor, *Miss*, padece enteritis y miopía y hay que tirar de ella y cogerla en brazos para atravesar las calles.

Hermano y hermana viven humanamente, tienen sastre y médico, cuyas facturas trimestrales ponen fuera de sí al señor Carpin.

—¡Es idiota gastar así el dinero! No somos millonarios.

—Más caros nos costarían — dice ella — los colegios y las clases de adorno.

Y como los dos perros tienen frío y se dirigen, el rabo entre las piernas, a su cesto adornado con cintas, la señora Carpin añade:

—¡No seas cruel! ¡No les hagas padecer! ¡Pobrecillos! ¿Crees que no te oyen?

—¡Eres una loca!

—¡Sí, sí, loca! Son verdaderas personas y saben quién los quiere y quién no.

Estas escenas se repiten a diario, y después de ellas el señor Carpin cree que el caso es para llegar hasta el crimen. Y piensa en la morcilla, en la asfixia, en paseos por el borde de precipicios.

—Preferiría — dice a veces a su mujer — adoptar a una criatura de la Inclusa. Eso sería más humano y más lógico.

—No creas tal cosa. ¿Para qué sacrificarse por ingratos habiendo estos animalitos tan agradecidos...?

—¡Basta! Las mujeres como tú debían ser denunciadas. Si al menos los perros objetos de tus mimos fueran perros policías, destinados a prestar servicios al hombre... Pero tu *Miss* y tu *Marqués* son unos animales inútiles, inmundos y ridículos.

—Les tienes rabia porque no te quieren. ¿Cómo van a quererte?

Llamaron a la puerta. Los dos perros saltaron del cesto y empezaron a ladrar desaforadamente. El señor Carpin optó por retirarse a su despacho.




Arrellenado en su sillón, releyó en el periódico que el impuesto sobre los perros había sido casi decuplicado, y decidió acabar con aquellos dos intrusos protegidos de su mujer. ¿Cómo?

—Los llevaremos a Fontainebleau y ya veremos el medio de que se pierdan en el bosque.

La señora de Carpin acogió entusiasmada la idea de una excursión a aquellos lugares tan pintorescos, y, como es natural, exigió que irían en compañía de los animalitos.

—Si no vienen con nosotros — dijo a su marido, — prefiero no salir.

—Los llevaremos, descuida.

—¿Ves como cuando quieres eres galante?

Como vivían en la calle de Julio César se encaminaron a pie a la estación y tomaron el tren de las once y media, que debía llegar a Fontainebleau a la una.

La subida de los perros al vagón no fué empresa fácil. *Marqués* saltaba en vano intentando alcanzar el estribo; se lanzaba hacia arriba, pero caía pesadamente al suelo. *Miss* temblaba como azogada, no se sabe si de temor o de alegría.

El señor Carpin asió por el pescuezo al fox-vejiga, que lanzó un grito desgarrador, y lo colocó sobre el asiento.

La señora Carpin cogió a la galguilla, como si cogiera una flor, y la estrechó contra su pecho.

Por el camino les enseñaba a sus *hijitos* el paisaje a través del cristal de la portezuela.

Al bajar del tren se le enganchó la falda de seda en un clavo y se hizo un gran siete.

—Me comprarás otra, puesto que la idea del viaje ha sido tuya.

En el restaurante la excelente madre encargó al *maitre d'hotel* un jigote de hígado de ternera y arroz muy cocido.

Luego ambos esposos hablaron de historia y de pintura.

—Era aquí, en Fontainebleau, donde Francisco I les echaba de comer a las carpas y fué también aquí donde Napoleón I se vino a vivir con María Luisa, ¿verdad? En este hermoso bosque pintó Millet el *Angelus*, ¿no?

—Yo conozco el sitio; cerca de Darlizon.

La señora Carpin tuvo una ocurrencia pueril.

—Se lo enseñaremos a los pequeños.

. . . .

—¿Seis francos por el jigote de los chuchos?

El *maitre d'hotel* dijo:

—El almuerzo es a las doce. A esa hora sólo se cobran cincuenta céntimos por cada cubierto de perro; pero como ustedes han llegado a la una y cuarto, los perros han tenido que comer a la carta.

El desnaturalizado padre calculó que, por ahorrarse el próximo impuesto de cien francos, se había ya gastado trescientos cincuenta, importe de la falda rota, los cuatro billetes de ferrocarril y los cuatro almuerzos.

. . . .

Al día siguiente, multitud de cartelitos pegados en las paredes de Fontainebleau, ofrecían trescientos francos de recompensa a la persona que encontrara y devolviera a *Miss* y a *Marqués*.

Y los encontraron y los devolvieron.

PENSANDO

En arte, lo moral y lo inmoral son simplemente palabras.

* * *

La maldad, el amor y la muerte son bellos porque son padres del dolor humano; él, únicamente, es quien nos ennoblece.

* * *

Sin pesar lo digo: Los problemas sofísticos me han hecho abrir tanto los ojos que apresuradamente he tenido que cerrarlos.

* * *

Pensar es una tarea muy peligrosa; la menor palabra echa a perder nuestro trabajo.

* * *

Con algún argumento vulgar y viejo, sorprender conmoviéndonos; tal, el milagro del genio.

* * *

Amar la vida es amarse a sí mismo, odiarla es odiar a los demás.

* * *

Aquel que nunca duda, nunca piensa.

* * *

Uno dijo: ¡He gozado tanto!...
y otro: ¡He sufrido tanto!...
y yo, parodiendo el pensamiento de un gran contemporáneo: ¡Habéis vivido igual!...

CARLOS MARIA PODESTA.

El cultivo y valor comercial de la menta

Esta planta aromática, perteneciente a la familia de las labiadas, tiene numerosas aplicaciones en farmacia, confitería y licorería. La parte aprovechable son los tallos y hojas, que contienen esencia que le da perfume y un gusto picante fresco característico. Estos órganos de la planta son los que la industria utiliza para la obtención de la esencia de la menta.

Existen muchas especies de menta, entre ellas la hierbabuena común, *mentha sativa*, tan conocida y corrientemente utilizada en los usos culinarios, la silvestre, la acuática, la *polegium*, y, en fin, la pipe rita. De todas estas, solamente se cultiva en pequeña escala la hierbabuena, como condimento, y la piperita, para la extracción de esencia. La menta *polegium* se produce espontáneamente en los terrenos húmedos, a orillas de los ríos, en muchos países, especialmente en Argelia, donde se recoge para extraer una esencia de calidad inferior, que se vende a bajo precio. El rendimiento en esencia de esta especie de menta oscila alrededor de 750 gramos por cada 1.000 kilos de tallos y hojas sometidos a la destilación.

Verdadero cultivo puede decirse que no se hace más que de la menta piperita, llamada también menta inglesa, porque es procedente de aquel país, y menta apimentada, por la sensación de picor intenso que produce en la lengua.

Se puede cultivar en todos los climas que no sean excesivamente fríos, en terrenos frescos, de fondo y regables. Las vegas son a propósito para el cultivo de la menta. Es una planta de raíz vivaz, fibrosa, larga y rastrera. Los tallos son numerosos, ligeramente puquescentes y alcanzan una altura de 40 a 60 centímetros. La multiplicación se hace esquejando la planta de un año y haciendo la plantación en otoño o a principios de primavera, a distancia de 25 a 30 centímetros de planta a planta y 35 centímetros de línea a línea. El máximo de producción se obtiene al tercer año, y las plantaciones deben renovarse cada cinco años. Sin embargo, en Argelia las plantaciones se hacen todos los años y se obtienen en esta forma muy buenos rendimientos. Las labores que deben darse durante el curso de la vegetación son dos o más escardas, las necesarias para que un terreno esté completamente limpio de plantas extrañas: algún realce y los riegos necesarios, según el clima y la naturaleza del terreno para sostener la vegetación frondosa.






LA MEJOR POESIA

Por Enrique S. Migliorelli

Jorge Alberto del Mármol era escritor y poeta. En plena juventud, cuando otros aun no dan los primeros pasos, él había logrado la gloria. Empezaba por donde algunos acaban. Tenía la "madera" de los grandes hombres, según le dijo una vez un catedrático, enamorado, sin duda, de las felices disposiciones del estudiante.

Avido siempre de conquistar laureles; envidioso, con envidia santa, de los azores que vuelan alto, encendió en su alma la codicia del saber, y, poniendo en estos pensamientos una vehemencia impropia de su edad, quiso emular a aquellos clarísimos varones que hablan del amor, de la verdad y la belleza. Y, a fuerza de estudio reposado, de paciencia y religiosa atención, logró su intento, y fué doctor en filosofía y letras antes de ser mayor de edad, pudiendo, por cierto, ostentar con orgullo su título debido al ancho caudal de su talento.

Y al transformarse en hombre, como premio a su vida austera, recogida y grave, contrajo enlace con una jovencita más fresca que una rosa, que le amaba con ingenua devoción.

El amor, que suele convertirse en una dulce amistad al caer en el prosaísmo de la vida conyugal, no se había desnudado de sus galas, encantos y misterios al presentarse ante aquellos jóvenes desposado. Llevaban ya varios años de matrimonio y vivían en perpetua luna de miel. Se trataban como dos novios. Jorge Alberto, galante siempre con su mujer; Irene, así se llamaba ella, siempre afectuosa con su marido.

El amaba a su mujercita con toda la poesía, con toda la ternura que cobijaba su espíritu noble. Ponía en aquella vida cariñosa y tranquila el ardor místico que era la levadura de su alma, y lentamente su Irene fué lo que es para el fiel la imagen en el templo.

Ella, por su parte, si no excedía en amor a su esposo, respondía en todo al que él le prodigaba. Su almita frágil y temblorosa como un beso, llena de rubor y de lágrimas, su innata dulzura, su calor de piedad y abnegación, illminaban aquel hogar lleno de paz, como luz del crepúsculo en un remanso...

Aquel cariño nunca entibiado, aquel mutuo deseo de agradarse, aquel encuentro de las miradas pensativas, aquella unión espiritual, podría tener su símbolo en las tórtolas que se arrullan ternezas.

Tras mucho leer y mucho cavilar durante el día, todavía érale dulce a Jorge Alberto estudiar o escribir un par de horas antes de acostarse. Y esa noche, siguiendo tal costumbre, se encontraba en su escritorio, sentado en ancho sillón, con el codo sobre la mesa y la cabeza apoyada en la palma de la mano, tratando de descifrar complicados asuntos, que de puro sutiles se evaporaban.

Su esposa, por lo general, solía irse a dormir o se quedaba cosiendo o entretenida en otros menesteres. Pero aquella noche, impulsada tal vez por la belleza del plenilunio, se sentó al piano y sus dedos ágiles tocaron un vals lento, suave, indeciso, cuyos sones delicados como un rozar de holandas y de sedas, se perdían en la calma del ambiente. Luego se acercó al ancho ventanal que daba sobre el río, y, desde el gran balcón, observó el deleitoso paisaje.

Todo era vaporoso como una alborada. La arena menudísima de la playa era como mullido tapiz para breves pies de mujer. Las aguas estaban tranquilas; el río sereno semejaba un espejo, un cristal. Las olas, en la orilla, se rompían blandamente, con dejos de suspiro y barcarola. La luna abriendo su abanico, desparramaba su luz, y hería las velas de las navecillas de los pescadores que parecían teñidas con ámbar; y algunas estrellas, lejanas, tititlaban inmensamente, como manos sembradoras.

A poco apareció en la estancia Jorge Alberto. Ella, al verlo entrar, corrió hacia él con los lindos y blancos brazos abiertos, y mientras se ocultaba, como un ave friolenta, en el regazo de su amado, le dijo con una voz que era un gorjeo de ruiseñor: —Mira, mira, qué bella inundación lunar; mira qué expresión de misterio que tiene todo el paisaje. ¡Qué noche para un idilio!

El, en tanto, ceñida su amada, acariciábala tiernamente.

Irene le miraba embelesada, con sus ojos azules, y después, temblando bajo una copiosa lluvia de besos, le preguntó, dando un suspiro:

—¿Por qué no me haces una poesía, niño mío? Te pasas las horas muertas escribiendo y nunca te acuerdas de tu mujercita. Eres un poco malito, ¿eh?, — agregó mimosamente.

Jorge Alberto quedó pensativo, y luego la respondió:

—Ya que me lo exiges, te diré la verdad: Muchas veces quise escribir algo para ti, todo para ti, pero otras tantas he fracasado. Eres tan buena, tan pura, tan hermosa, que no encuentro paalabras en el lenguaje de los hombres. ¡Cómo revelar la nobleza de tu espíritu! Además, ¿por qué no confesarlo?, esa balumba de escritos es supina ignorancia, vanidad de vanidades. Y mira — continuó — para que no te quejes y no me llames "malito" te obsequiaré con la mejor poesía que puedo componer.

Y diciendo así, estampó sobre la frente de su adorada Irene un beso largo, un beso de paz...

Notas sobre electricidad

Nueva York, París, Berlín y Londres, tal es el orden de importancia de estas cuatro metrópolis, en lo tocante al consumo de electricidad por habitante. En Londres existen 85 centrales de electricidad, cuya capacidad total es de 900.000 caballos, y en Nueva York, siete, y su capacidad total es de 1.190.000 caballos.

* * *

En una gran fábrica de tejidos en Danville, de Virginia (EE. UU.) se ha instalado recientemente un nuevo e ingenioso interruptor, el cual para a la vez los 10.000 motores de los talleres de aquella fábrica, lo que representa una ganancia de media hora cada día de trabajo.

* * *

Mac Millan, el conocido explorador del Artico, refiere que los esquimales de Etah se abismaron cuando vieron que la luz del sol salía de una pequeña ampolla de metal, o lámpara de incandescencia. No podían comprender cómo podía venir por un alambre macizo, ni cómo se producía la luz. No obstante, dice el explorador, la sorpresa de los esquimales al ver la luz eléctrica fué poca en comparación con el efecto que les produjo el aparato radiotelefónico que llevó consigo durante el invierno de 1923 a 1924. Dice también que sería difícil imaginar el gozo que les proporcionó el aparato radiotelefónico allá en las soledades de las tierras próximas al Polo Norte, vastas tierras del silencio, cuando bailaban con la música de orquestas de Chicago y varias otras ciudades norteamericanas.

* * *

El comité de dirección de la "Union des Syndicats d'Electricité", de Francia, ha adoptado, desde el mes de junio de 1925, una especie de reglamento o conjunto de reglas a que debe someterse la clasificación, construcción, ensayo y aplicación de los diferentes aparatos que se emplean en las instalaciones para una corriente máxima de 20 amperios, que consideramos muy interesante para cuantos se dedican a la industria eléctrica, y especialmente para los constructores de pequeño material eléctrico, a los que será muy útil la consulta de dicho documento, que hallarán íntegro en la citada revista, y cuya extensión nos impide reproducirlo.

* * *

Según electricistas que han estado experimentando con rayos artificiales, el rayo es un cumplido caballero, incapaz de acometer a un hombre cuando está caído. Los experimentos realizados con dos millones de voltios de electricidad demostraron que, mientras que a un hombre, de pie, directamente debajo de una nube cargada, es probable que le caigan cincuenta rayos de cien, a un hombre tendido en la tierra sólo le pegaría uno de cada cien que cayeran. Así, pues, lector, si te hallas al aire libre en una fuerte tormenta, tiéndete en el suelo.

* * *

Hay un nuevo invento, consistente en un micrófono de gran poder, calculado especialmente, y un par de auriculares como los empleados en aparatos radiotelefónicos, que es tan sensible al sonido, que con él se puede oír un gusano en el corazón de una manzana. Es de esperar que esta nueva invención resulte ser de alguna utilidad para determinar el estado de distintas frutas en cultivo especial.

* * *

No obstante que el teléfono está muy generalizado y que la manera de usarlo es, más o menos, la misma en todas partes, a veces da motivo a prácticas peculiares, según las costumbres y circunstancias de cada país. En Abisinia, uno escribe lo que se quiere transmitir, que así se convierte en un telefonema, y se entrega al operario, que grita el despacho en el receptor, sin permitir que nadie más use el instrumento.

En algún país se prefieren como operarias a las viudas con numerosa familia, cuando se puede instalar la central telefónica en su casa, ya que la utilización de los chicos como mensajeros aminora los gastos.

En Rusia se falta a la ley y se llama a la operaria de otra manera que *camarada* o *ciudadana*.

EL SUEÑO Y LA SALUD

El Instituto de Investigaciones Científicas de Pitsburgo acaba de publicar los resultados de un estudio que había comenzado hace algunos meses acerca del sueño.

He aquí el resumen final de dicho trabajo:

"Un sueño demasiado prolongado no repara el organismo más que un sueño normal.

El sueño normal debe ser de siete a ocho horas como máximo.

Muchos individuos sólo necesitan cinco horas de reposo completo.

El que duerme mucho, salvo casos especiales de anemia, convalecencia, de neurastenia, etc., pierde poco a poco sus facultades intelectivas. Por otra parte, su cuerpo carece de agilidad, se inunda de grasa y es víctima de todos los males del artritismo.

Los que trabajan de noche y duermen de día, aunque estén muchas horas en la cama durmiendo, no descansan realmente ni la mitad de los que hacen una vida normal.

El ideal sería que el ser humano se acostara y se levantara con el sol; pero ya que la vida moderna hace esto casi imposible, se debe procurar estar acostado lo más tarde a las once de la noche."

Cómo viven y cómo mueren los pieles rojas

I

En los estados de Kuha Follona y Cengrela, vecinos al de Semory, se encuentra la tribu de los senoufus, que tiene ritos y costumbres extrañas, alguna de las cuales vamos a narrar.

Nada más curioso que un entierro. Cuando ocurre un fallecimiento, el pueblo y sus alrededores están de fiesta. Se hacen disparos de fusil para festejar el acontecimiento. Se bebe cerveza de mijo en abundancia, y todos los músicos de la tribu van a casa del muerto a prestar su concurso, para tratar por medio de sus melorías de hacer olvidar a sus deudos la pena que les causa la pérdida de un miembro de la familia.

A veces estos festejos duran cuatro o cinco días. Cuando la descomposición del cadáver está tan avanzada que hace intolerable su presencia en su hogar, se decide efectuar el sepelio. Para esto el cuerpo es envuelto en una tela blanca y llevado en una camilla, conducida por varios jóvenes, hacia el sitio en que se ha elegido para sepultarlo.

Apenas llegado allí, es depositado en tierra, y la multitud que ha venido tras él en corporación organiza toda una verdadera orgía a su alrededor. Empiezan con cantos que interrumpen de rato en rato para beber sendos tragos de cerveza en honor del muerto, y por su salud espiritual en el otro mundo.

Al lado del sitio en que le han de enterrar colocan garrafas con bebidas, numerosas frutas y pan en abundancia, a fin de que no le falte el alimento al entrar en la otra vida.

Todos los miembros de la familia vienen sucesivamente a sentarse a sus pies, y le dirigen una pequeña alocución que es una despedida. Le manifiestan su descontento al verse así abandonados por él, y después de un momento de oración, se levantan golpeando las manos y diciendo que es tiempo que su pena termine, y de que cesen de lamentar la partida de un ingrato que se aleja de ellos para ir a gozar de las alegrías de la dicha celestial.

Cuando el último de los deudos ha terminado su amonestación, los músicos llenan el aire con ruidos endiablados de sus extraños instrumentos. Las danzas comienzan. Son bailes furiosos, desenfrenados, que duran todo el resto del día en medio de la algarabía más infernal. Las mujeres, vestidas con una larga camisa flotante, saltan y cantan al ritmo de la música, agitando los brazos y levantando en alto su mano izquierda, en la que tienen una cola de vaca, con la que pretenden que arrojan de allí los malos espíritus que pueden haberse acercado con el fin de turbar la tranquilidad del sueño del muerto.

Con este mismo objeto, en el lugar elegido para tumba se enciende una hoguera, que es alimentada durante muchas horas con trozos de maderas aromáticas.

Al llegar la noche, el deudo más cercano se acerca al difunto, y con una cuchara de madera tallada, que existe en cada casa, y que como reliquia sagrada se transmite de generación en generación, le arroja sobre el rostro un poco de aguardiente, otro de agua y finalmente un puñado de arena, simbolizando con esto que ya ha llegado el momento en que debe ser entregado nuevamente a la madre tierra de la que ha salido.

Se cava un ancho foso y allí se le arroja bruscamente. Cada uno de sus parientes y de sus amigos echa sobre el cuerpo una paletada de tierra.

Una vez terminado esto, nuevamente se organizan los festejos.

Tan sólo cuando la luz de la madrugada ilumina el firmamento, se termina la bacanal, y cada cual se dirige a su casa, a reanudar sus tareas.

II

Formada por una armazón de madera, revestida con ramas de sauce entrelazadas, y cubiertas en su parte superior por una capa de arcilla y de arena de uno o dos pies de espesor, la choza, en la cual los últimos pieles rojas pasan gran parte de su vida sumidos en una pereza y en una quietud vecina al embotamiento, presenta un extraño aspecto, que la hace semejante más bien a un palomar que a toda otra vivienda humana.

Generalmente es bastante grande para poder albergar a toda una familia numerosa y a sus perros, no menos numerosos.

Estas humildes habitaciones se encuentran aún, aunque raramente, en algunas regiones de Norte América, sobre todo en las cercanas a los grandes lagos y a las montañas rocosas.

Fetiches hechos de diversas maderas las rodean o simplemente están plantados sobre su techo a guisa de dioses protectores del hogar. A veces es una cabeza humana groseramente bosquejada en madera y colocada al extremo de una percha; otras, una imitación del cuerpo, no menos rudimentaria, y cubierta de harapos que el viento se encarga de desgarrar. Estos ídolos primitivos son de parte del piel roja objeto de una veneración muy profunda y de un culto fervoroso. Las ceremonias de este culto son muy variadas y curiosas, aunque en el fondo sean de una gran sencillez, como casi todos los hábitos del piel roja, que en general tiene horror a todo lo que presente complicaciones o que exija una atención muy concentrada.

La ceremonia del matrimonio entre ellos no puede ser más simple. Cuando un joven desea casarse, va a atar su caballo delante de la morada de la elegida de su corazón. Si ésta lo acepta desata el caballo, lo lleva al abrevadero, le da de comer y luego lo conduce hasta la choza del pretendiente. Y esto es todo. Pero al lado de este cuadro tan lleno de sencillez patriarcal, tan luminoso, tan prometedor de una dicha tranquila, ¡qué de sombras hay, en realidad, para la joven que va a convertirse en esposa!

Lamentables existencias femeninas se deslizan bajo la choza del piel roja. Sombríos dramas se desarrollan en ella muchas veces. En ese rincón, la mujer, generalmente poco agraciada, pequeña, de rostro aplastado, de piernas arqueadas, no es más que una miserable, tratada como esclava por su señor y marido. Durante todo el día trabaja para él, cuidando su caballo, removiendo la tierra, cortando leña, yendo a buscar agua a los arroyos vecinos y curtiendo las pieles de las bestias que él caza o que compra a otros pieles rojas para revenderlas en el mercado cercano.

Y es también ella la que los lleva, sobre sus espaldas, hasta este mercado, y que trae los objetos obtenidos en cambio y el aguardiente que su amo beberá hasta embriagarse. En cuanto a él, no abandona su caballo, en el que hace sus correrías por los alrededores, más que para descender en la taberna vecina a beber los licores fuertes que son su delicia, y para adquirir en los almacenes los ocres y albayaldes con que gusta pintarse el rostro. Y cuando ha bebido, este amo tan duro se enfurece contra su mitad, la golpea brutalmente y la condena a pasar la noche al raso, a pesar del frío, del viento o de la lluvia. Todas las violencias le están permitidas. Agriado su carácter por su suerte, no pudiendo dedicarse a la guerra, ni gozar de las represalias sangrientas que serían un alimento para sus apetitos de hombre primitivo, ejerce su crueldad sobre aquellos que lo rodean.

Cuando la miseria reina en el hogar del piel roja, éste la conjura vendiendo una de sus hijas mujeres, en edad de matrimonio, a alguno de sus vecinos más ricos que él, que le da en cambio algunos dólares y en su defecto un caballo, un perro o un carnero.

Jamás puede esperar ni la más mínima protección desinteresada de sus hermanos de tribu, por más que gocen de relativa opulencia. El piel roja no tiene ni la más mínima noción de caridad ni de compasión por los infortunios ajenos.

Patología

—Ahora dígame, — dijo el profesor a Andrés, — ¿a qué clase de enfermedad pertenece el insomnio?

—A las contagiosas, — contestó sin vacilar aquél.

—Hombre, hombre, — replicó el profesor, — es la primera noticia que tengo. ¿Quiere decirme, dónde aprendió eso?

—De mi experiencia, dijo el estudiante tranquilamente. — Cuando el perro de mi vecino no duerme, yo tampoco puedo dormir.

Doble personalidad

—¡Qué lástima de hombre!... No hace más que beber; ¿usted sabe por qué toma dos botellas cada mañana?...

—Lo hace, porque cuando toma una se convierte en un hombre diferente.

—¿Entonces la otra?...

—Será para el otro hombre.



OLOR A PETRÓLEO

Por Cruz Gómez

Aditardo y Froilán eran viejos amigos: conste que he dicho "eran". Ambos viven aún y, no obstante el ser sesentones, gozan de buena salud. De joven, el primero ambicionó ser un personaje espectable del mundo oficial, y logró su propósito, porque actualmente desempeña funciones públicas de importancia en algún ministerio. Más modesto el segundo se limitaba a desear riquezas. Trabajó en tareas de campo durante toda la época de sus actividades, no habiendo pasado su sueldo de doscientos pesos mensuales en su mayor encumbramiento,— en el que llegó a ser mayordomo de una estancia, y — misterios de la ganadería — ahorrando, ahorrando, pudo retirarse a vivir de rentas, dueño de dos leguas de campo, de cuyo arrendamiento le sobraba dinero para colocarlo a interés.

Aditardo es hombre elegante y fino de trato, como cuadra serlo a cualquier alto funcionario de la administración nacional. Cuando viste frac, usa monóculo: da este vidrio sobre un ojo, aire distinguido, como de diplomático. Algo se aprende viendo poner en escena "La viuda alegre", o "La princesa de los dólares".

Froilán es su tipo opuesto, física y espiritualmente. Panzón, de piernas cortas, y estevadas, con rasgos fisonómicos de aborigen tehuelche, y el color del rostro y manos — único que le conocemos de vista — entre café con leche y chocolate. Vive teniendo siempre los pelos de punta, sin haber experimentado jamás miedo, horror a nada: continúa tranquilo y alegre, pero su selva capilar por recortada que esté permanece indomable.

Se estimaban recípr ocamente y Aditardo se mostraba receloso de encontrarse en público con su amigo: ¡era tan rústico!

Aquella tarde, por casualidad, llegaron a la misma hora y minutos a la estación del subterráneo Primera Junta, de Caballito a Plaza de Mayo. Cuando Froilán vió a su compañero de la infancia Aditardo, no pudo contener su alegría explosiva, y observando su "boutonier" del jacquet cuajado de flores, exclamó:

—¿Pande vas, hermano, tan empilchao?... ¿También brota flores la tapera?

Apresuróse Aditardo a decirle sotto - voce, mientras le estrechaba la mano:

—No grites... todos los pasajeros te miran y se ríen.

—Güeno... hablaré despacito... No l'hice pa molestarte... ya sabés como soi de paisano... Siempre m'olvido de qui ando entre gente y en la ciudá.

—Bien, no hablemos de esto... ¿A dónde vas?

—¿Quién?... ¿Yo?... al Banco... ¿Y vos?

—A mi oficina.

—¡Pucha!... ¡Cómo son los puebleros de madrugadores pa dir al trabajo!... ¡Es l'áuna!... ¡Qué vidurria!

—Hoy me retrasé por culpa de mi mujer; la acompañé al centro; fué de compras.

—Güeno... ¿y de salú, cómo te va?... Te noto medio charcón, y con cara de priocupao.

—Es verdad: tengo una gran preocupación, y pienso que nadie mejor que tú, mi amigo desde la niñez, para una consulta. Me ocurre algo tan importante, que podría convertirme de funcionario a sueldo en multimillonario, si no fallan mis esperanzas... Tú eres la persona indicada para confiarle mi secreto.

Don Froilán abrió desmesuradamente la boca y los ojos.

—Largá el royo, hermano, que t'escucho — dijo.

—Ahí va... Creo que en mi terreno existe petróleo en abundancia, y que está muy cerca de la superficie... Bastarían unas insignificantes perforaciones para que surgiera.

—¡Petrólio nel barrio de Flores!... ¡No mi hagás réir que tengo el labio partido!

—Pues como lo oyes. Yo tampoco lo creería si me lo contasen; sin embargo, estoy convencido de su existencia. Hace tiempo que, al acostarme, aspiro el olor a petróleo en mi dormitorio, a pesar de que mi mujer quema tanto benjuí para perfumar el ambiente. Creo que ella tiene la nariz tapada, porque nunca me dice nada. He guardado el secreto, y nadie lo conoce; pero no tardará en saberse, porque voy a iniciar los trabajos de exploración en el terreno... Necesito un hombre honrado y entendido... ¿No sabes de alguno?

—¿Por qué no echás mano de tu chafer?... ese francesito güen mozo, con laya de campión de sopapos.

—No aceptaría... es muy pretencioso.

Don Froilán meditó durante un minuto, pellizcando su nariz, a fin de que brotara luz en su cerebro, y dijo:

—Tengo que mascullar bien tu asunto... mirá: no hablés dél a naides, y esperáme mañana en tu casa, q'iré a darte mi opinión.

Y a este respecto, de acuerdo, se despidieron.

Al regresar del Banco, Froilán, siempre por la vía del subte, descendió en Caballito y encaminó sus pasos a la casa de Aditardo, sabiendo que en las tardes de buen sol la señora se iba a Palermo, y ese día era espléndido. Metióse de rondón en la cocina, conducta para la cual se sentía autorizado, desde que allí le recibían siempre, para que "yerbease" a su gusto, con gran satisfacción suya y de la mulata cocinera, porque nunca se retiraba sin dejarle un peso para caramelos. Esta vez, cuando le sirvió el primer "cimarrón", puso un "papel de a diez" sobre la mesa de la cocina, diciendo:



Una comisión de expertos descubre, al fin, lo que hacen las lavanderas y planchadoras con las camisas.

—Pa un par de medias de seda, Panchita.

Y a Panchita se le 'hinchó la trompa" de contenta.

Durante largo rato charlaron y rieron, y cuando se despidió, Froilán marchó a pie muchas cuadras, hablando en voz alta consigo mismo, gesticulando, rascándose la nuca o abanicándose con su sombrero.

—Mirá Froilán, — se decía — no te metás en asuntos de minas... vos no vas nada en la parada... Mejor será que l'escribas a Aditardo, y no pisés su casa.

Y al día siguiente faltó a la cita, pero escribió esta esquela a su amigo:

—"Hermano": ya no hacen falta las perforaciones en tu terreno; están hechas. Colgále la gayeta a tu chafer por sinvergüensa, y poné a asoliar los colchones y quiyangos de tu cuja matrimonial, y decile a tu mujer qu'es al ñudo en menjuí, y vos acordate de que el hombre vivo no ha de confundir gordura con inchasón, ni la nasta con el petrólio. Tuyo, Froilán".

Y desde entonces, rara vez se encuentran, y si esto sucede, no se miran para no verse, los viejos amigos Aditardo y Froilán.

El año bisiesto

El año 15 antes de Jesucristo, Julio César, deseando reformar el calendario, en su calidad de soberano pontífice, consultó cuidadosamente a los astrónomos.

Después que hubo tomado de ellos suficientes datos, adoptó el año de trescientos sesenta y cinco días y seis horas que propusieron Calippe de Cizica y Aristarco de Samos.

Hizo los meses de treinta y de treinta y un días, tales como existen aún; pero como quiera que contando seis horas sobrantes, que representan la cuarta parte del día, el año civil hubiera estado en retardo con relación al año astronómico, decidió que cada cuatro años se agregara, el 24 de febrero, un día a los trescientos sesenta y cinco del año ordinario.

Ahora bien, según el modo de contar de los romanos, el 24 de febrero era el sexto día antes de las calendas de marzo; a consecuencia de ello, al día a intercalar se le dió el nombre de *bis sexto calendas*, y de ahí que el año de trescientos sesenta y seis días haya tomado a su vez la denominación de bisiesto, lo cual significa, literalmente, bis-sexto.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — **Buenos Aires**

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 438, B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital		En el Interior		En el exterior	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.00	Trimestre $ oro	2.00
Semestre	„ 5.00	Semestre	„ 6.00	Semestre „ „	4.00
Año	„ 9.00	Año	„ 11.00	Año „ „	8.00
N.° suelto	20 cts.	N.° suelto	25 cts.		
N.° atrasado	40 „	N.° atrasado	50 „		

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los repórters, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

		En cuero	En tela
Encuadernación en formato grande	cada tomo	$ 12.—	3.70
„ „ „ chico	„ „	„ 8.—	3.—
Tapas sueltas „ „ grande	„ „	„ 9.—	2.—
„ „ „ „ chico	„ „	„ 6.—	1.50

Arboles que proveen de todo cuanto es preciso para la vida

Quizás el más sorprendente de todos los árboles es la palmera, la cual florece, como es sabido, con profusión en los países cálidos. Un natural de éstos puede obtener de una palmera todo aquello que necesita para la vida.

El coco provee de alimento y de agua: ésta más tarde se convierte en leche dulce y sabrosa.

Del tronco del árbol, el indígena obtiene madera para construir su casa y sus muebles, siendo un admirable material para las conexiones las anchas y fuertes hojas de la palmera.

Las esteras y las perchas se hacen de las fibras. Sus botes-barcazas son también de madera y fibra.

Aparte del agua y de la carne del coco, se obtiene también un líquido que destila de las ramas del árbol, cuyo sabor es muy agradable, pero que tan pronto como fermenta se convierte en alcohólico. Otras veces se deja acidar y es vinagre. El azúcar se hace también del coco.

La palmera provee, además, al indígena de toda clase de ropas, que se fabrican con las más finas fibras, y los zapatos con hojas fuertes de la palmera.

Si es necesario escribir una carta lo hacen en una hoja seca con un punzón de madera. El indígena que necesita enviar una carta, hace sonar un pequeño silbato construído con maderas del árbol, coloca la carta en un cesto de hojas de palmera, y se la entrega al muchacho que llega al escuchar el silbido.

El recadero se defiende de los rayos del sol por medio de una sombrilla hecha de las amplias hojas de la palmera.

Naturalmente el hombre blanco no tardó en comerciar con esta clase de árboles y en la actualidad el cultivo de la palmera es un provechoso negocio. Cada palmera alcanza un precio considerable.

Las plantas y la influencia de los medicamentos

En estos últimos años ha podido comprobarse que el estado de algunas plantas que se encuentran un tanto indispuestas puede mejorarse mucho, si se las administra una medicina adecuada. No hace mucho tiempo, un culantrillo, mustio y decaído, que estaba a punto de perecer, recobró su lozanía tan pronto se le administró una dosis de aceite de bacalao. Sucede a veces que los vegetales sufren de una especie de anemia, malestar que se manifiesta por la palidez del follaje y la decoloración de las flores. Esto puede remediarse si se les medicina con una sustancia ferruginosa, pudiendo emplearse para ello agua herrumbrosa, o aún una partida de limaduras de hierro, que habrán de enterrarse en el suelo alrededor de la planta. Bajo su influencia, los órganos foliáceos y florales bien pronto recuperan el perdido vigor y lozanía, reverdeciéndose las hojas e intensificándose en las flores el color que las caracteriza.

El alcohol ejerce un efecto estimulante sobre muchas plantas. Unas cuantas primuláceas que sólo producían flores blancas, a los pocos días después de serles administrada una dosis de alcohol, las que de allí en adelante produjeron tenían un matiz rosado brillante.

El tratamiento medicinal a que las plantas pueden someterse no consiste solamente en aplicarle los medicamentos a las raíces; con una débil disolución de sulfato de hierro aplicada al follaje y al fruto de un árbol, suele obtenerse, a veces, un efecto verdaderamente mágico. Esta sustancia posee la virtud de estimular la acción de las hojas y los frutos, haciendo que la savia fluya desde las raíces hasta estos órganos. Con ello, tanto a las unas como a las otras, se les realza el colorido. Muchos árboles de adorno, uno de cuyos principales valores radica en la abundancia y el verdor del follaje, tales como las palmeras y otros vegetales de hoja persistente, suelen beneficiarse en gran manera si, de vez en cuando, se les rocían las hojas con leche de vaca o aceite de oliva puro. Cuando esto se hace, las hojas parecen rejuvenecerse, conservándolas frescas y lozanas durante todas las estaciones del año.

La tortuga de mar y sus originales costumbres

Las tortugas son, sin duda, los vertebrados más antiguos de la fauna terrestre, pues en todas las épocas geológicas se encuentran fósiles de tortugas, que difieren poco de las actuales. Todas las variedades de éstas descienden de las primitivas, que eran exclusivamente terrestres; y a ello, sin duda, se debe la original costumbre de las tortugas de mar, de salir a poner los huevos en tierra, caso único en su género en la creación. Sólo para esto salen fuera del mar las hembras; los machos no salen nunca. Cuando llega la época del desove, las hembras salen del agua por la noche, y eligen la playa de alguna isla desierta o poco frecuentada; marchan en línea recta y normal a la playa, hasta pasar un poco la línea que alcanza la pleamar; abren un hoyo en la arena de 50 a 60 centímetros de profundidad y ponen en él los huevos, en número variable, de 50 hasta 200 en algunos casos; en seguida rellenan perfectamente el hoyo de arena y alisan la superficie de tal modo, con las patas, que no se conoce que existan tales hoyos. La incubación se verifica por el calor solar, y al cabo de algunas semanas nacen las tortuguillas, que se abren paso a través de la capa de arena que las cubre, e inmediatamente, y por el camino más corto, se van al mar.

Los huevos de la tortuga no tienen cáscara calcárea, como los de las aves, sino una membrana pergaminosa. Son comestibles; los indígenas los comen crudos, y los coloniales, cocidos.

Las tortugas recién nacidas tienen unos siete centímetros de largo. A su completo desarrollo, llegan a tener algunas hasta 1.75 metros de largo. La carne de tortuga es comestible, y aunque insulsa, si se la condimenta bien resulta agradable. Su concha no tiene valor industrial; la que sí lo tiene, y grande, por los muchos objetos que con ella se elaboran, muy estimados por cierto, es la de la variedad llamada carey, cuya longitud no excede de un metro. Se encuentran las careys en las zonas más templadas, especialmente en las Antillas y en las costas de América central, donde ponen los huevos.

Para separar la concha, los indígenas las encañan, y después de dejarlas inmóviles, les cubren el dorso con ascuas de carbón; bajo la acción del calor, la película de concha se levanta, y por medio de un cuchillo largo de hoja fina se acaba de desprender. Bien hecha esta operación, resulta inofensiva para el animal, que en cuanto le desatan se vuelve al mar.

En algunos sitios, sumergen el carey en agua hirviendo, lo cual constituye una crueldad innecesaria, y daría lugar a la extinción de un animal tan apreciado para la industria.

EL EXTRANJERO

—Di, ¿a quién amas más, hombre enigmático, a tu padre, a tu madre, a tu hermana o a tu hermano?

—No tengo ni padre, ni madre, ni hermanos.

—¿A tus amigos?

—Empleas una palabra cuyo sentido me ha sido desconocido hasta hoy.

—¿A tu patria?

—No sé bajo qué latitud está situada.

—¿A la belleza?

—La amaría gustoso, diosa inmortal.

—¿Al oro?

—Lo aborrezco como tú aborreces a Dios.

—Entonces, ¿a quién amas, singular extranjero?

—Amo las nubes... las nubes que pasan... allá lejos... ¡las nubes maravillosas!

CARLOS BAUDELAIRE.

Los comicios romanos

Los comicios romanos eran las asambleas donde se reunían los romanos con derecho de ciudadanía. Un magistrado, investido con los poderes necesarios, los convocaba, presentando sus proposiciones en forma de interrogaciones, a las que el pueblo contestaba sí o no.

Los comicios se dividían en comicios por curias, centurias o tribus. Los comicios por curias eran los más antiguos y tenían importancia, no sólo desde el punto de vista político, sino también religioso. Reuníanse en virtud de un decreto del senado en el *comitium;* en los tiempos primitivos de Roma, los ciudadanos acudían armados a estos comicios. La inauguración se celebraba con grandes solemnidades religiosas y previo el parecer de los augures.

El interrogatorio se publicaba con diez y siete días de antelación, por medio de un edicto, y el voto se emitía por clases. Votábase de viva voz en la primera época; después, a partir del año 138, se introdujo en los comicios por tribus el uso de las tablas votivas. Proclamados en alta voz los resultados, el Senadoa probaba las resoluciones votadas en estos comicios.

Los comicios por tribus estuvieron formados en un principio por los propietarios territoriales solamente. Sus decisiones se llamaban *plebiscito,* denominación que más adelante se cambió por la de *leyes.* Por la *lex Ortensia* se equipararon en fuerza legal los comicios por tribus a los comicios por centurias.

La convocación y reunión de los comicios por tribus se hacía con más libertad, consultábanse también los auspicios; pero no era necesaria la convocatoria del Senado, ni fiestas solemnes, ni tampoco la confirmación del Senado para sus actos. La *rogativa,* que era publicada con anticipación y discutida, sólo podía ser obra de un tribuno del pueblo, único magistrado que podía convocar y presidir los comicios.

Los comicios por tribus eran más importantes que los comicios por centurias, tanto en lo político como en lo civil, a causa de la mayor libertad de que gozaban y de los elementos democráticos que entraban en su composición.

¿Es habitable el planeta Marte?

El doctor A. E. Douglas, director del Observatorio de la Universidad de Arizona, asegura que el planeta Marte está habitado. Por recientes fotografías se demuestra la hipótesis admitida de que se vive allí en las mismas condiciones que en la Tierra.

Según el informe de este profesor, las partes oscuras de sus fotografías representan las partes cultivadas y son testimonio de abundante vegetación.

Además, asegura haber visto nubes a una altura de 23 kilómetros.

La historia del libro más raro del mundo

Según se sabe, el libro más raro del mundo es la famosa Biblia de Gutenberg. Es el primer libro impreso con tipo movible. Contado el ejemplar de que trata esta verídica historia, ascienden a trece los ejemplares descubiertos hasta el día.

El feliz descubridor de tan raro infolio, es Mr. Edward Goldston, quien relata su hazaña en los siguientes términos:

"Hallándome en Berlín el verano pasado, supe casualmente que en Colonia había un ejemplar de la Biblia de Gutenberg en venta, y sin recoger siquiera mi equipaje en el hotel donde me hospedaba, partí para esa ciudad, donde se me dijo que el valioso libro se hallaba en una aldea, a un día de marcha de Colonia. Fué tal mi decisión de adquirir el precioso ejemplar a cualquier costa, que partí para Viena, en busca de mayores informes. Allí supe que la joya perseguida, pertenecía al monasterio de Melk.

"Al llegar, hojée febrilmente el antiguo infolio, decidiendo al punto adquirirlo de cualquier modo. Pedían un precio exorbitante; pero tomando en consideración su belleza, y lo raro de la obra, me decidí a firmar un contrato, partiendo el mismo día para Londres a fin de conseguir dinero con que comprar la Biblia.

"No tuve afortunadamente dificultad ninguna en obtener los fondos necesarios, y tras breves horas en Londres, me hallaba de nuevo en camino de Viena, por aeroplano. Antes de ocho días, desembarcaba de nuevo en Inglaterra con los dos tomos de la Biblia de Gutenberg en mi poder.

"Tropecé con serios obstáculos, entablando una acalorada controversia con las autoridades aduaneras en Austria, las cuales no querían dejar salir el libro del país, debido a su superioridad sobre el ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional de Viena. Pude cerciorarme yo mismo de esto al compararlos página por página.

"Logré sin embargo vencer todas las hostilidades, enorgulleciéndome hoy de poseer el libro más raro del mundo. El precio pagado no tiene precedente. Puedo añadir que el ejemplar hoy en mi poder permaneció en el Monasterio durante más de trescientos años, hallándose en un estado de conservación verdaderamente admirable".

* * *

A los supersticiosos, que tanto les preocupa el número 13, les interesará oir lo acontecido a Mr. Goldston con el fatídico número. En sus viajes en persecución de la Biblia, le tocó cuatro veces un camarote señalado con el número 13. Desembarcó en Londres, en busca de dinero, un viernes 13, llevando en su bolsillo trece monedas de un chelín. El pasaporte autorizándolo a estar en Alemania expiraba en un día trece. Al pagarle a un comisionista en Colonia, quien sirvió de intermediario en la redacción del contrato, aquél le extendió un recibo al dorso de una hoja de un calendario, en la que aparecía la fecha trece. Lo más curioso todavía, según lo declara el propio mister Goldston, es que el ejemplar que hoy posee es el décimotercero conocido, estando los otros doce en Bibliotecas Nacionales, de donde no hay probabilidad de que los adquieran jamás los coleccionistas.

El comprador de la Biblia no ha revelado la suma que pagó por ella; pero los cálculos de los peritos, fluctúan alrededor de 50.000 pesos. Aunque ésta no sea la mayor suma pagada por un libro antiguo, es sin duda alguna, lo más que ha alcanzado la Biblia de Gutenberg. Hace dos años, un librero norteamericano adquirió un ejemplar incompleto, el cual vendió por páginas sueltas al precio de pesos 125 cada una.

Aunque no se conservan sino trece ejemplares de la Biblia de Gutenberg, se cree que fueron impresos 180 ejemplares en papel y 30 en pergamino. Lo curioso es que no hay dos ejemplares exactamente iguales, puesto que no se imprimía sino una página cada vez, corrigiéndose y cambiándose el texto, según lo disponía el impresor.

Hay dos diferentes biblias de Gutenberg. La una, llamada la Biblia de Mazarino está en páginas de cuarenta y dos líneas. La otra, llamada de Pfister, sólo tiene treinta y seis líneas por página. Se cree que ésta fué impresa después de la anterior. La Biblia Mazarino debe su nombre a que fué descubierta por primera vez en la biblioteca del cardenal Mazarino, primer ministro de Francia. Recientemente se le ha llamado también Biblia de Gutenberg. Pertenece a esta edición el ejemplar adquirido por Mr. Goldston.

Aunque por regla general, las páginas de esta curiosa obra tienen cuarenta líneas, las hay con solo cuarenta y otras con cuarenta y una. Se ha podido averiguar la fecha de impresión de la obra, gracias a los exquisitos adornos y pinturas agregados a la misma por el vicario de la iglesia de San Esteban, en Maguncia, quien puso de su puño y letra la fecha en que terminara el trabajo, el 24 de agosto de 1456.

Se supone que la obra fué impresa dos años antes. Un ejemplar lleva la fecha 1453; mas la autenticidad del dato no ha sido establecida de manera concluyente. Es probable que la impresión se haya efectuado más o menos en 1452, poco después de que Gutenberg completara su invento de escribir con tipos de metal movibles.

PROXIMAMENTE

FRAY MOCHO agregará a sus páginas una nueva sección, atendida por redactores competentes, destinada a difundir conocimientos y novedades de radio-telefonía. En dicha sección hallarán los lectores enseñanzas y procedimientos, gráficamente ilustrados, sobre los últimos adelantos en la materia.

Ha surgido un fantasma

La "dama negra" del castillo de Windsor

Según noticias de Londres, el castillo de Windsor, residencia familiar de los soberanos ingleses, tiene su misterio. Un turista que hace pocos días contemplaba la silueta del castillo a la luz débil del crepúsculo vió aparecer en una ventana, cerca de la torre de los Sajones, una dama vestida de negro, cubierta con un capuchón. La visión se desvaneció rápidamente para reaparecer minutos después detrás de una de las alamedas del castillo.

Un periodista, a quien el viajero contó la aventura, averiguó que la "dama negra", que, según se dice, es el fantasma de la reina Isabel, es muy conocida en Windsor.

Cuentan que en 1897 se apareció al teniente de Granaderos Carr Glyn. Hallábase leyendo el oficial en la biblioteca de la reina cuando vió surgir de un rincón del salón el fantasma de una mujer enlutada, alta y delgada, que se deslizó silenciosamente frente a él y desapareció.

Años después, hallándose alojada en el castillo la princesa Alicia, condesa de Athlone, uno de sus hijos vió una noche a la "dama negra" que se inclinaba sobre su lecho y le miraba fijamente.

En estos últimos años el fantasma ha aparecido varias veces.

Animales que pueden vivir sin respirar

El buen tiempo con que suele obsequiarnos la Naturaleza a mediados de la estación invernal anticipa frecuentemente el despertar de los animales que duermen durante el invierno bajo de tierra o en los troncos huecos de los árboles.

Dijérase que durante el letargo de estas criaturas la respiración queda totalmente en suspenso.

Se han colocado marmotas y murciélagos bajo campanas de cristal llenas de dióxido de carbono. En su estado normal, hubieran muerto casi inmediatamente. Pero, en su letargo de invierno, han podido sobrevivir después de cuatro horas de estar sometidos a la acción de aquel gas.

El frío excesivamente intenso ocasiona, a veces, la muerte de los animales de letargo invernal. Sobre todo, entre los menores de seis meses. Sin embargo, se cuentan muchas excepciones entre animales de sangre fría.

Ocasionalmente, peces sacados de bloques de hielo han salido de ellos con vida. También se conocen casos de ranas que han podido sobrevivir a un proceso de condensación de la sangre por efecto del frío.

Ley de herencia

—Estoy harto de tí, hijo mío. ¿Cómo te las arreglas para ser siempre el último de la clase, y Juanito el primero?

Quedóse pensativo el muchacho, y al fin exclamó:

—No olvides, papá, que Juanito tiene padres muy listos.

Gramatical

—¿Cuáles son los géneros gramaticales, Sinforiano?

—Dos: masculino y femenino, —contestó el alumno. — El masculino se divide en moderado e intempestivo, y el femenino, en helado y tórrido.

Un poco de historia sobre los Mormones.

La nueva Jerusalén de Norte América

Por Fernando López Martín

El barón Hubner, diplomático francés de bastante renombre en su época, que murió en 1872, dejó escritas unas interesantísimas memorias sobre sus viajes a través de la tierra. Hubner recorrió todo el Pacífico y sus costas semi ignoradas por entonces, y sus islas también casi inexploradas. Luego atravesó de Oeste a Este la inmensa región de Norte América y abandonando después el país de las riquezas incalculables, buscó como epílogo de sus viajes las regiones de los hielos perpetuos.

Uno de los capítulos en que el ilustre viajero se muestra más cautivador de la atención de sus lectores, es aquel que se refiere a la secta de los mormones, religión que tuvo no pequeña preponderancia durante muchos años en los Estados Unidos y en parte de Australia, y que fué la causa de sangrientos disturbios. Glosemos, pues, al barón Hubner.

Se han escrito incontables volúmenes y miles y miles de artículos periodísticos sobre los mormones, sus creencias y sus prácticas. Joe Smith es el fundador o regenerador de la secta de los mormones. No enseñó, no predicó la poligamia, pero se afirma por voces autorizadas que la practicó, aunque sin la bendición nupcial.

La expulsión de los mormones de las orillas del Mississipí, en el Illinois, es uno de los episodios más significativos y trascendentales de la historia moderna de América. Después de la muerte del profeta Smith, que acaeció en la prisión de Carthage, burgo del condado de Hancock (Illinois)' crimen perpetuado por una muchedumbre que irrumpió en el calabozo armada de revólvers, vino a caer la dirección de la secta en manos del carpintero Brigham Joung.

Este nuevo profeta, audaz e inteligente, supo imprimir un vigor extraordinario, una próspera vida de concordia, hasta entonces un poco disidente, entre su feligresía, incremento que alborotó sobremanera las iras de los antimormones, arrastrándolos a cruentos actos de violencia. Un escrito que se conserva del por entonces *sheriff* del condado de Hancock nos confirma concretamente lo espantoso de aquellas devastaciones vengadoras. "Mientras escribo — dice el *sheriff* — el humo se remonta a las nubes, y por todas partes se encuentra la viudez y la orfandad".

En vista de tales sucesos, el gobierno del Estado de Illinois envió en socorro de los mormones un crecido contingente de tropas que fueron impotentes para dominar a los revoltosos.

Fué por este motivo por lo que los jefes de los mormones decidieron emigrar a las orillas del Lago Salado en los primeros días del año 1846. Cuéntase que el ex carpintero Brigham Joung había visto en sueños unas enormes rocas cónicas que se elevaman en los límites septentrionales del Lago Salado, y creyendo en una divina revelación se pusó a la cabeza de su pueblo. Llegó en junio del 1847, año y medio después, a las riberas del lago, comenzando inmediatamente la fundación de la Nueva Jerusalén.

El éxodo fué de una inclemencia sólo posible de sobrellevar por corazones llenos de fe y dispuestos al sacrificio en grado inconcebible, como los de la secta mormónica. Fué imprescindible cruzar las interminables y despiadadas llanuras de Nebraska, flanquear los desfiladeros de las montañas rocosas, atravesar las gélidas praderas situadas entre las montañas que forman la cordillera del Vahsatch y descender por último al valle del Lago Salado, conocido hasta entonces únicamente por algunos viajeros errantes.

Era este valle un desierto grandísimo, en cuyo centro se encontraba el lago, una especie de Mar Muerto, valle rodeado de ingentes rocas de doce a quince mil pies de altura, sucesión de montañas tan inhóspitas como escarpadas.

Más de dos mil quinientas millas era la distancia interminable que tenían que recorrer. Hombres, mujeres y niños, en toda clase de vehículos, en carretas y oches, otros sobre asnos y muchos a pie, se encaminaron llenos de esperanza a su nuevo destino.

Sólo semejante al éxodo de los israelitas puede encontrarse en la historia de los pueblos un acontecimiento semejante. Todo el itinerario recorrido por los mormones quedó sembrado de cadáveres. Comenta así un historiador este acontecimiento religioso-social: "Haber concebido esta idea; haberla puesto en ejecución perdiendo un gran número de hombres, pero sin haber perdido la confianza de uno solo de los que le seguían, es un hecho que basta por sí mismo para inmortalizar en la Historia el nombre de un soberano, de un capitán y de un profeta. Brigham Joung reune estas tres cualidades".

Los primeros años fueron de horrible miseria. Según el historiador Georges Smith, los mormones se vieron reducidos a la tercera parte de la cantidad de alimento que se juzga necesaria para una persona, habiendo vivido por espacio de muchas semanas sólo de raíces.

Los misioneros mormones no buscaban prosélitos en las personas ricas o bien acomodadas; sus predicaciones catequistas iban dirigidas especialmente a los pobres, humildes e ignorantes, reclutando sus creyentes entre los nacidos en la miseria o que han caído, siendo poderosos, en la más absoluta pobreza por su culpa o por la fuerza de las circunstancias *y que no teniendo nada que perder, irán siempre ganando al separarse del centro moral o material en que han vivido.*

"Este es uno de los hechos—afirma el barón Hubner, tras de haber convivido con los mormones una larga temporada — que es preciso tener presente para comprender la súbita propaganda de la secta mormónica".

"Después de prometer lo que todas las religiones prometen, la felicidad en una vida futura, hacen lo que no hace ninguna religión, que es abrir para esta vida terrestre los más brillantes horizontes. Aquí, dice la ley mormónica a los desgraciados, sois esclavos, esclavos de la miseria cuando no de un amo. En el valle de los santos — valle del Lago Salado — encontraréis en cambio la independencia; la independencia y la abundancia con seguridad y acaso la riqueza. Basta de sujeción, basta de privaciones, basta de sufrimientos. En este mundo como en el otro se os hará justicia. Y acercándose los misioneros a los jóvenes, con esa sonrisa peculiar de los mormones, con la sonrisa siniestra del Profeta, hablan de los placeres enervantes del harén, pintan la belleza de las hijas del Deseret, prometen mujeres a discreción y desenvuelven, en una palabra, la teoría de la pluralidad".

Las tragedias del amor

Un joven aristócrata ruso, emigrado, el príncipe Cirilo Constantino Orloff, que había entablado amistad el año último en el Tirol con un opulento industrial, el barón Hugo Klinger, venía haciendo una corte asidua a la mujer de su amigo.

De regreso a Viena, hace pocos días, se presentó con un amigo en el castillo de Raabs, donde fueron recibidos por la baronesa. Hugo Klinger estaba de caza; Orloff salió a su encuentro y le provocó. Hubo una disputa, y en uno de los movimientos de Klinger, el príncipe disparó alevosamente sobre él y le hirió en la espalda.

El barón se volvió rápidamente y disparó sobre su agresor, al que hirió en el brazo en el momento en que se preparaba a hacerle un nuevo disparo. Hecho esto, cayó desvanecido.

Acudió gente, y el agresor fué desarmado y conducido a la Gendarmería, mientras el herido era llevado al castillo.

La baronesa, una de las mujeres más hermosas de la sociedad austríaca, hija del antiguo gobernador del Tirol, el conde de Spiegelfeld, no ha sobrevivido a este drama, pues, llamada a declarar a la Gendarmería, subió a sus habitaciones y se mató disparándose un tiro en la cabeza.

Cegueras curadas milagrosamente

Algunas cegueras se deben por completo a los nervios, y en algunos casos se curan bruscamente como por milagro.

Un labrador norteamericano, que llevaba cinco años ciego, recurrió a los principales especialistas sin conseguir ningún alivio. Los médicos opinaban que padecía parálisis del nervio óptico, enfermedad considerada como incurable. Poco tiempo después empezaron a dolerle las muelas y el dentista procedió a extraerle tres, pero al sacarle la segunda, el labrador dió un salto, exclamando: "¡Ya veo! ¡Veo la luz que entra por la ventana!" y volviéndose hacia el dentista añadió con alegría: "¡Le veo a usted!"

El caso parece milagroso, porque hasta ahora ningún hombre de ciencia ha observado que la ceguera tenga que ver nada con la dentadura, pero indudablemente el hecho tiene su explicación en los nervios.

Otro caso curioso es el de un cantero inglés que llevaba treinta años sin ver nada con el ojo derecho, y que un día, que hacía mucho viento y que se le llenaron ambos ojos de tierra, notó al restregárselos que veía perfectamente con los dos. Tan milagrosa curación se atribuyó a que las lágrimas producidas por la irritación causada por la tierra, habían expulsado alguna piedra diminuta que el obrero tenía alojada en el ojo.

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO

FUE APLAUDIDA EN EL ARGENTINO, "AVENTURAS DE UN MUCHACHO FEO", DEL AUTOR BRASILEÑO PABLO DE MAGALHAES

Una vez más ha demostrado sus inquietudes artísticas el popular bufo Florencio Parràvicini. Posiblemente sintiendo deseos de mostrar una fase artística si no nueva, por lo menos que ha cultivado poco, — la de galán sentimental de comedias — puso en escena, traducida y adaptada por él mismo, la comedia en tres actos "Aventuras de un muchacho feo", del periodista y comediógrafo carioca, doctor Pablo de Magalhaes.

No sin alguna sorpresa ha de haber visto el público a su artista favorito encarnando un rol distinto a la mayoría de los que viene representando de muchos años a esta parte; pero si ha tenido sorpresa, ella ha debido ser feliz, por cuanto las múltiples condiciones artísticas de Parravicini le capacitan para desempeñarse con éxito en cualquier género teatral.

El asunto de esta comedia, si no nuevo, no deja de ser interesante y humano, y si bien el autor no ha definido al personaje protagónico, en su psicología, de manera acabada, no puede negarse que ha sabido comunicarle bastantes perfiles humanos y una irradiante simpatía que llega al público en todo momento.

Ese tipo vive lo que podría llamarse la tragedia de un hombre feo. Inteligente, hábil, discreto y capaz de triunfar en la vida en empresas difíciles, como por ejemplo la conquista económica, sin embargo fracasa en el amor, que parece ser para él algo bastante importante.

Cyrano está enamorado de una hermosa mujer, quien lo desdeña por feo y no por otra cosa. La prueba se advierte al final, cuando Elena reconoce tardíamente como suelen reconocer todas las mujeres, que la fealdad física de Cyrano está contrabalanceada por su gran belleza moral.

Desde luego, la felicidad ya se ha perdido. El amor pasa una sola vez a nuestro lado y si no se le detiene, ya no se atrapa más.

"Aventuras de un muchacho feo" es una comedia elegante, discretamente dialogada y bien construída. Se merece, pues, el éxito que tuvo, del que no debe eliminarse la inteligente interpretación de Parravicini, cuyo desempeño en el emotivo final del segundo acto, fué particularmente celebrado, por la sobriedad, el buen gusto y la elegancia sentimental con que cerró la escena, bella, de una belleza delicada y de una penetrante emoción.

"MARIA FERNANDEZ", DE PEDRO MUÑOZ SECA Y PEDRO PEREZ FERNANDEZ, EN LA COMEDIA

La compañía Juárez - Sanjuán, que ha actuado con mucho éxito en el teatro Mayo, se trasladó en pleno a la Comedia para proseguir su temporada. En esta sala Juárez, como se recordará, recogió los más grandes y entusiastas aplausos de su carrera artística y por ello la noche de su reaparición, después de una larga ausencia, fué recibido con muestras de simpatía por el numeroso público que asistió al estreno de "María Fernández".

Esta pieza, que representa la compañía Juárez - Sanjuán con derechos exclusivos de los autores, es un nuevo juguete cómico, gracioso y disparatado, que encuadra perfectamente dentro de la producción de los fecundos autores españoles. La base del asunto finca en la extravagante ocurrencia de una dama adinerada que desea conocer de cerca y en perfecto incógnito al hombre a quién haya de entregarle un día su mano, que ella quiere se estime y valorice por la cálida efusión de sus cariñosos apretones y no por la cuantía de los cheques que pueda firmar. Va a dar con su originalidad y sus pretensiones en una casa de huéspedes donde pasa inadvertida, por más que los inquilinos tengan conocimiento de que existe la caprichosa dama y de que ha encubierto bajo modesta apariencia su formidable fortuna. La curiosidad y la avidez de los huéspedes andan tratando de encontrar a la enigmática señora y por virtud de varias coincidencias de esas que sólo se ven en las comedias de enredo, encarna el personaje sobre quien recae el interesado interés de todos, en una rústica sirvienta cuya plebeyez y burda condición ofrecen la más indicada antítesis de lo que pueda ser una rica dama y así lo que es manera natural en la fámula parece a todos exagerado disimulo y extremada ficción.

En torno a las pintorescas incidencias que este error provoca, se desarrollan en la obra una serie de escenas jocosas y altamente divertidas, en las que se ofrece oportunidad para que el ingenio de los autores despliegue sus abundantes recursos y también para que un buen conjunto se luzca y obtenga fácilmente un insistente aplauso. El final tiene el inevitable convencionalismo que remata las producciones de esta índole. El elenco Juárez-Sanjuán estuvo muy acertado en general, destacándose los primeros actores, Concepción Abaroa y Teresa Costa.

"OLLY POLLY", DEL MAESTRO KOLLO, EN EL AVENIDA

Por más que estemos acostumbrados a escuchar operetas que no tienen más interés que el de la música, no creíamos que pudiera llegarse a una insustancialidad tan acabada como la que ofrece el libreto de "Olly Polly". Un actor cinematográfico quiere romper una obligación contractual con su empresario, y no tiene más recurso que el matrimonio, pero después de realizado éste con una aparente señora de edad, resulta que la liberación que con ese enlace buscaba le falla, porque la supuesta anciana es una de sus más fervientes admiradoras, que se ha caracterizado en esa forma al conocer el designio de su adorado tormento. Como se vé, no cabe fábula más ingenua y antojadiza y si a eso se agrega que el asunto está tratado en escenas que carecen en absoluto de todo ingenio y picardía, se comprende que esta opereta no tiene valor literario alguno. La música es en algunos números inspirada y retozona, pero tampoco tiene esa alegría vivaz, fácil y espontánea de las obras maestras del género y que, bien imitadas, han dado larga vida a producciones mediocres pero revestidas de ese aire travieso y juguetón que ha caracterizado siempre a la opereta.

Trabajó con entusiasmo, gracia y eficiencia, la tiple cómica Dora Lloret, que encarnó el personaje principal, dándole mucho más relieve del que en realidad posee. Gracias a lo animado de su labor, la pieza no languideció hasta el bostezo como era de temer. Algunos bailables bien organizados por Urban resultaron de mucho efecto.

La presentación muy cuidada y la compañía casi siempre eficaz, destacándose Albadalejo, Pibernat y Urban.

SE RIO EL PUBLICO, EN EL APOLO, CON "LOS FRESCOS DE NECOCHEA"

Es indudable que ya no se repara en medio alguno para despertar la hilaridad de los auditorios. Como nuestro público parece incapacitado para gustar las manifestaciones del ingenio sutil de los autores, si es que éstos disponen de tal condición, los proveedores de nuestro teatro nacional, especialmente el de género chico, hacen tabla rasa de toda suerte de preocupaciones artísticas, para poner la mirada en los factores determinantes del éxito.

Es así como la mayoría de las piezas que han tenido mayor éxito de cartel en el teatro por horas, son casi siempre aquellas que, prescindiendo de la letra, los actores pueden hacer cabriolas, contorsiones y otros excesos, desde luego sin otro propósito que arrancar la carcajada.

En "Los frescos de Necochea", que es una pochade o algo muy parecido, hay mudos que recobran la palabra, maridos torpes, deliberadamente torpes, que dejan de serlo cuando al autor se le antoja; en una palabra: es una obrita sin lógica, sin sentido artístico ninguno y que, para precipitar la digestión, puede sustituir con eficacia al bicarbonato.

Las actrices Emma Bernal, Berta Gangloff y los actores Arata y Morganti, a cargo de los personajes de mayor labor en esta piecita, se desempeñan con agilidad y mucha parte de la buena acogida que hizo el público a "Los frescos de Necochea", se debe al desempeño de los actores del conjunto, quienes irradian simpatía y logran provocar buenos efectos hilarantes en numerosas escenas. Ello explica que la obra de Eleodoro Peralta esté destinada a un largo cartel, compartido con "El poncho del olvido", sainete de Maroni y Giudice, que es otro suceso de este conjunto.

BANDONEON

Esta pieza de José Antonio Saldías, se ensaya en el Nacional para ser estrenada en primer término, tan pronto como decaiga el interés por "La porota", del mismo autor, que al ser reprisada ha gustado más que en su estreno, alcanzando más de doscientas representaciones consecutivas. Fenómeno inexplicable, como así todos los fenómenos teatrales. En el reino de Talía — al fin, mujer — ocurren cosas que escapan a toda lógica, siendo inútil fijar leyes. Las mujeres no admiten sino la ley del capricho, que es la menos legal de las leyes.

PICO ATENEISTA

La compañía de Camila Quiroga está ensayando una nueva pieza en tres actos de Pedro E. Pico, titulada "La novia de los forasteros", la que constituirá la primera novedad que ha de producirse en el Ateneo.

Es posible que el estreno se precipite si las piezas repuestas como entretenimiento en la semana pasada, no logran interesar al público que este año se muestra antojadizo y caprichoso, por lo que hay que renovar las carteleras con mucha frecuencia.

EL ULTIMO EXITO DEL MAIPO, QUE NO SERA EL ULTIMO

Conste que no es profecía. Nos atenemos a los hechos consumados y afirmamos, por consiguiente, que el último éxito del Maipo es el último estreno producido o sea "Viva la revista". A medida que en sucesivas representaciones ha ido ajustándose la interpretación, se ha confirmado la buena acogida que el público le dispensó el día del estreno, mejorando cada vez más el espectáculo. De los 12 cuadros de que consta, los que alcanzan mayor favor son: "La pampa se ha embrujado", en el que se nos presenta el ambiente y las costumbres de un poblado de tierra adentro ofreciendo oportunidad para que se cante y se baile en buen estilo una cantidad no exagerada de aires nativos; "Los granaderos de Napoleón", cuadro pintoresco y animado que da brío y realce a la pieza y que constituye una nota simpática y novedosa; "Anoche a las dos", en el que se canta el inevitable tanguito arrabalero, bien interpretado por Climent y la Padrón y otros de coreografía muy bien presentados y de buen efecto. Entre actuantes merecen especial mención la insuperable Gloria Guzmán, que con su gracia y picardía llena la escena; el actor cómico Manuel Rico, el parodista Rafael Arcos, la troupe de Girls y los demás elementos con que cuenta esta numerosa y disciplinada compañía.

La pareja de bailarines rusos Gamsacourdia - Demidoff, debe haber abandonado en estos días la sala del Maipo por terminación de su contrato, y en breve debutará en reemplazo de la misma, otra de procedencia norteamericana contratada ya y que está en viaje para ésta.

UN VASCO POCO TERCO

Parece que el protagonista de la comedia "La mujer de Chapelgorría", de Hicken y Payá, no se emperrará en permanecer largo tiempo en el cartel del Nuevo, pues a pesar de la lucida labor que en esa obra realiza Casaux y de los aplausos con que es recibida, se está ensayando despacito una nueva producción de Enrique García Velloso, titulada "Los mellizos de La Flor". Posiblemente no ha de estar muy próximo este estreno, pero cuando ya se empieza a hablar de otra pieza, la que está en el cartel no ofrece garantías de longevidad. Allá veremos.

MUIÑO, EN EL BUENOS AIRES

Sin desmayos, serenamente, como sobre rieles, se desliza la temporada de género chico del criollísimo actor Enrique Muiño, a quien el público apoya decididamente. Exceptuando "Algún día será verano", que no tuvo fortuna, los últimos estrenos han gustado sin reparos. "Un escándalo en Mar del Plata", la interesante pieza de Julio F. Escobar, y "Gorriones", de Oscar R. Beltrán, son dos éxitos. La primera pasó las setenta representaciones de un vuelo, no siendo difícil que llegue al centenar. La de Beltrán, muy pintoresca y entretenida, ofrece un tipo para Muiño que el celebrado cómico anima con su poderosa facultad interpretativa y la gran simpatía característica en él. Está también llamada a perpetuarse en las carteleras del Buenos Aires.

En tanto, el conjunto prepara para cuando haga falta, novedades de las muchas que tiene en cartera, las primeras de las cuales será "La vida es ansina", de Muñoz Maines.

"EL HIERRO"

La compañía nacional que encabeza la popular actriz señora Blanca Podestá, venía ensayando con actividad a tiempo de escribir nosotros estas líneas, "El Hierro", de Gabriel D'Annunzio. Es, pues, casi seguro, que al aparecer esta edición se haya puesto en escena la obra dannunziana, con el consiguiente agrado de nuestro público, siempre dispuesto a aplaudir las grandes expresiones del teatro contemporáneo.

Esperamos dedicarle en otro número el comentario que nos sugiera la obra del gran poeta italiano.

POR EL MARCONI

Las primeras funciones de la compañía nacional de José Gómez se han visto favorecidas por una gruesa cantidad de público, que premió con aplausos la labor del conjunto en la interpretación del famoso drama de Ibsen, "Los espectros" y particularmente al director del conjunto, que encarna el torturado personaje de Osvaldo.

Para renovar oportunamente el cartel, el conjunto ensaya una obra dramática de Rodofo González Pacheco titulada "Natividad", de la que espera un buen suceso la compañía.

EN LA CALLE ESMERALDA

La revista, ese género movedizo y elegante, que ha despertado tanto entusiasmo en nuestro público y cuyas vastas proporciones amenazaron invadir todos los teatros metropolitanos, después de una estupenda refriega quedó casi circunscripto a la calle Esmeralda, donde funcionan los dos teatros que son puntales del género actualmente: el Maipo, templo de la revista suntuosa y el San Martín, palestra de la revista popular. Entre los dos han acaparado el público de esa clase de espectáculos y le arruinaron el negocio a los teatros de la calle Corrientes, uno de los cuales debe cerrar sus puertas en estos días, casi con aviso fúnebre, y el otro anda desorientado buscando el modo de atraer gente, de la que escasea. En cambio el Maipo y el San Martín continúan en plena abundancia. En este último prosigue el éxito de "No sé con cuál quedarme" y "Hasta el San Martín no para", las dos revistas que ocupan el cartel todas las noches sin que la gente se fatigue de aplaudirlas.

LOS RATTI

Estos afortunados actores, simpáticos a toda la muchachada femenina de la Capital, realizan una brillante temporada, tanto por la concurrencia que los tiene por favoritos como por el rendimiento de la parte no sentimental del asunto. Lástima que el sector artístico de la cuestión no se encuentre en las mismas condiciones. Tal vez sean enemigos irreconciliables. Aunque no necesiten renovar con frecuencia el cartel, lo vienen haciendo para complacer más a su público que como es femenino gusta de la renovación y la variedad.

Ha debido de estrenarse últimamente una pieza de Parra e Insausti titulada "Muchachos locos", de la que nos ocuparemos en el número próximo.

MOVIMIENTO ALARMANTE

Se nota en el Sarmiento una nerviosidad extraña. Se anuncian muchas cosas precipitadamente, y la gente de la casa pone esa cara de circunstancias de los que quieren ocultar los dramas domésticos. En el Sarmiento hay mar de fondo y quieren aturdirse y distraer a los observadores. Tal vez no sea nada, pero parece lo contrario. Nos limitaremos a anunciar que debió de estrenarse "El judío Aarón" de Samuel Eichelbaun y que se preparan dos más.

LAS REVISTAS DEL FLORIDA

Ya no puede dudarse que la bombonera del pasaje Güemes ha sido conquistada por el bataclán criollo de Bourel, Bellini y Doblas, triunvirato de autores jóvenes, entusiastas, intrépidos y decididos por donde se los busque.

Los muchachos, con la experiencia que les ha dado el ensayo, piensan no dejar títere con cabeza y ahora que la revista desmaya en otros teatros, ellos están más resueltos que nunca a mantenerla, a cuyo efecto se exprimen el magín hasta agotar su ingenio revisteril.

CONCURSO TEATRAL

En sustitución de la compañía Juárez-Sanjuán, que se trasladó a la Comedia, se organiza para actuar en el Mayo un conjunto de género chico bajo la dirección de don Alejandro Manteluche, quien ultima los preparativos para efectuar un concurso de sainetes y zarzuelas, principal atractivo de la nueva temporada. Es de esperar que la idea prospere.

CAPITOL

Cada vez más interesantes las funciones que se efectúan en este prestigioso cine, concurrido por buenas familias de nuestra sociedad.

Para la semana en curso se ha preparado un atrayente cartel, en el que abundan las películas de marcas acreditadas, lo cual permite descontar desde ahora el éxito de las funciones.



Ultimas creaciones de la moda femenina

1.

2.

3.

Trajes sastre muy sencillos.—1. Sastre "smoking" de lana fantasía, fondo madera de rosa con dibujos beige y orla de presillas de seda. — 2. Sastre de popelina marina, guarnecido de incrustaciones de escocés de seda en los tonos vivos. La blusa de este vestido está confeccionada con crespón de China tono marfil y guarnición de biesecitos escocés. — 3. Larga levita sastre de "reps" azul alhucema, adornada de un chaleco de piqué blanco y de sobresalientes blancos en las mangas.



Atrayente

por el delicioso matiz de su tez, lozana y diáfana como un rostro infantil. El Polvo Graseoso Leichner posee cualidades únicas para hermosear el cutis y evita que sea necesario empolvarlo con frecuencia, pues la fácil adherencia de esta exquisita preparación hace que mantenga el rostro, por muchas horas, el tono perlino tan admirado en las damas que usan



POLVO GRASEOSO LEICHNER

Existe en todos los tonos y cada caja contiene un cupón que da derecho a artísticos obsequios. Al enviar dichos cupones certifique la carta para asegurar que llegue.

TALL. GRAF. A. GARCIA & Cía. - PATAGONES 2490
INDUSTRIA ARGENTINA